



José Manuel Surroca Laguardia

**EL CRISTO  
DEL  
GRANADO**

# **El Cristo del Granado**

**José Manuel Surroca Laguardia**

**No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).**

**Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico [surrocajm@telefonica.net](mailto:surrocajm@telefonica.net)**

**© José Manuel Surroca Laguardia, 2018**

**Portada: Torre de la Catedral de Barbastro.**

**José Manuel Surroca Laguardia**

**Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.**

**Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia**

**Los libros nos permiten vivir más vidas que la propia. Algunas, incluso, más interesantes**

## **Prólogo**

***El presente texto de este prólogo, ha sido extraído de la Historia de Aragón, publicado por la Institución Fernando el Católico, 1989.***

En la segunda mitad del siglo XI y primeros años del XII, se está jugando el futuro del valle del Ebro. El valle del Ebro fue considerado por todos los gobernantes cristianos como zona expansiva, de ahí que lucharan entre sí y buscaran alianzas de conveniencia con los musulmanes sarakustanos. Las presiones más fuertes eran las de Castilla y Aragón-Pamplona. Alfonso VI no tomó Sarakusta (Zaragoza) para Castilla en 1086 porque la llegada de los almorávides y su victoria en Sagrajas (1086) frenó su avance al tener que ir a cortarles el paso, cambiando así el curso de la reconquista.

Al-Mustain II (1085–1110) se salvó, pues, de los castellanos y logró también mantener su reino independiente de los almorávides, que habían sometido bajo su «protectorado» al resto de al-Ándalus, pero no pudo evitar la pérdida de importantes poblaciones en la frontera con el reino de Aragón: Estada (1087), Monzón (1089), Naval (1095), Huesca (1096), Barbastro (1100), Tamarite (1104) y Ejea de los Caballeros (1105–1106). Sarakusta estaba siendo cercada.

A al-Mustain II le sucedió su hijo Abd-al-Malik (1110), pero para entonces los zaragozanos estaban divididos en dos bandos ante la solución a adoptar, y uno de ellos llamó a los almorávides que, tras tomar la ciudad, terminaban con la dinastía hudí y con el último reino de taifas.

Por otra parte, durante la desmembración del Emirato en el siglo IX, la familia berberisca de los Beni Razin había logrado, como tantas otras, independizar la antigua «cora» de Sahla (Albarracín) respecto a Córdoba. Con Abderramán III, Sahla tuvo que volver a la unidad, pero la familia Aben Razin subsistió para renacer con el reparto taifal (1031). «Los Beni Razin... saldrán adelante y seguirán su marcha, al igual que los Beni Hud de Sarakusta, y se mantendrán a flote, como islotes en un mar revuelto, hasta el último momento en que los almorávides —verdadero simún procedente del Sahara— acabarán con ellos». (J. BOSCH).

En definitiva, la toma de Toledo (1085) por Alfonso VI movió al rey de la taifa de Sevilla, al-Mutamid (1068-1091), a solicitar ayuda a los almorávides quienes, tras atravesar el Estrecho, vencieron en Sagradas al rey castellano (1086). Tiene lugar ahora un fanático proceso de «africanización» y centralización de los reinos de taifas que, uno a uno, van cayendo bajo su poder.

Ante este hecho, el señorío constituido por el Cid en Valencia había servido de tapón ante los almorávides. Sarakusta y Sahla tuvieron las espaldas cubiertas. Pero una vez muerto el Campeador (1099), Valencia no tardó en caer en manos de aquéllos (1102). Todos los reinos de

taifas peninsulares habían pasado a manos almorávides excepto Sahla y Sarakusta, que ahora quedaban desamparados.

Y, efectivamente, Sahla caía en 1104, mientras que Sarakusta lo hacía en 1110. No obstante, el dominio almorávide en el valle del Ebro estaba sentenciado, asimismo. La toma por los reyes aragoneses de Ejea, Ayerbe, Huesca, Barbastro y Tamarite, como se ha indicado, suponía un jaque constante a Sarakusta y Lérida, independientemente de que el gobierno musulmán estuviera en manos taifales o almorávides.

En efecto, el reino moro de Sarakusta, una vez perdida su capital en 1118, se deshizo como la espuma. Los valles del Jalón, Jiloca, Huerva, Martín, Guadalope y Matarraña, por el sur, y los bajos valles del Aragón, Gállego y Cinca (menos Fraga), por el norte, cayeron entre 1118 y 1127, y aunque los almorávides recuperaron una gran parte al vencer a Alfonso I en Fraga (1134), está pérdida aragonesa será pasajera. De cualquier modo, Sarakusta permanecerá en manos aragonesas definitivamente, y Fraga y Lérida serán reconquistadas en 1149. El Bajo Aragón almorávide estaba condenado al jaque—mate».

El reino que heredó Alfonso I (1104—1134) adolecía de poder militar efectivo. Estaba bastante bien preparado para la defensa del Aragón montañoso, pero no para acometer con éxito la reconquista del llano: faltaban fuerzas de caballería para oponerse a la caballería musulmana; carecía de efectivos humanos; no

disponía de máquinas guerreras con las que abatir los muros que rodeaban a las ciudades sarakustíes; la nobleza, en fin, no estaba especialmente interesada en la reconquista.

Alfonso I propició una táctica nueva: conceder privilegios y exenciones ventajosas a quienes colaboraron con él en la reconquista del sur; crear cuerpos de caballería no nobiliaria, es decir, de villanos, incluso fundando una especie de orden militar en Belchite; fundamentar una nueva legislación jurídica distinta de los fueros de Jaca o de Sobrarbe, totalmente desfasados ante las nuevas necesidades; convocar a los hombres del otro lado del Pirineo, en virtud de los lazos de amistad y parentesco que le unían con distintas casas condales francesas; adquirir en Francia ingenios bélicos para batir y asaltar murallas; conseguir del papa una «bula de cruzada» que atrajera hombres para tratar de incorporar Sarakusta, la auténtica llave del Ebro medio.

A pesar del intento almorávide de defender el «*Regnum Caesaraugustanum*» (de cuya capital se habían apoderado en 1110, deponiendo al último Beni Hud) y el actual Bajo Aragón, Alfonso I reconquistó las tierras cuyo perímetro delimitan Tamarite (1107), Ejea de los Caballeros (1105—1106), Sarakusta (1118), Tudela (1119), Soria (1120), Calatayud (1120), Molina de Aragón (1128), Celia (1128), Morella (1117), Mequinenza (1133) y Fraga (1134).

En menos de treinta años incorporó un territorio casi cuatro veces mayor que el heredado de su hermano Pedro I.

## **Capítulo 1. El Encargo.**

### **Sábado, 27 de octubre de 1.123**

Barbastro hervía de actividad aquella mañana. Era día de mercado, y sus calles estaban abarrotadas de puestos de todo tipo, donde se vendían toda clase de productos: verduras, ropa, calzado, utensilios diversos. Los artesanos y comerciantes, exponían sus productos a puro grito, ante una abigarrada clientela que llenaba completamente las calles que circundaban la plaza, donde estaban situados la mayor parte de los puestos. La ciudad rebosaba visitantes procedentes de toda la comarca, e incluso, de lugares bastante distantes de la localidad. Algunos, incluso, habían llegado a Barbastro el día anterior, ocupando todas las habitaciones de las hospederías de la ciudad. El día de mercado, todos los puestos hacían bolsa. La afluencia de labriegos, damas, caballeros, sirvientes, monjes, músicos, ladrones, titiriteros, adivinatoras del futuro, etc. formaban una abigarrada masa, con intereses bien distintos. Pero en general, la actividad comercial, dejaba un buen número de dineros y óbolos, no ya solo en los puestos del mercado, sino también en fondas y tabernas, donde los visitantes comían y bebían, dejando en Barbastro muy satisfechos a sus comerciantes. El dinero cambiaba de bolsillo dinámicamente, aunque en ocasiones lo hiciera sin que se enterara el dueño de la bolsa.

La taberna *El Gallo Rojo* estaba repleta de clientes, quienes en medio de la humareda que producía el asador, parecían tener necesidad de gritar para comunicarse entre sí, produciendo un estridente y casi insoportable ruido, mezcla de gritos, voces y cantos, que proferían aquellos enfebrecidos clientes saciando su hambre y su sed. Una veintena de mesas estaban distribuidas a lo largo y ancho de toda la estancia, en forma de “L”. Se podía acceder a ella por dos puertas, una desde la calle Herradura y otra que se encontraba en la plaza del Candil, ya que el establecimiento hacía entre la calle y la plaza. Situada en la parte vieja de la ciudad, era la más famosa de toda la comarca, punto obligado de paso cuando se visitaba Barbastro. Cada vez que se abría la puerta para dar entrada o salida a un cliente, una ráfaga de aire frío inundaba el local reciclando en parte la cargada e irrespirable atmósfera, aún a costa de improperios y juramentos. Cuando el cierre de la puerta se demoraba en exceso no faltaban de inmediato las protestas más o menos airadas de los que estaban cerca de la misma. Era la hora punta, la de comer, la hora que más clientes se concentraban en la taberna. De vez en cuando, alguno se pasaba con el vino o la cerveza y se desplomaba exhausto sobre la mesa, roncando a pierna suelta, hasta que algún caritativo cliente le daba una patada al banco sobre el que estaba sentado, y en un santiamén, el dormilón pasaba de la mesa al suelo. Si el remedio no daba resultado, entre dos o tres hombres, jaleados por los demás presentes, llevaban al pertinaz ruidoso a la calle, dejándolo tendido a la intemperie.

En una de las mesas, tres hombres daban buena cuenta de unas magras con tomate, acompañadas con

embutido y queso y abundante pan, mientras vaciaban una jarra de vino, a base de trasvasarlo, cada pocos momentos, en sus respectivos cuencos de barro. No mantenían conversación alguna, salvo algún esporádico comentario. Parecía que estuvieran esperando a alguien, porque cada vez que se abría la puerta, escrutaban con ansiedad al que accedía a la taberna.

Los tres hombres formaban un grupo heterogéneo en los que un fino observador, no podría encontrar nada en común. El más alto, de nombre Guillén, era también el más delgado. Su macilento rostro, parecía indicar una salud precaria, lo cual no era cierto. De cabello entrecano, tal vez excesivamente cano para sus cuarenta y cinco años, apenas si utilizaba para hablar, algo más que un monosílabo. De mirar torvo, seguía con la mirada a cualquiera que se levantara de su mesa, presto a lanzarse sobre él, al menor síntoma sospechoso. A su izquierda, se sentaba una persona absolutamente diferente. Alfonso de Solana, de mediana estatura, representaba la media de los tres. Porte distinguido, que se acentuaba con una barba pelirroja, abundante, pero cuidada. Estaba claro que era el que daba las órdenes en el grupo. Todos los comentarios que hacían, aunque pocos, los iniciaba él. Era el único de los tres que portaba espada. Los otros, llevaban sendas dagas colgando de su cinto. A su derecha, el más pequeño de estatura, respondía al nombre de García. Pelo abundante y negro como la pez. Sus manos eran pequeñas y regordetas, de aspecto fuerte y musculoso y de la expresión de su cara podía deducirse, sin posibilidad de error, que su mejor virtud no estaba precisamente en el intelecto. En aquel momento se entretenía en garabatear en la mesa,

utilizando el cuchillo con la mano izquierda, mano que utilizaba para todo. Movía nerviosamente las manos, y cosa curiosa, siempre se las estaba secando, mojadas de continuo por la transpiración. A su mano derecha le faltaba el dedo anular.

Una vez más, el murmullo de protestas puso de manifiesto que la puerta había sido abierta. Un hombre alto, embozado en su capa sin dejar ver su rostro, penetró en el establecimiento. Con la puerta abierta, escrutó con su mirada a los allí reunidos. Las protestas arreciaron sin merecer la más mínima reacción del visitante. Una vez que pareció haber encontrado lo que buscaba, cerró la puerta y se dirigió hacia los tres hombres.

Alfonso de Solana, se levantó e hizo una seña al recién llegado. Cuando llegó se estrecharon el antebrazo y tomó asiento. Se quitó la pelliza y mostró a un hombre con facciones duras y gesto adusto. Medio calvo, pero de pelo muy negro, al igual que su poblada barba, miró de arriba a abajo a los otros dos hombres. Cuando se hubo sentado, pidió a la muchacha que atendía el local que le trajese vino y carne. Alfonso inició la conversación en un tono bajo.

— Supongo que sois Abdel Aziz ibn Abdalá, y venís de Granada, según me ha informado un amigo común, al que no mencionaremos. Al parecer, según tengo entendido, tenéis algún negocio que proponernos. El recién llegado, miró a derecha e izquierda, como buscando algo.

— Así es. Tal y como decís, tengo algo que proponeros.

Guillen y García asentían con la cabeza, con la

sorpresa reflejada en su cara. Con la vestimenta, no habían reconocido a un moro. El recién llegado, pareció interpretar sus pensamientos.

— No era conveniente presentarme con mis ropas habituales, en un lugar como este y en una ciudad cristiana. El secreto debe ser total, empezando por esta reunión.

— Vos diréis, pero antes, pediremos una jarra de vino para acompañaros — dijo Alfonso, mientras mostraba la jarra de vino al mesonero, quien entendió al instante lo que se le solicitaba. El recién llegado hizo un gesto con la mano, como queriendo indicar que ellos podían hacer lo quisieran.

— Dentro de cinco días, vuestro Rey hará entrega de una ofrenda al monasterio de Santa María de Alaón, con motivo de su consagración. La ofrenda consiste en una cruz de oro, con brillantes y esmeraldas incrustadas y un Cristo crucificado de ébano y oro. Esta última cruz, que es conocida entre nosotros como el Cristo del Granado, llegó a manos del rey cristiano de forma accidental, como inesperado botín, en un encuentro armado que tuvo contra un grupo berebere, perdido por estos valles. Resulta, que el que comandaba ese grupo de hienas, un perro bereber, traidor y ladrón (que Mahoma confunda hasta su cuarta generación), la había robado de las pertenencias del Emir de Granada, al servicio del cual había estado no hace mucho tiempo. Como podéis suponer tuvo que huir para escapar del castigo decretado por el Emir por su sacrilegio. A mí, me puso al frente de cien hombres, con el único propósito de capturarlo, recuperar la cruz y aplicarle el castigo impuesto. Y así, siguiendo su pista y recorriendo media Hispania, dimos

en conocer el destino actual de la cruz —en este punto, hizo un inciso— Supongo que estaréis sorprendidos por el hecho de que vayamos detrás de un símbolo cristiano. La historia de esa cruz es famosa entre las gentes de nuestra tierra. Os la referiré para que entendáis el porqué de esta enconada persecución. El padre de nuestro Emir, se había hecho con un gran botín en la batalla victoriosa de Sagrajas, contra los ejércitos del rey cristiano de León. El botín estaba formado por una gran cantidad de monedas y objetos de oro, entre los que se encontraban un gran número de objetos sagrados de los cristianos: cálices de oro, copas, rosarios con cuentas de esmeraldas, en fin, innumerable en cantidad y calidad como digo. El Emir tuvo una idea. Con todas esas joyas mandaría construir un atril de oro y piedras preciosas para depositar el Corán en la Mezquita de Granada. Le parecía el castigo adecuado para doblegar el orgullo cristiano, golpeándole donde más les dolía: en su fe cristiana. Cuando llegó a Granada, ordenó a sus ministros y asesores, que trajeran a su presencia al joyero más capaz de todo el reino o del orbe entero.

En aquel instante, la muchacha que atendía la taberna, y que era hija del tabernero, depositó sobre la mesa dos jarras de vino y una escudilla de carne que desprendía un agradable olor a romero, tomillo y otras especias. Evidentemente el encargado de la brasa, su padre, merecía la fama que gozaba en la comarca. Abdel Aziz examinó brevemente la comida, la que no pareció desagradarle, y espero a que la muchacha se fuera, para continuar con el relato.

— Y así se hizo. Los asesores del Emir se informaron sobre los mejores orfebres conocidos en el

reino y fuera de él. Finalmente lo encontraron y se fueron a ver al Emir. Le informaron que el mejor joyero de todo el reino, e incluso del orbe, residía allí mismo, en Granada, aunque por desgracia, era cristiano, pero al decir de los expertos, su habilidad era tal que compensaba con creces el defecto. El Emir buscaba al mejor, sin importarle su credo, por lo que no presentó reparo al detalle. Lo mandó traer a su presencia, y le mostró los objetos y joyas. El orfebre se quedó pasmado ante la cantidad, belleza y valor de tales objetos. El corazón se le debió de parar, cuando el Emir le explicó el destino que tenía decidido para todas aquellas joyas, y que él sería el encargado de hacerlo. Su primer impulso fue el de rechazar el encargo, pero eso le hubiera acarreado la pérdida inmediata de la cabeza. Así es que maquinó un plan. Y en efecto. Recogió con cuidado todo aquello, y le prometió al Emir que, de allí a quince días, le construiría el atril más maravilloso de todo el Islam y que no habría Sultán ni emperador que poseyera joya tan preciada. Quedó tan encantado el Emir, que al punto ordenó que se le hiciera entrega al cristiano, de dos mil mezcals de oro, para que se esforzara aún más si cabía. Pasados los quince días, el cristiano cumplió su palabra y se presentó ante el Emir con un cofre en las manos. Ante la expectación general, el orfebre abrió el cofre mostrando ante todos, una cruz de oro con incrustaciones de diamantes y esmeraldas y un crucificado doliente tallado en madera de ébano. Ante semejante vista, un sordo clamor de indignación se apoderó de la estancia, y todos dieron por hecho, que sería el mismísimo Emir, quien le cortaría allí mismo la cabeza al osado cristiano. Este, montó en cólera

llamando al verdugo para que lo ejecutara allí mismo, pero el cristiano, dirigiéndose al él, le rogó que tomase con sus manos la cruz y contemplase su trabajo, y que le dijera si era digno de un Sultán, y que una vez observada la obra, dictaminase lo que había de hacerse con su persona. El Emir, aunque profundamente enfadado, era sensible al arte y sabía reconocerlo y valorarlo sin importar la procedencia ni creencias del autor, siguió el consejo del cristiano. Tomó la cruz con sus manos y la contempló largamente. Su semblante fue cambiando por momentos ante la mirada atónita de los presentes que eran muchos, pues al conocerse la presencia del orfebre cristiano ante el Emir, y movidos por su fama, muchos fueron los que quisieron presenciar la obra del artista. Como digo, el Emir contempló la obra que tenía en sus manos y sus fibras sensibles se conmovieron ante tanta maravilla. Era la obra de arte más perfecta que había tenido jamás en sus manos. Su confección, sus proporciones, la perfecta armonía de sus formas y colores, el engarce de las piedras preciosas con el oro, tan perfecto que podría decirse que formaban una sola materia, el tallado del crucificado era sencillamente insuperable y hasta sintió que la cruz se comunicaba con él. Los maderos, de oro macizo, imitaban a la madera de granado. Estaba absolutamente impresionado. No podía mandar ejecutar al autor de una obra semejante. Levantó una mano y mando que se retirara el verdugo. Con un gesto, indicó al cristiano que se acercará

— Sabéis —le dijo—, que vuestra osadía os ha podido costar la vida.

— Sí, *sidi* —le respondió—, pero confiaba en que Dios pusiera en mis manos y en mi alma, toda la

habilidad, saber y conocimientos necesarios para realizar la obra más perfecta que ser humano hubiera construido, esperando que tu sensibilidad supiera apreciar en lo que vale, lo que tienes en tus manos. Además, —le dijo— está construida con materiales bendecidos y por tanto es una obra santa. Esa cruz puede que te salve a ti y a los tuyos. No la veas como un símbolo cristiano, sino como la expresión de Dios, se llame Alá o Cristo.

Los razonamientos expuestos por el cristiano, y la fe en su Dios, que le inspiró para confeccionar aquella obra de arte, convencieron al Emir, decretando que fuera dejado en libertad, ante la sorpresa general. La cruz fue colocada en sus aposentos, en un lugar distinguido, apartado del Corán, pero siendo objeto de su estima y la de su stirpe. Según se cuenta, la cruz realizó algún que otro hecho extraordinario, eso que los cristianos llamáis milagro, lo que acrecentó la estima del Emir por la cruz. Estos hechos trascendieron a los granadinos y al poco tiempo su fama corrió de boca en boca. Mi pueblo, acostumbrado a poner nombre a todas las cosas que llegan a sus corazones, no hizo una excepción en este caso, y al poco tiempo la cruz empezó a ser conocida como el Cristo del Granada. ¿Comprendéis ahora, porque deseamos recuperar ese objeto? De todas las maneras, como espero que nuestras razones no os muevan a colaborar con nosotros, estoy dispuesto, si recuperaréis nuestra cruz, a entregaros mil mezcals de oro, que añadiré a los quinientos que os daré ahora si aceptáis el trabajo.

Una vez que el moro hubo terminado de hablar, miró con atención a sus interlocutores, quienes cruzaron

miradas ávidas de codicia. Únicamente, Alfonso se mantenía serio y pensativo. Finalmente, habló Alfonso.

— ¿Decís que la entrega de esa cruz se hará en el monasterio de Santa María de Alaón?

— Esos son los informes que yo tengo. Y debo decirlos que son absolutamente fiables.

— No está lejos de aquí. A dos o tres días de viaje. Desde luego es un golpe osado y peligroso. Pero es posible llevarlo a cabo si se hace con precisión. Decidme, ¿tenéis algún plazo apalabrado, o por el contrario, podemos hacerlo cuando consideremos oportuno?

— Os pediría que fuera lo antes posible, para devolverla cuanto antes a su legítimo dueño. Pero soy consciente de la dificultad que entraña recuperar nuestra cruz, por lo que aceptaré el plazo que consideréis oportuno.

— En ese caso dejad el asunto en mis manos. Si os parece, pasado mañana podemos quedar en este mismo lugar, a esta hora, donde os comunicaré el plan a seguir.

— No me parece conveniente que repitamos el encuentro. Haremos una cosa. Cuando tengáis el Cristo del Granado en vuestro poder, regresad a Barbastro y visitad a quien vos sabéis y pedidle precio por empeñar una joya antiquísima en forma de cruz. Él sabrá lo que debe hacer para comunicarme la noticia. No hagáis nada más. Pasado algún tiempo os dará instrucciones. No vayáis a verlo por ninguna otra razón. Simplemente, visitad esta taberna diariamente. El dará con vosotros. Bien, ahora es el momento de dedicarle mi atención a este agradable trozo de carne antes de emprender el camino de regreso.

El moro cogió con los dedos la carne y separando trozos pequeños, se los fue llevando a la boca. Los tres hombres, se levantaron y con una leve seña de despedida abandonaron la taberna. El hombre siguió comiendo y bebiendo con tranquilidad y cuando ya hacía unos minutos que permanecía solo, otro hombre de baja estatura, grueso, con una cicatriz en la ceja, cubierto con una gruesa pelliza, y que había permanecido todo el tiempo en otra mesa, se levantó, se dirigió hacia él, y sin esperar permiso para hacerlo, se sentó a su lado.

— ¿Tú crees que lo harán? —pregunto Abdel Aziz.

— Estoy convencido. He visto la codicia en sus ojos, cuando les hablasteis de la recompensa. —  
respondió el otro.

— No les pierdas de vista. Que estén siempre bien vigilados. No quiero sorpresas. Los cristianos enseguida prometen, pero luego olvidan demasiado pronto.

## **Capítulo 2. El Plan.**

### **Domingo, 28 de octubre de 1.123**

Alfonso de Solana era un estratega nato. Cuando el hombre con el que se habían entrevistado en la taberna les confirmó el encargo, su mente comenzó a concebir un plan en aquel mismo instante. No importaba la magnitud de la dificultad: al contrario, cuanto más difícil se presentaba, mas le atraía la idea de llevarlo a cabo. Sostenía que la audacia representaba un porcentaje muy alto en el éxito del golpe de mano.

Despreciaba a los indecisos y pusilánimes y los ignoraba por completo. Robar una joya el mismo día que era donada por el rey, y delante de sus narices, tenía el suficiente atractivo para Alfonso, como para dedicarse en cuerpo y alma a la elaboración de un plan perfecto. Prontamente cayó en la cuenta de que la dificultad máxima estaría en la huida. El monasterio de Santa María de Alaón se encontraba en una zona de acceso difícil, y por tanto y por la misma razón, una salida igualmente complicada. Por otro lado, lo conocía bastante bien por haberlo visitado en varias ocasiones cuando era un niño, y alguna vez más, ya de mayor. Rememoraba con precisión casi todo el monasterio, en obras, tras ser destruido parcialmente por las hordas sarracenas. Recordaba con todo lujo de detalles los alrededores, llenos de arbolado y vegetación, los caminos y sendas que conducían a él. Situado al fondo

del desfiladero de Escales, junto al río Noguera Ribagorzana, se encontraba cercado por escarpadas y hermosas montañas. Por eso sabía que escapar sería complicado.

Aquella noche, albergado en la posada *La Luna*, junto a la plaza del mercado, donde se alojó con sus dos secuaces, la pasó en blanco, dando vueltas una y otra vez, a un plan que concebido rápidamente en sus líneas maestras, lo iba depurando en los múltiples repasos a los que lo sometía en su cabeza. Ya amanecía, cuando se quedó profundamente dormido, con la tranquilidad del trabajo realizado, agotado por la tensa vigilia sufrida. Sus compañeros de habitación, al comprobar por la mañana que seguía durmiendo profundamente, no se atrevieron a despertarlo para no ser objeto de su ira. Salieron de la habitación y se dirigieron hacia la plaza del mercado, que a aquellas horas de la mañana, presentaba un aspecto muy concurrido y animado. Se mezclaron con la gente y fueron de puesto en puesto, observando las mercancías expuestas, o bien siendo mudos testigos de las discusiones y conversaciones, soeces en ocasiones, de los vendedores con sus clientes o con otros vendedores.

En la plaza, las gentes comerciaban de forma activa. El trueque, el cambio un bien por otro de diferente naturaleza, era la forma más empleada en el mercado, pues no todo el mundo tenía facilidad para disponer de monedas, dineros u óbolos, que eran mayoritariamente las monedas en uso. Por tanto, la gente acudía al mercado provista de mercancías que ellos producían, para intercambiar por otros productos que necesitaban. Vacas, cerdos, corderos, asnos, mulas, pavos, gallinas y conejos, entre otros, formaban el

universo del trueque animal; patatas, nabos, zanahorias, olivas, borrajas, ajos, sal, romero, tomillo y mil variedades más de plantas, hojas y verduras surtían de producto vegetal al mercadillo. Nadie compraba sin haber regateado el precio. Los vendedores que tenían puesto fijo, y que raramente aceptaban el trueque, ocupaban el centro de la plaza, de forma que sus tenderetes miraban hacia los porches, por donde deambulaban los clientes. Bajo los porches, se encontraban establecimientos de todo tipo, dedicados a la venta o fabricación de productos: cuerdas, salazones, marroquinerías, tintorerías, herrería y establecimientos de artesanos de todos los oficios. En una esquina de la plaza, junto a la calle Artesanos, que subía hacia la iglesia—catedral, había un establecimiento de baños, regentado por un moro. La empinada calle, y como su nombre indicaba, albergaba talleres de carpintería, herrería, calderería y tintorería, entre otros.

Después de observar durante un buen rato como una mujer echadora de cartas, leía el porvenir a quien lo solicitaba, por una moneda o unas patatas o borrajas, decidieron volver a la posada para reunirse con su jefe. Este les estaba esperando a la entrada de la misma. Subieron por la calle de la Herradura hasta la taberna del *Gallo Rojo*, donde ocuparon una mesa. Pidieron de comer y beber y una vez que la comida estuvo dispuesta sobre la mesa, se dispuso a contarles el plan que había concebido.

— La audacia abre las puertas del éxito —les repitió por enésima vez— y por ello, lo que tengo planeado, porque nadie lo espera, nos dará la oportunidad de salir con éxito de esta misión.

Alfonso, siempre utilizaba la palabra “misión” para definir sus correrías. Además, siempre le gustaba plantearles los planes como si ellos no supieran absolutamente nada de nada. Y aquella ocasión tampoco iba a ser una excepción.

— Dentro de cuatro días, el Rey Alfonso hará entrega, al monasterio de Santa María de Alaón, de una ofrenda de gran valor, consistente, entre otras joyas y piedras preciosas, de una Cruz de Oro. Por supuesto, se hará con gran boato, y con presencia de buen número de tropas que siempre acompaña al Rey. Por tanto, ellos no esperan que pase nada. Ni siquiera se les habrá pasado por la cabeza. ¿Quién iba a estar tan loco como robar un tesoro en presencia del Rey y sus tropas, y además, hacerlo en el monasterio de Santa María de Alaón? — Guillen y García se miraron entre sí, como reconociendo una obviedad en la que no habían caído hasta ese momento. Su jefe se dio cuenta de ello, pero siguió con su exposición.

— En su falsa seguridad, se fundará la nuestra para hacernos con el gallo —esta era otra de sus expresiones favoritas—. Bien. Yo partiré hoy hacia Santa María de Alaón, donde me presentaré con la excusa de que, siendo Notario y habiendo sido encargado por una familia de nobles, del estudio de unos derechos sobre unas determinadas tierras, rogaré que me sea concedida autorización para poder estudiar unos documentos, cotejándolos con libros y documentos que poseen en su biblioteca. Una vez allí, y con excusa de meditaciones y algún que otro rezo, daré vueltas por todos los corredores y pasillos, con el fin de memorizar y refrescar el plano del monasterio, comprobar si ha habido

modificaciones en estos últimos años, y dónde quedan las puertas y estancias que nos interesan, y lo que es más importante, donde guardan sus tesoros. De forma que cuando el Rey llegue con su presente, yo llevaré allí tres días de completo estudio, con lo que quedaré exento de sospecha. En cuanto a vosotros, mañana os pondréis en camino y deberéis aparecer el miércoles de mañana, solicitando asilo el mismo día de la ofrenda. Os presentareis como peregrinos en camino hacia Santiago de Compostela, por lo que deberéis pertrecharos como corresponde a unos peregrinos. Os necesitaré para tareas de vigilancia y por si surgen problemas no previstos y me es necesario vuestro concurso. Hablad poco y en voz baja. El silencio, es cosa que se supone, practican los peregrinos. No vayáis a meter la pata, diciendo alguna inconveniencia. Deberéis venir con tres caballos que comprareis aquí, y que dejareis en la posada de Aren, pagando por adelantado. Diréis al posadero que iréis a buscarlos al día siguiente, pues vais a orar durante toda la noche a una ermita de las inmediaciones, para recabar las bendiciones del cielo, antes de iniciar la peregrinación a Santiago de Compostela. Luego vendréis andando hasta el monasterio. Solo os ocupara dos o tres horas de camino. Cuando realicemos la misión, los recogeremos y emprenderemos la huida.

— ¿Tres caballos? ¿Tú no llevarás ninguno cuando vayas al monasterio? —preguntó García.

— Claro que iré a caballo. Pero una vez realizada la misión, no quiero llamar la atención recogéndolo de la cuadra y salir del monasterio llevándolo de las riendas. En cuanto tenga la cruz en mi poder, nos encaminaremos hacia Aren a recoger los caballos. Es absolutamente

imprescindible que el robo se descubra lo más tarde posible. Eso nos dará el tiempo suficiente para salir huyendo sin llamar la atención.

Hizo un alto en su narración, al observar los humeantes cuencos con la comida.

— Vayamos comiendo porque si se enfría esta carne, no habrá forma de comerla.

Los tres se aplicaron de buena gana a trasegar a sus estómagos lo que tenían delante. Pronto empezó a desaparecer la hogaza de pan y los trozos de carne. Pidieron a la tabernera que les trajera más de todo y se dedicaron con fruición a la tarea de comer.

Alfonso estaba contento y se le notaba. Conforme iba explicando el plan a sus subordinados, se acrecentaba su seguridad y confianza en el éxito. Si todo salía como tenía planeado, se encontrarían muy lejos de allí cuando se descubriera el robo. Y lo mejor de todo, es que sus perseguidores no sabrían qué dirección tomar, para salir en su búsqueda. Cuando terminaron de comer, pidieron otras jarras de cerveza para entretener el tiempo, y Alfonso, se dispuso a terminar de explicarles su plan.

— Como os decía, nos encontraremos en el monasterio. Lo primero que haréis será dirigiros a la capilla, y como haría cualquier peregrino, os ponéis a rezar o simuláis que lo estáis haciendo. Yo os estaré esperando allí. Luego, tras unos minutos de rezo, saldremos de la capilla, y simularemos una animada conversación acerca de vuestro viaje a Santiago. Eso me permitirá contaros las últimas novedades sobre lo que yo haya visto en los tres días anteriores. Una vez terminada la ceremonia de la ofrenda, el Cristo del Granado, será depositado en la Sala de Custodia, o Camarín, que es el lugar donde se guardan todos los tesoros del monasterio. Que yo sepa, hay dos entradas a esa Sala, salvo que en

todo este tiempo hayan cambiado algo. Una es desde la propia capilla, y la otra desde una sala que utiliza el Abad para trabajar. Como el Abad estará en todo momento con el Rey, nosotros nos introduciremos en esa habitación a la espera de que todo termine. Cuando esto ocurra, será el momento de hacerme con la cruz. Vosotros estaréis vigilando el camino de salida. Luego cuando todo el mundo esté comiendo, será el momento de abandonar el monasterio. ¿Queda todo claro? ¿Alguna pregunta?

Durante unos segundos, los tres mantuvieron silencio. Luego, García preguntó:

— ¿Y si ponen vigilantes dentro de la sala de Custodia?

— No lo creo, pero si lo hacen, deberemos eliminarlos.

— ¿Cómo? —insistió García

— Por supuesto habrá que sorprenderlos de forma más silenciosa posible para que no den la voz de alarma. Les llevaremos la comida y aprovecharemos un descuido para liquidarlos. Pero sobre todo, nada de ruidos. Sería la ruina del plan. Y la nuestra.

Los tres se levantaron, dando por terminada la comida y la sobremesa, dejando unas monedas sobre la mesa tras lo cual abandonaron el local. Luego se dirigieron hacia la posada, donde terminarían el día bebiendo hasta la hora de ir a dormir. Al día siguiente, comenzarían a poner el plan en marcha.

### **Capítulo 3. Santa María de Alaón**

#### **Martes, 30 de octubre de 1.123**

Santa María de Alaón, junto con el monasterio de Obarra, estaba llamado a ser, uno de los centros religiosos importantes del reino. Ubicado entre un esplendoroso paisaje y cobijado por un imponente macizo rocoso, se encontraba junto al río Noguera Ribagorzana. Fundado en el siglo IX y destruido a finales del X por los musulmanes, fue reconstruido aproximadamente un siglo después, en el año 1078, cuando el Obispo de Roda Don Ramón Dalmaz, restauraba la comunidad de monjes. Tras una serie de peripecias y casi cincuenta años después, el Rey de Aragón, Alfonso I junto con el Obispo de Roda, Ramón Guillermo, iban a consagrar su finalización. El trascendental acto, iba a producirse dentro de tres días y para el que se trabajaba febrilmente en el cenobio.

El jinete se aproximaba lenta y pesadamente por el camino que conducía al monasterio. Iba totalmente cubierto con su capote, pues el día era helador. Los ollares del caballo, exhalaban grandes volutas de vapor que ponían de manifiesto las bajas temperaturas de aquel día, a las once de la mañana.

Cuando por fin, tras una prolongada bajada, enfiló el camino que conducía directamente a las puertas del monasterio, el jinete se descubrió la cabeza, mostrando su cabello de tonalidades rojizas y parte de su ropaje del

que podía deducirse que se trataba de una persona importante. Cuando llegó ante el cerrado portalón, descabalgó, golpeando tres veces con la pesada aldaba de hierro en forma de piña. Pasado un minuto, repitió el repique al ver que nadie acudía a abrir la puerta. Al poco rato, notó como alguien se acercaba corriendo, y tras descorrer, no menos de tres cerrojos, la puerta se abrió pesadamente, apareciendo un monje con cara de pocos amigos y respiración acelerada, y por sus ademanes, denotando una cierta desconfianza ante el desconocido, al que miró de arriba a abajo. Este, abrió con gesto estudiado su manto, dejándose ver en su totalidad. Su pellizón de piel, del que prendía una fíbula de aguja, de la que colgaba una bolita de oro con filigrana, tuvo la virtud de producir en el monje un cambio de actitud radical, cambiando la adustez del rostro por una amable y servicial sonrisa:

— ¿Si? —dijo

— Buenos días padre. Soy Pedro Jiménez, Notario de Barbastro. Quisiera hablar con vuestro Abad, sobre un asunto del que he sido encargado acerca de unas heredades sobre las que debo dictaminar la legítima propiedad. ¿Seríais tan amable....?

— Por supuesto. Esperad un segundo que abra la doble puerta para que paséis con vuestro caballo. Será solo un momento.

El monje cerró la puerta y segundos después, las dos hojas del portalón del monasterio se abrían lo suficiente para que pasara el visitante con su montura. Una vez dentro, cerró nuevamente las puertas y se dirigió al recién llegado.

— Perdonad. Aún no me he presentado. Soy fray Francisco, y tengo a mi cargo diversas labores dentro del monasterio, entre ellas la de hacer de portero y encargarme de la farmacia. No sé si sabéis, pero dentro de tres días, nuestro querido Rey Alfonso I, y nuestro querido Obispo Ramón, van a proceder a consagrar el monasterio, después de 50 años de construcciones, preparativos, y demás trabajos...lo cual nos tiene a todos muy ocupados organizando los acontecimientos que tendrán lugar en este recinto. Así es que no sé, si nuestro querido Abad os podrá atender como merecéis, pero esta es la razón.

Alfonso, en su papel de notario de Barbastro, andaba a su lado llevando de las riendas a su caballo. Escuchando su perorata, seguía al monje, quien se encaminaba directamente hacia la cuadra, donde se encontraban media docena de mulas, dos burros, y dos caballos. Una vez que alojaron allí al animal, cruzaron el patio interior, dirigiéndose hacia la puerta situada en el edificio anexo y que daba acceso a su interior.

El Monasterio tenía forma rectangular, en el que la iglesia, ocupaba la parte sureste, formando dos de los lados del rectángulo, debidamente prolongados hasta encontrarse. La construcción del edificio monacal, tenía dos plantas de menor altura que la iglesia, situando en la parte central el claustro y el patio interior, desde el que se accedía a las estancias monacales. En la fachada sur, se encontraba la puerta de acceso al templo y a su izquierda la de acceso al patio interior. La parte oeste del edificio anexo, se utilizaba para guardar los aperos con los que trabajaban los monjes en las faenas del campo,

además de hacer de despensa, cocina, comedor de la congregación y taller de herrería, albergando también las cuadras. En otra ala de la edificación, se situaban los dormitorios de los monjes, y el refectorio. A su alrededor, y ya en el exterior, fértiles huertos a la vera del río proporcionaban el sustento necesario a los moradores del monasterio. El cementerio, se encontraba adosado a la iglesia, a la derecha de la entrada a la misma.

La iglesia del monasterio presentaba una planta basilical de tres naves, de forma que las naves laterales eran de menor altura y anchura, rematadas por ábsides semicilíndricos bien aparejados. Bajo el ábside central se encontraba una cripta de similar planta, rematada o cubierta con una bóveda de cañón. Uno de los detalles más interesantes era su portada meridional con arco formado por taqueado jaqués y un crismón. También había frisos ajedrezados entre la cornisa y las bandas de arquillos lombardos de los ábsides. En el interior, las naves se subdividían mediante pilares cruciformes con columnas adosadas en algunos de ellos y que eran el apoyo de los correspondientes arcos fajones y formeros de las cubiertas, que en la nave central son mediante bóveda de medio cañón y en las laterales de arista. El pavimento, confeccionado con piedras del río, dibujaba flores y palmeras hexagonales. A la izquierda, una enorme pila bautismal de inmersión.

Alfonso se quedó observando aquella obra de arte. De pronto, sintió la mano del monje en su brazo, para llamar su atención, y dirigirse directamente al interior de la iglesia. Tras arrodillarse y santiguarse delante del altar, cruzaron la nave en dirección al ábside, y desde una puerta que había a la izquierda, accedieron al

interior del monasterio donde se hallaban situadas las oficinas destinadas a las labores de administración del monasterio. Entraron en una de aquellas estancias, en la que estaban dispuestas una serie de sillas, distribuidas alrededor de la misma, que hacía las veces de antesala a la oficina del Abad, situada al otro lado de una puerta que había al fondo. Fray Francisco se dirigió a la puerta, golpeó suavemente con los nudillos de la mano y tras abrirla, entró dentro, a la vez que hacía un gesto al Notario para que aguardase, señalándole una silla.

A los pocos momentos, se abrió la puerta y fray Francisco, con cara sonriente le franqueó el paso al interior.

Un sonriente monje le esperaba con la mano extendida y la palma hacia abajo, como era costumbre en el clero. La oficina era asombrosamente parca en amueblamiento. Una mesa, que utilizaba el Abad, su silla, otra para su posible visitante, y una cómoda, que servía de mueble auxiliar, porque estaba llena de pergaminos y papeles, en la que, tras una detenida observación, podía verse un cierto orden, que aparentemente no lo tenía. En las paredes tan solo un Crucifijo. Nada más. Una escueta ventana que apenas aportaba luz, y sobre la mesa, un porta cirios de seis velas, los bártulos de escribir y varios documentos.

Alfonso, le beso la mano, y siguiendo la indicación del Abad se sentó en la silla.

— Ya me ha comentado brevemente fray Francisco el motivo de la visita. Lo que no ha sabido decirme es el nombre, pues no se acordaba en ese momento. Yo soy fray Ramón, Abad de Santa María de Alaón.

— Mi nombre es Pedro Jiménez, y soy Notario de Barbastro. También sé por fray Francisco, que estáis muy ocupado por los preparativos que estáis llevando a cabo con motivo de la presencia del Rey y del Obispo de Roda. Pues bien, el motivo de mi visita es fundamentalmente de investigación. Como es bien sabido entre los de mi profesión, en la biblioteca de Santa María, existen numerosos cartularios que contienen las escrituras de acuerdos entre señores de la Región y otros importantes documentos como donaciones, concesiones y nombramientos reales, etc. que, para la misión que me trae hasta vuestro monasterio, serán de gran importancia, porque espero encontrar información fundamental, a la hora de establecer un juicio sobre ciertas heredades, en las que se ha producido una disputa entre dos Señores, y en la que ambos litigantes, de mutuo acuerdo, me han honrado con el honor de ser elegido, como persona que dictamine en tan peliaguda cuestión. Y por ello, solicito vuestra autorización para revisar esos documentos existentes en vuestra biblioteca que, repito, considero como una de las más importantes del Reino. Como veis, dentro del mucho trabajo que con seguridad tendréis, el mío no os robará mucho tiempo, por no decir ninguno.

— Vaya. En verdad es sorprendente, que haya señores que se pelean por tierras y castillos sin acudir a las armas. Ciertamente, que es para tener esperanza en el ser humano. No podría poner obstáculo alguno a vuestra petición, sin contravenir algún mandamiento de Dios. Todo sea por la paz y que Dios os ilumine en vuestra decisión, y esperemos que, una vez oída, los señores se muestren satisfechos, y no muden de opinión, que

provoquen luchas y pendencias que llenen de sangre y dolor estas ya de por sí, sangrientas y doloridas tierras. Tenéis mi permiso y bendición para que acometáis esa tarea. Y como bien decís, poco tiempo me quitará. ¿Habéis calculado que tiempo os llevara esta investigación?

— Bueno, eso dependerá de la cantidad de documentos que tenga que leer. Pero cosa de cuatro o cinco días.

— Tenéis trabajo, señor notario. — El Abad, tocó una campanilla que había sobre la mesa, y al momento, apareció fray Francisco.

— Fray Francisco vais a hacer por mi lo siguiente: lo primero poned en contacto a Don Pedro con fray Anselmo, y le comunicáis mi decisión de autorizar a don Pedro, para que investigue entre los documentos de la biblioteca. Explicadle el por qué —dijo dirigiéndose a Alfonso.

— Otra cosa. Para atender las necesidades de nuestro ilustre huésped, el señor Notario, hablad con fray Jerónimo, quien le asignará una celda, y podrá concertar con él, los horarios de las comidas y cenas. Y ya sabéis Don Pedro, si tenéis necesidad o deseo de asistir a algún oratorio o servicio religioso con nosotros, no tenéis nada más que presentaros en la iglesia. Sed bienvenido.

El Abad dio por concluida la conversación extendiéndole nuevamente su mano con el dorso hacia arriba. Tenía la sensación de que el rostro de su visitante, le recordaba a alguien, pero en aquel momento, era incapaz de recordar a quien. De todas formas no tenía mayor importancia. Alfonso, le besó la mano, y se dirigió hacia la puerta, tras fray Francisco.

Una vez fuera, fray Francisco condujo a Alfonso por un corredor, hasta llegar a una escalera que conectaba la planta baja con la primera planta. La escalera, toda ella de madera, crujía mientras ascendían por ella, y aunque no era muy ancha, podían subir dos personas, hombro con hombro, con cierta comodidad. La primera planta tenía un gran corredor, y varias puertas conectadas a él. Una de ellas, era de doble hoja, por lo que le dio la impresión a Alfonso que sería la que permitía el acceso a la biblioteca. Y así fue en efecto. Cuando llegaron a su altura, fray Francisco golpeo suavemente sobre la puerta, y sin esperar respuesta, la abrió y se apartó para que pasara Alfonso.

La biblioteca era enorme, y todas sus paredes estaban cubiertas de estanterías, que a su vez, estaban completamente repletas de libros. La altura de sus paredes era mayor que la de la planta baja. Para un espíritu sensible, su sola visión debería producirle una felicidad inmensa. Grandes escaleras móviles permitían el acceso a los monjes, a los diversos niveles de los grandes anaqueles. Una biblioteca así, tenía por fuerza que estar perfectamente organizada, para poder acceder a toda la información allí albergada.

Un monje, abandono su sitio y se dirigió hacia ellos. Alfonso supuso que sería fray Anselmo, el bibliotecario.

— Buenos días, fray Anselmo —dijo fray Francisco

— Buenos días fray Francisco y compañía.

— Venimos de ver al Abad, el cual me ha pedido que os presente a Don Pedro Jiménez, Notario de Barbastro, con el ruego de que le ayudéis en lo que sea

posible, sobre un asunto que le ha traído hasta nosotros, y que el mismo os explicará –dijo con una amplia sonrisa. Luego se dirigió a Alfonso.

– Ahora mismo voy a hablar con fray Jerónimo para que os reserve una celda. Luego, él mismo, se pondrá en contacto con vos, para ultimar los detalles.... ¿Deseáis alguna cosa más? –terminó

– No. Habéis sido muy amable conmigo, todos ustedes lo han sido, y no quisiera molestar más de lo imprescindible, máxime en las circunstancias especiales en las que se encuentran, ante la visita del Rey y del Obispo de Roda.

Fray Francisco abandonó la biblioteca, y el falso notario explicó a fray Anselmo, las razones de su presencia allí y que ya había explicado al Abad. Como éste, se mostró totalmente predispuesto a facilitar la tarea de investigación.

– Los cartularios y documentos reales, los tenemos en una habitación anexa a esta biblioteca, pues algunos de ellos, son de trascendental importancia, y no es conveniente que circulen de mano en mano. Como podéis ver, tenemos la biblioteca a rebosar, y ya estamos pensando en ampliar por algún lado, ampliando un ala, o construyendo otra. Aquí tenemos un gran número de libros que contienen gran parte del saber actual. Tenemos libros de astronomía, matemáticas, medicina, física, etc. Y están escritos en multitud de lenguas: latín, árabe, griego y alguno hay que está en una lengua que todavía no conocemos. Hay quien dice que se trata de algún dialecto desconocido hasta el momento. Acompañadme, y os mostraré el lugar donde podréis

trabajar, sin que el enorme trasiego que podéis ver aquí os moleste.

— Hacéis copias de códices y otros libros, por lo que parece.

— Sí. Es necesario. Tenemos una gran demanda de copias, por parte del Rey y por algunos nobles. También hacemos copias para enviar a otros monasterios del reino, de la península e incluso de más allá de los Pirineos. Sí, es un trabajo importante, muy pesado, pero necesario.

Mientras hablaban, cruzaron la amplia biblioteca hasta llegar a una puerta que fray Anselmo abrió con una llave que llevaba encima. La habitación estaba absolutamente a oscuras, pues no había ninguna ventana por la que pudiera entrar rayo alguno de luz. Cogió un candelabro con varias velas, y las encendió antes de entrar. Con la mano en alto portando el candelabro, la estancia se iluminó de repente, dejando ver gran número de estantes, donde se encontraban pergaminos, cartularios y multitud de documentos enrollados y atados con cinta roja. En el centro de la estancia, había una gran mesa y varias sillas que la rodeaban. Fray Anselmo, dejó el candelabro en el centro de la mesa, con lo que la estancia se iluminó relativamente.

— No os preocupéis por la luz. Ahora hare que os enciendan las candelas que rodean la habitación, con lo que ganareis mucha luz en la estancia. Bien, aquí tenéis el objeto de vuestra investigación. Están clasificados por Edictos Reales a este lado, testamentos, nombramientos, concesiones de fueros, justicia, cesiones de tierras, documentos de particulares que han querido

depositarlos aquí, y un gran número de otras cosas. Necesitareis un tiempo para familiarizarse con todo ello. ¿Necesitaríais algún ayudante?

— No. Yo mismo realizaré la labor de búsqueda. Si es caso, alguna pregunta puntual sobre tal o cual cosa, sí que os haré, si me lo permitís. Pero no me hará falta ayuda.

— Como queráis. Aquí trabajareis tranquilamente. Y si tenéis alguna duda, no vaciléis en preguntarme. ¿Queréis comenzar ya, o lo haréis más tarde?

— Creo que comenzaré por la tarde. Antes me gustaría recorrer el monasterio para admirar su belleza, ya que tan bien me estáis tratando, ¿Qué menos que corresponderos, apreciando y admirando esta obra en la que se ve la mano de Dios? Eso, si os place concederme el permiso para realizar esta visita.

— ¡Cómo no! Mi permiso, ya lo tenéis. Pasead a vuestro gusto. No dejéis de ver nuestro claustro ni nuestra iglesia. Veréis en ello como Dios guió a su constructor.

— Así lo haré fray Anselmo. — dijo Alfonso saliendo de la habitación.

Fray Anselmo volvió a cerrar la puerta diciéndole que cuando regresara a trabajar, el mismo le abriría la puerta.

— ¿Os acompaño a algún sitio?

— No, gracias. Espero no perderme entre estos muros —dijo esbozando una gran sonrisa a la que correspondió fray Anselmo.

Alfonso abandonó la biblioteca y se dispuso a recorrer a sus anchas el monasterio. Tras un buen rato de pasear por sus corredores y subir y bajar escaleras, e

incluso, entrar en alguna de las estancias, se hizo un plano mental de la distribución del monasterio. Todo el conjunto de edificaciones formaban un rectángulo perfecto, y estaba perfectamente comunicado. En la edificación situada en la parte norte, un hermoso atrio porticado, realizaba la función de distribución y acceso a las diversas estancias del monasterio. La Biblioteca se hallaba situada en él, y ocupaba casi la totalidad de la segunda planta. En la planta baja, se encontraban otras estancias dedicadas a la administración del Monasterio, y donde se ubicaba la estancia que utilizaba el Abad para trabajar.

Recorrió el resto de la edificación. Comprobó, cómo en una de las alas se encontraban las celdas de los monjes, la de los invitados y el refectorio. En el ala opuesta, se encontraban las cocinas, las despensas de los alimentos y los roperos donde se guardaban los hábitos y ropas religiosas utilizadas durante los ritos, además de los aperos de labranza, semillas, etc. También había un comedor más pequeño, donde comían los monjes de forma más recogida. El monasterio, también servía de punto de descanso y de paso obligado de peregrinos o viajantes ocasionales. Para acceder al é, se hacía por el portalón situado a la izquierda de la puerta principal a la iglesia. Frente por frente a este portalón, en el patio interior, existía otra puerta más pequeña que daba al río. En la parte trasera de la Iglesia, y dentro de ella, se ubicaba el Camarín de la Virgen donde se guardaban los objetos religiosos que se mostraban a los fieles, algunos de gran valor, aparte del espiritual, producto de donaciones de nobles y de grandes propietarios, que deseaban cumplir algún tipo de promesa, o deseaban

congraciarse con Dios, por alguna acción poco digna realizada. Estaba conectado con la estancia que el Abad, utilizaba como lugar de trabajo.

También se guardaba en éste aposento, oculto bajo el suelo, el dinero que se obtenía de las ventas de cebada, trigo y otros cultivos procedentes de las tierras sobre las que el Monasterio tenía derecho de servidumbre, diezmos o de los ingresos procedentes de la Fonda, que aunque en algunas ocasiones, cuando se trataba de pobres de solemnidad, no se cobraba, al resto, siempre se procuraba cobrar unos cuantos dineros por el servicio de cama y comida.

Después de recorrerla a lo largo y a lo ancho, decidió acercarse hacia la cocina, cruzando el patio interior, para preguntar por fray Jerónimo, con el fin de que le indicara la celda que le había sido destinada y dejar en ellas las exiguas pertenencias que con él había traído. Cuando estaba a punto de llegar, vio a fray Francisco, quién, cambiando la dirección que llevaba, se dirigió directamente a él.

— Ah. Estáis aquí —le dijo— os andaba buscando, para presentaros a fray Jerónimo.

— Pues habéis terminado la búsqueda. Me he entretenido todo este tiempo, recorriendo el monasterio de arriba abajo, y francamente me ha causado una magnífica impresión. De verdad que está bien construido en todos los aspectos. Esperemos que nuestro rey, proteja estos territorios de los sarracenos y no vuelva a producirse la desgracia de hace unos años.

— Sí. Eso esperamos. Todos estamos muy orgullosos de nuestro monasterio. Venid por aquí. Os llevaré ante fray Jerónimo.

Se dirigió hacia una estancia que se encontraba enfrente de la cocina, y en ella, un fraile ya entrado en años, le recibió con una amplia sonrisa.

— Sed bienvenido, Don Pedro. He tenido oportunidad de hablar con nuestro Abad y con fray Francisco y estoy al tanto de vuestra visita y sus razones. Os he reservado una celda, un poco apartada, pero con mayor entrada de luz que las que utilizamos nosotros. Está situada en el ala opuesta a la que ocupamos nosotros. Hemos dispuesto también de un par de mantas, pues por las noches el frío es muy intenso, y se apodera de todo.

Sobre la mesa, tenía un manajo de llaves unidas por una trenza de cuero, las cuales entregó a Fray Francisco con el encargo de que lo condujera hasta su celda. Tras unas breves palabras de cortesía, dejó a sus interlocutores, y se perdió por el largo pasillo hasta que entró en otra estancia. Fray Francisco, condujo al notario hasta sus aposentos, bajando por una escalera que conducía a los corredores que rodeaban el atrio, por los que se encaminaron hacia la parte donde se ubicaba la Hospedería y otras estancias de utilidad para el cenobio.

## **Capítulo 4. La Ofrenda y el Robo.**

### **Jueves, 1 de noviembre de 1.123**

Cuando la ceremonia de la Consagración terminó, y una vez finalizada la Santa Misa, se procedió a la ceremonia de entrega de las donaciones del Rey al monasterio, y tal y como había previsto Alfonso, la cruz fue transportada al Camarín de la Virgen, situado al fondo de la iglesia, en uno de los laterales.

Permanecería allí, hasta que se tomara la decisión sobre su futuro emplazamiento, bien exponiéndola en alguna parte del retablo o bien en alguna de las capillas laterales. La cruz era llevada por el Abad de Santa María de Alaón, acompañado por el Rey, seguido de los Abades y Priores de los monasterios dependientes, que habían asistido a la ceremonia de bendición del monasterio.

Una vez dentro de la sala, la depositaron sobre una mesa fuertemente iluminada por cuatro candelabros colocados en sus cuatro extremos y sobre la que se había extendido una tela de terciopelo rojo. Los presentes rodearon la mesa, con el fin de observar la joya desde todas las posiciones posibles, inclinándose sobre ella y escrutando minuciosamente cada detalle del objeto que tenían ante sus ojos. Tras unos momentos de observación silenciosa, con la admiración reflejada en sus rostros, comenzaron a manifestar los primeros comentarios de admiración.

La maestría del maestro orfebre se ponía de manifiesto en todos y cada uno de los detalles observados. Los palos que formaban la cruz, de oro macizo, simulando pertenecer a un granado, presentaban las irregularidades propias del árbol y que el artista había reproducido a la perfección. El palo vertical tenía una altura de cuarenta centímetros y el horizontal unos veinte, ambos con un grosor de centímetro y medio. En el tronco, se engarzaban las esmeraldas, y de las ramas, pendían rubíes, imitando granadas. El Cristo Crucificado, clavado sobre la cruz, estaba tallado en madera de ébano. Las heridas del pecho, manos y pies estaban representadas con minúsculos rubíes, produciendo tales destellos, que parecía que el crucificado todavía estuviera sangrando. La expresión de su rostro, entre apacible y doliente, expresaba con genial acierto, la vorágine interior del moribundo divino. Sus ojos, abiertos y dirigidos al cielo, ponían de manifiesto que el autor lo representaba aún con vida. Sus músculos y tendones, tensados al límite y primorosamente tallados, describían perfectamente, la vigorosidad de aquel cuerpo joven crucificado. El engarce de las piedras, empotradas en el oro sin que apenas pudiera delimitarse la línea donde se unían los dos materiales, pareciendo como si el autor hubiera fundido ambos para obtener uno solo, daba al conjunto un valor extraordinario, que superaba con creces, el valor de las materias con las que estaba realizado. El artista había logrado fundir junto con el oro su propio espíritu, sus creencias y el amor que indudablemente debía sentir por Cristo Crucificado. Tras una larga y minuciosa observación, que les llevó cerca de media hora, abandonaron la sala, comentando la

extraordinaria obra que acababa de ser entregada por el rey a Nuestra Señora, y que quedaba bajo la custodia del Monasterio de Santa María de Alaón. Estaban convencidos de que su autor, había realizado su obra bajo la amorosa inspiración del Creador.

Mientras, al otro lado del Camarín, en el despacho de trabajo del Abad, Alfonso, oculto tras unas cortinas que cubrían un ventanal, escuchaba con atención los comentarios que se producían en la sala contigua. No le llegaban muy bien lo que decían, pero entendía claramente el sentido admirativo de sus expresiones. Debía ser una maravilla, la dichosa cruz que querían recuperar los moros. Mientras, sus secuaces fuera del despacho, vigilaban los accesos al mismo; de vez en cuando le informaban de la ausencia de novedades. El tiempo pasaba y los visitantes de la otra sala, no parecían terminar nunca. Y eso le intranquilizaba y ponía nervioso.

Repasó nuevamente el plan: Una vez que la cruz estuviera en su poder, abandonaría el monasterio junto con sus hombres, vestidos de peregrinos, camino de Barbastro, para seguir luego dirección a Lérida. Si lograba que pasaran unas horas, antes de que se descubriera el robo, podrían llegar al cruce de caminos, punto en el que el viajero podía elegir, seguir viaje hacia Fraga, Lérida o Barbastro. En ese punto, sus hipotéticos perseguidores tendrían que dividirse, por lo que sus posibilidades de éxito estarían prácticamente aseguradas. Con unas horas de ventaja, podrían llegar a su destino, con una distancia de seguridad suficiente. Por el momento, todo parecía ir bien. El, había podido acceder a los aposentos de trabajo del Abad, con absoluta

normalidad, sin encontrarse a ningún monje en el trayecto. Todos estaban recibiendo al Rey y su séquito, y los que quedaban en el monasterio, bastante tenían con los preparativos de la comida y de la sala, donde iban a celebrar el ágape.

De pronto, le pareció notar que los hombres del otro lado abandonaban la Sala. Suspendió sus pensamientos, y sus cinco sentidos se concentraron en la otra habitación. En efecto, por las conversaciones que más o menos llegaban a sus oídos, dedujo que, en efecto, iban abandonar la habitación de un momento a otro. Quedaba por desvelar, por qué puerta lo harían. Había deducido que lo harían por la misma puerta de entrada, es decir, por la capilla, pues quedaba más cerca de las estancias donde se iba a celebrar la comida y que estaban situadas en una edificación anexa a la misma, llegándose a ellas desde el mismo patio que se accedía a la iglesia. Sus informes, le habían puesto al corriente sobre el deseo del Rey de abandonar el Monasterio, después de la comida, para dirigirse hacia Aren donde pernoctaría esa noche, y seguir camino hacia Huesca, a la mañana siguiente temprano. Pero nunca podía asegurarse que los planes no fueran cambiados a última hora. Era un riesgo que había que correr. En unos momentos, sabría si la puerta que daba a la habitación en la que estaba oculto, se abría dando pasó a la comitiva. Si así fuera, esperaba que no se detuvieran. Y si se detenían, esperaba que no fuera por mucho tiempo. Estaba bien escondido en un rincón, detrás de una pesada cortina que cubría totalmente una pared, dividida en dos partes iguales, de forma que, corriendo los extremos centrales, dejaba al descubierto un ventanal por el que entraba la luz del sol,

dejando ocultos los laterales. Contuvo la respiración y notó como su corazón comenzaba a latir violentamente. Por un momento pensó que se ahogaría. Cerró los ojos con objeto de concentrarse más en lo que ocurría en la otra habitación, a la vez que abría la boca para insuflar aire a sus tensos pulmones. Empezó a sentir que el sonido procedente de la otra parte se debilitaba, señal inequívoca de que se alejaban de su posición, de lo que dedujo, que según lo previsto, abandonarían la estancia por la otra puerta. Comenzó a normalizar la respiración y las pulsaciones comenzaron a bajar. Todo parecía salir a la perfección.

Pasaron unos minutos en los que los únicos ruidos que se percibían sonaban en la lejanía. Alguien reía o conversaba en alguna parte del monasterio. Alfonso se decidió a entrar en el camarín. Golpeó suavemente con los nudillos de la mano en la puerta de acceso y esperó unos segundos, antes de abrirla. La cabeza de Alfonso fue asomando precavidamente, mirando de un lado a otro, cerciorándose de que no había nadie en la sala. Cuando vio que en efecto, la sala estaba vacía, en absoluto silencio, entró con paso decidido. Sobre la mesa, encima de una tela de terciopelo rojo, estaba el Cristo del Granada, bajo la luz de los candelabros. Se dirigió hacia ella contemplándola durante unos segundos, y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Por un instante, le pareció sentir una sensación de rechazo por lo que iba a realizar. Pero solo fue un fugaz instante. Con rapidez, cogió la cruz, asombrándose de su peso, y la introdujo en la bolsa de piel que traía al efecto. Miró a su alrededor y contempló durante unos segundos, los grandes tesoros al alcance de su mano. Pensó en el inmenso valor de todo

aquello, y que ahora se encontraban a su merced. Pero el riesgo que estaba corriendo en aquellos momentos era grande, y debía actuar con rapidez y limpieza. Con cuidado, cerró la bolsa de piel con los cordajes que traía, y abandonó la sala con prestancia y sin hacer ningún ruido. Nuevamente en el despacho del Abad, se dirigió hacia la puerta que daba al corredor del claustro y por el que accederían al exterior del monasterio, en el lado opuesto, donde se hallaban ubicadas las tropas que acompañaban al Rey. Abrió con precaución la puerta y vio a sus hombres en el extremo izquierdo del pasillo. A un lado y a otro del corredor, no había ningún signo que denunciara presencia humana alguna. Abandonó el aposento, cerrando con cuidado la puerta, dirigiéndose con paso rápido hacia la posición en la que se encontraban sus hombres. Uno de ellos le tendió la espada, que rápidamente colgó de su cinto. Durante todo el tiempo en el que estuvo oculto, se había despojado de ella, para evitar que algún golpe involuntario en la pared o en algún mueble, le hubiera delatado. Una vez los tres juntos, tomaron el camino hacia la salida, al patio interior. Cuando estaban a punto de alcanzar la puerta que dejaba libre el camino, una voz a su espalda les hizo detenerse. Era la voz de fray Gaspar. Este, se encontraba justo en el recodo que acababan de abandonar, y que comunicaba directamente con los aposentos de trabajo del Abad. La vista de fray Gaspar no era muy buena, y hasta que no tuvo a los tres hombres a dos pasos de él, no pudo reconocerlos.

— ¡Ah! Es el señor don Pedro y veo también a nuestros dos peregrinos. Precisamente venía en vuestra

busca. Fray Ramón, nuestro Abad, me ha encargado que os comunicara, que podéis asistir a la comida, que con motivo de la visita del Rey al monasterio, vamos a celebrar en su compañía. Podéis tomar asiento en la mesa, junto al resto de nuestros hermanos y participar del ágape que nos ha preparado fray Enrico. Os comunico que para alegría vuestra, en esta ocasión, nuestro menú no es tan espartano como el habitual. El Rey, aunque también es muy estricto en materia de alimentación, merece unas viandas más espléndidas que las que habitualmente elaboramos. Y nuestro cocinero, italiano de origen, como podéis apreciar por su nombre, hace honor a la fama de su tierra y prepara unos guisos excelentes a base de carne y verdura.

Los tres hombres, comenzaron a recuperarse del susto que les había propinado el monje. Alfonso trató de comenzar una excusa, cuando vio como el fraile se quedaba mirando la bolsa que traía a su espalda. Al darse cuenta de ello, miró también lo que llamaba la atención del fraile. Y lo que vio, le heló la sangre: por una abertura de la bolsa aparecía una parte del travesaño horizontal de la cruz y la morena mano clavada en él. La luz, se fue abriendo paso en la confiada mente de fray Gaspar, y con terrible crudeza, la realidad se le hizo presente con toda su crudeza, produciéndole un estallido en su cabeza que lo anonadó por unos segundos. Luego reaccionó y dando un paso hacia atrás, empezó a gritar pidiendo socorro. Fueron dos o tres gritos, pues la espada de Alfonso, cercenó su vida atravesándolo de parte a parte. El pobre fraile cayó muerto a sus pies, y aún no había tocado el suelo, cuando a sus espaldas, aparecieron otros dos monjes más: fray Enrique y Fray Ricardo. El primero,

más joven, fue el primero en reaccionar, y al ver tendido en el suelo a fray Gaspar, se lanzó contra el hombre que tenía más cerca que era a su vez el más alto. Este, con experiencia, aguantó firme en su posición esperando la acometida del bravo fraile y cuando faltaban un par de pasos para llegar a su altura, se retiró levemente, a la vez que su brazo describía un círculo de abajo a arriba, clavando el puñal que portaba en el costado del monje, alcanzándole certeramente en el corazón y muriendo instantáneamente.

Mientras, García, se había lanzado contra fray Ricardo quien sin saber qué hacer, comenzó a retroceder, pero alcanzado por el más pequeño de los tres agresores, recibió tres puñaladas: dos de ellas en el estómago y otra en el pecho que le perforó el pulmón. Murió a los pocos segundos, en medio de grandes espasmos.

Todo había transcurrido en poco más de diez segundos. Los tres asesinos, se quedaron inmóviles por un momento y en posición alerta, tratando de escuchar, si los gritos de los frailes habían sido oídos por alguien más, y se aproximaban al lugar. Tras unos segundos de tensa escucha, llegaron a la conclusión de que por el momento, nadie parecía haber escuchado nada. Limpiaron las armas en las ropas de los monjes, y reagruparon los cadáveres, dejándolos en el interior de la oficina del Abad, con el fin de que no fuera descubiertos rápidamente. No tenían tiempo para ocultarlos mejor, ni el lugar donde habían ocurrido los hechos, les prestaba ayuda a su necesidad de ocultar los cadáveres. Despojaron a un monje de su hábito, y trataron de limpiar los charcos de sangre en el suelo. Viéndose impotentes para hacer desaparecer las manchas, tiraron

junto a los cadáveres el manchado hábito y abandonaron con rapidez el corredor que daba al patio.

Alfonso, rabioso por dentro, empezó a temer por el éxito del plan. Tenía claro que tal vez no podrían contar con tantas horas de ventaja. Los tres hombres, una vez en el patio trasero del monasterio, tomaron la salida que utilizaban los monjes, para entrar y salir con caballerías y carros que traían o llevaban víveres al monasterio. Se dirigieron río arriba, con idea de cruzarlo por un puente que había, a la vez que se ocultaban de la vista de todo el gentío y tropas que se encontraban en la explanada en la parte opuesta a la que se encontraban. Luego desharían el camino, siguiendo ocultos por la otra orilla del río, para luego, volverlo a cruzar por un vado, varios kilómetros río abajo, y tomar el camino que conducía a Aren, donde tenían guardados los caballos. Alfonso, juzgó más seguro que, en vez de viajar directamente por el camino, lo harían siguiendo una trayectoria paralela a él, aprovechando la enorme frondosidad del monte, lo que les permitiría, sin alejarse mucho del camino, observar la llegada de caminantes y ocultarse convenientemente. Había que aprovechar la orografía del terreno, ideal para sus intereses. No les interesaba en modo alguno que se les viera abandonar el monasterio.

Llevaban un buen rato andando, cuando a lo lejos oyeron como alguien se acercaba. Se trataba de tres hombres que venían a caballo, en animada y confiada conversación, desplazándose al ritmo que los mismos animales imponían. Estaba claro que no tenían mucha prisa. Alfonso se dirigió en voz baja a sus hombres.

— Desconocemos si habrán descubierto los cadáveres, y por tanto no sabemos del tiempo del que

disponemos. Tenemos que huir con presteza, por lo que necesitamos tres caballos con urgencia. Los nuestros aún están lejos de aquí y tenemos necesidad extrema de ellos. Así es que vamos a tener que tomar los caballos de estos tres que vienen. Y sin dejar testigos. A estas alturas, tres muertos más no nos va perjudicar demasiado. Así es que situaros cada uno a un lado del camino, y ocuparos del jinete de vuestro lado. Hacedlo despacio, como si os fuerais apartando. Yo me encargaré del que va por el centro.

Los tres confiados jinetes se acercaron al punto en que los tres fugitivos habían decidido efectuar el asalto. Cuando vieron a Alfonso en medio del camino, con la mano en alto, se sobresaltaron, pero al ver sus vestimentas, las armas y correajes, pensaron que tal vez se tratara de un caballero en apuros. Poco podían esperar lo que sucedió instantes después. Cuando Alfonso sujetaba por las bridas el caballo del que iba por el centro, los dos secuaces saltaron simultáneamente sobre los otros dos. El hombre del centro, sorprendido por las repentinas apariciones a ambos lados, no tuvo tiempo de ver, como Alfonso sacaba su espada y lo atravesaba con ella, a la vez que lo descabalgaba violentamente y se subía con presteza sobre el caballo, al que obligó a girar sobre sus cuartos traseros y emprender el camino contrario al que traía.

Mientras, García daba buena cuenta del jinete que venía por su izquierda, y con certera puñalada, acababa con la vida del sorprendido infeliz, dejándolo tirado a un lado del camino, y al igual que Alfonso, se encaramaba encima del caballo y lo dirigía tras la estela de su jefe,

que ya se alejaba del lugar. También Guillen había logrado descabalgarse a su hombre, pero el caballo había hecho un extraño, lo que había impedido que su jinete recibiera la puñalada mortal prevista, quedando tan solo en un corte profundo en la pierna. De cualquier manera, el hombre había caído a los pies de su caballo, ocasión que aprovechó Guillen, montando con rapidez, seguir el rumbo seguido por sus compañeros que, rápidamente se alejaban al galope. No quiso perder tiempo en rematar a su hombre, pues al ver la herida, dio por hecho que moriría en unos minutos y prefirió no perder de vista a sus compañeros.

El pobre infeliz, quedó tendido en el suelo quejándose del costado derecho, y al ver la sangre que manaba de su pierna, se aplicó un torniquete con un cordel de su camisa. Sus quejidos se apagaron, cuando pudo ver a sus otros dos compañeros, los cuales yacían muertos en mitad del camino, y cuya suerte les había sido tan esquiva. Intentó levantarse, pero la herida y el golpe recibido contra el suelo al caer del caballo, le impedían hacerlo. Comprobó que la hemorragia de la pierna había remitido bastante. Trató de incorporarse, pero le fue imposible. Debía de tener el hombro roto, porque sentía un dolor insoportable. Gritó con todas sus fuerzas pidiendo socorro. Poco después, se desmayaba quedando tendido en mitad del camino, flanqueado por sus dos acompañantes muertos.

## **Capítulo 5. Se descubren los cuerpos.**

### **Jueves, 1 de noviembre de 1.123**

El séquito del Rey, acompañado por los Abades, se dirigía parsimoniosamente hacia el refectorio, donde se iba a celebrar la comida. Conversaba distendidamente con el Abad de Santa María de Alaón, don Ramón de Monfort, sobre las reformas realizadas, y sobre otras que llevaba tiempo pensando. El Rey, asentía en silencio, y le prometió ayuda para la realización de las mismas. Llegados al refectorio, tomaron asiento, y ante los humeantes platos que habían colocado los monjes, el Abad don Ramón, bendijo la mesa, comenzando la degustación de la comida. Fray Enrico, había preparado para la ocasión, Sopa Juliana, Añejo a la hortelana y Tarta de manzana, que al rey le gustaba especialmente, y siempre que venía de visita al monasterio, era obligado obsequiarle con un trozo de esta tarta.

Cuando estaban terminando el postre, se oyeron unas voces, provenientes del interior del monasterio. El Rey quedó en suspenso, y los caballeros que lo rodeaban, se pusieron en pie, echando mano a sus espadas. A los pocos segundos, hizo su aparición por la puerta, Fray Anselmo, quien a toda velocidad se dirigió hacia el Abad.

— Padre, ¡Han robado la Cruz que el rey acaba de ofrendar! Cuando he ido a guardar el Cáliz que se ha usado en la Santa misa, y en el momento de dejarlo en su lugar, me he dado cuenta de que la Cruz del Rey no

estaba en su sitio. He mirado por todo el camarín y no aparece por lado alguno.

— ¡Dios bendito! ¡Pero cómo es posible! —dijo el Abad

— ¡Soldados! —clamó el Rey —¡Cerrad el Monasterio, que nadie salga de él! ¡Y registradlo todo, palmo a palmo! Por favor, Don Ramón, facilitad a mis hombres un fraile que les conduzca por todo el monasterio.

El Alférez Albar Galindo, dio las oportunas órdenes, y en pocos minutos se cerró el monasterio a cal y canto, cuando de repente, nuevos gritos se dejaron oír desde el refectorio, procedentes del interior. El Rey se volvió hacia la puerta, donde apareció gritando y llorando, Fray Francisco.

— ¡Los han asesinado! ¡Los han asesinado!

Esta vez, fue el Rey quien acogió en su pecho al lloroso fraile.

— Pero ¿A quién han matado, frey? —le pregunto el Rey

— A fray Gaspar, a fray Enrique y a fray Ricardo —dijo balbuciendo fray Francisco.

— ¿Y dónde los han asesinado? —siguió preguntado el Rey

— En el despacho del Abad. He entrado para dejar las llaves de la despensa, cuando al dar un paso he tropezado con algo que había en el suelo. Al bajar la vista, he quedado horrorizado por lo que estaba viendo. —contestó fray Ricardo, que se había separado del Rey, mientras se enjugaba las lágrimas, con el reverso de la mano.

Habían transcurrido dos horas desde el asesinato de los monjes. El Rey dirigió una mirada a su Alférez, y seguido de los Abades y de algunos frailes, se dirigió hacia el lugar donde había indicado fray Francisco. Cuando llegaron, los frailes habían sido tendidos sobre unas camillas y cubiertos por sábanas, a modo de sudarios. El Abad don Ramón se acercó a las camillas, con el corazón a punto de salirse por la boca. Pronto pudo reconocer al primero a pesar de estar cubierto. Su velluda mano le permitió reconocer, sin verlo, a Ricardo de Salvatierra. Se sintió desfallecer. De entre todos los monjes, Ricardo era su mano derecha. Era el hermano en quien depositaba sus cuitas, dudas y temores. Sus conversaciones con el monje asesinado, solían tener la virtud de ejercer sobre él de bálsamo tranquilizador. Su inmensa dotación intelectual, le era imprescindible para continuar con su labor, al frente del monasterio. Con gran pena, se acercó y le besó con cariño la mano, mientras con su mano izquierda, retiraba levemente el sudario, y contempló su rostro, un rostro tranquilo y sereno, casi feliz, tal vez porque en ese momento estaba en presencia del Altísimo.

Con lágrimas en los ojos, se dirigió hacia el segundo sudario, y destapando la cara, conoció a fray Gaspar, un ser humano extraordinario, que nada ni nadie lograba sacar de sus casillas. Era la bondad personificada. El tercero debía ser fray Enrique, como pudo comprobar. Fray Enrique era uno de los últimos frailes incorporados al monasterio. Su juventud le hacía ser impetuoso y violento, por lo que en ocasiones tuvo que amonestarle, y él lo aceptaba con humildad.

Mientras, Albar Galindo, había ordenado que se comprobase si faltaba alguno de los presentes en el monasterio a la llegada del Rey. Luego, comenzó a inspeccionar los cadáveres de los frailes, y pudo ver claramente las heridas producidas por una espada y dos puñales. Quienes fueran los que hicieron aquello, manejaban las armas profesionalmente. La cuestión que quedaba por aclarar era, ¿Quién había en el monasterio que manejase las armas con aquella destreza, eliminando a los hombres del Rey? Según le habían comentado los frailes, en el monasterio solo vivían estos y algunos peregrinos de paso, y según le comentó el Abad, un notario de Barbastro.

Una vez que el Alférez hubo terminado de inspeccionar los cadáveres, fueron recogidos por los frailes, con el fin de prepararlos para las honras fúnebres. El Rey, el Abad y el Alférez Albar Galindo, fueron al Camarín de la Virgen, por si podían encontrar alguna pista sobre los autores del robo y de los asesinatos, pues en aquellos momentos, todo el mundo tenía claro que las dos cosas habían sido realizadas por las mismas manos.

Mientras inspeccionaban la estancia, apareció por allí fray Gastón de Lusiñac, quien al ser visto por el Abad don Ramón, lo presentó al Rey y a Albar Galindo.

— Permittedme Majestad que os presente a Fray Gastón de Lusiñac, procedente del monasterio Saint Albert, en la Gascuña francesa. —Fray Gastón, hizo una profunda reverencia al Rey

— ¿Qué os trae por nuestro reino?— le pregunto el Rey

— Voy de paso hacia Santiago de Compostela, majestad

— Pues habéis tenido mala suerte don Gastón. ¡Coincidir con un robo y un asesinato! Espero que no os llevéis una mala impresión de nuestro monasterio, aunque no os podría culpar por ello.

— Si así lo hiciera, no sería justo en conciencia, majestad. También han ocurrido sucesos terribles en Saint Albert.

— Ya veo que en todos sitios cuecen habas.

— ¿Deseabais algo Fray Gastón? – le pregunto el Abad.

— Sí. Simplemente comentar con el Alférez don Albar Galindo, que en mi opinión se trata de tres asesinatos.

Todos los presentes se miraron entre sí, ante la afirmación de fray Gastón.

— ¿Y en que basáis vuestra opinión? –le pregunto Albar Galindo

— Pues en la observación cuidadosa de las heridas. Si las observáis detenidamente, y estudiáis el ángulo de penetración de la hoja, veréis que éstas presentan significativas diferencias: una está producida por una espada, en el caso de fray Gaspar. Fray Enrique ha recibido una sola puñalada mortal, infligida en un movimiento de abajo arriba y de derecha a izquierda, es decir por un hombre diestro. Fray Ricardo, murió de tres puñaladas, producidas de izquierda a derecha, lo que sugiere un hombre zurdo. Por tanto tres hombres: uno diestro, otro zurdo y otro que llevaba espada, lo que me sugiere, además, que este era el jefe de los tres.

El Rey el Abad y Albar Galindo, guardaron un momento de silencio, asombrados por las deducciones del fraile, que adivinaban incuestionables.

— ¿Tendríais inconveniente en colaborar con el Alférez Albar Galindo, hasta encontrar a nuestros asesinos? —le pregunto el Rey.

— No, majestad. Será un honor —respondió

Mientras examinaban el Camarín, por si los ladrones se habían llevado más objetos, hizo su presencia fray Jerónimo, el ecónomo del monasterio.

— Ya hemos realizado la comprobación de las personas que estaban en el monasterio, en el momento de la llegada del rey. Hemos podido constatar que faltan tres personas, y curiosamente una de ellas es don Pedro Jiménez, notario de Barbastro. Los otros dos, son dos peregrinos de paso hacia Santiago de Compostela que llegaron a nuestro monasterio ayer mismo.

— ¿El notario de Barbastro? —preguntó el Rey

— ¿Recordáis alguna característica de esos otros dos hombres? —pregunto Albar Galindo

— Yo no, pero si lo deseáis le puedo preguntar a fray Francisco que es buen fisonomista y muy observador. Además el los recibió a su llegada.

— Llamadlo, hacedme el favor —le replicó el Alférez.

Fray Jerónimo abandonó la estancia en busca de fray Francisco.

— ¿Y qué hacía en el monasterio el notario de Barbastro? —pregunto el Rey

— Llegó hace tres o cuatro días. El motivo de su visita, tal y como me dijo, es que se había solicitado su intervención, para que hiciera de árbitro, en una disputa

entre nobles por unas posesiones, en las que cada uno creía tener derechos de propiedad. Y en vez de dirimir la cuestión por las armas, le habían pedido, que investigase la cuestión y diese su parecer. Por ello, se desplazó a nuestro monasterio, sabedor de que en nuestros archivos se encuentran un buen número de documentos sobre estos particulares.

— ¿Y no os dio motivo de sospecha, no sé, su actitud, sus actividades, algo? —continuó preguntando el rey.

— La verdad es que no sospeche nada. Su porte era distinguido, y sus ropajes, propios de un notario. En cuanto a su actividad, se centró en la biblioteca, y en la sala en la que tenemos los cartularios de propiedades, concesiones, contratos, etc.

— Y en su tiempo libre, ¿a que se dedicaba? —preguntó fray Gastón

— Pues a recorrer el monasterio. Nos pidió permiso, para recorrerlo en su totalidad. Manifestó su admiración por su estructura, estilo, y el trabajo de la piedra, según él, el mejor que había visto nunca.

— O sea, que se dedicaba a recorrer el monasterio solo, ¿no? —dijo fray Gastón, quién intercambió una mirada con el Rey y el Alférez.

De pronto, apareció en la puerta de la estancia, fray Francisco, acompañado de fray Jerónimo.

— Fray Francisco, sed tan amable de contestar a las preguntas de estos señores —dijo el Abad.

— Naturalmente. Fray Jerónimo ya me ha puesto en antecedentes.

— ¿Recordáis alguna característica que os llamara la atención de las dos personas que llegaron ayer, de paso

para Santiago de Compostela? –le preguntó Albar Galindo.

—Recuerdo que eran absolutamente diferentes. Uno era alto y delgado y el otro bajo y grueso. Este último era zurdo, pues todo lo hacía con la mano izquierda, y en la derecha le faltaba un dedo, creo que el dedo anular.

— ¿Y del notario de Barbastro, recordáis algún detalle?

— Nada especial, salvo que era pelirrojo, y llevaba perilla. Portaba un excelente pellizón de pieles bajo su manto, también de piel.

— Eso es todo, salvo que fray Gastón quiera hacerle alguna pregunta – dijo el Alférez, mirando al mencionado.

— No. Todo empieza a clarificarse, creo yo. –dijo

— Pueden los dos, incorporarse a sus tareas, hermanos –dijo el Abad, dirigiéndose a fray Francisco y fray Jerónimo, los cuales abandonaron de inmediato la sala.

Una vez que quedaron solos, el Rey tomó la palabra.

— Creo que las predicciones de don Gastón de Lusiñac, han sido extraordinariamente precisas: en efecto, se trata de tres asesinos, cuyo jefe es el que se ha hecho pasar por notario. Organizad –dijo dirigiéndose a Albar Galindo– una partida de persecución y traed a mi presencia a esos malnacidos.

Cuando ya se iba a retirar el Alférez, nuevamente se abrió la puerta de la estancia y apareció por ella fray Francisco de nuevo.

— Majestad, hay aquí fuera una persona que dice ser el Alcalde de Castellor, preguntando por su majestad. Quiere informaros sobre algo que ha ocurrido en su pueblo.

— ¡Que pase inmediatamente! —dijo el rey.

— ¡Esperad! — Dijo el Abad —pasadlo a mi despacho, si os parece bien majestad, pues el Camarín de la Virgen no es...

— Tenéis razón, Abad. Conducidnos a vuestros aposentos.

Todos los presentes abandonaron el Camarín y se dirigieron a la estancia que el Abad utilizaba como lugar de trabajo. Unos minutos más tarde, un hombre de baja estatura, con ropajes de trabajo, oliendo a sudor rancio por la falta de higiene, fue introducido en la estancia. Al ver al Rey, se tiró de bruces al suelo, implorando justicia. Una vez incorporado, le obligaron a sentarse en una silla, mientras los demás continuaban de pie, a cierta distancia.

— Decid lo que tengáis que decid, señor Alcalde — le conminó el rey

— Pues señor. Hoy ha ocurrido una desgracia muy grande en mi pueblo, Castellor. Unos desconocidos han matado a dos de sus hijos, y han herido gravemente a un tercero. Uno de los muertos era mi hermano, señor. — dijo con voz entrecortada, y a punto de hipar.

— Y el herido, ¿os ha referido todo esto? —le pregunto el rey.

— Sí señor. Nos ha contado que, cuando venían por el camino, procedentes de Aren, tres individuos que se encontraban en el camino, se han abalanzado sobre

ellos, y en un santiamén los han derribado y escapado con los caballos.

— ¿Es posible interrogar al herido? —preguntó el Alférez

— Sí. Porque está consciente por momentos pues la herida es profunda, y sangra constantemente. No está muerto en estos momentos, debido a que el caballo se asustó e hizo una cabriola, que evito que la puñalada acabara con el de inmediato y fuera asesinado como los otros dos vecinos. Pero no sabemos si sobrevivirá. Como sabíamos que vuestra majestad se encontraba en el monasterio de Nuestra Señora, he decidido venir a reclamar vuestro auxilio, majestad.

— Contad con él. Ahora, sin pérdida de tiempo, acompañareis al Alférez Albar Galindo y a Fray Gastón de Lusiñac, para que ellos puedan hablar con el herido. Necesitamos que nos describa a los asesinos, y con su información, dar caza a esas alimañas, que ¡juro por Dios!, pagarán cara su osadía.

Y con estas palabras, dio por concluida la audiencia. Albar Galindo, dio órdenes para formar una partida y desplazarse hasta el pueblo del aldeano, e interrogar al herido. La Caza se había puesto en marcha.

## **Capítulo 6. Se Inician las pesquisas.**

### **Jueves, 1 de noviembre de 1.123**

Tras veinte minutos a buen paso, la comitiva hizo su entrada en Castellor, donde todos los vecinos se habían echado a la calle, al conocerse la noticia del asesinato de sus vecinos. Cuando la comitiva enfiló la calle que conducía al domicilio del herido, la gente formó un pasillo, guardando un silencio que se podía cortar. En la puerta se hallaban muchas personas, que se apartaron cuando vieron acercarse al Alférez Albar Galindo y a Fray Gastón.

Entraron en la casa, y la mujer del herido salió a recibirles en un mar de llanto. Besó la mano que le tendía fray Gastón y miró de soslayo a Albar Galindo. Se le notaba impresionada por la imponente figura del Alférez real, y todos sus correajes y ropajes de soldado del rey.

— Por favor padre, adminístrele la extremaunción, porque está muy grave, y recupera el conocimiento de rato en rato, en un quejido continuo. —dijo

Fray Gastón entró en la habitación, seguido de Albar Galindo y la mujer del herido. En efecto, este se encontraba gimiendo, con los ojos cerrados, moviendo las manos como si quisiera apartar algo de sí. Fray Gastón ordenó a todos que abandonasen la habitación, para tomar confesión al herido.

Después de santiguarse, fray Gastón realizó el signo de la cruz sobre el herido, y lo confesó,

administrándole seguidamente la absolución de sus pecados. Mientras, fuera de la habitación, unos rezaban y otros comentaban con asombro los sucesos.

La presencia del monje y de un Alférez real les tenía a todos sobrecogidos. De vez en cuando, se tenían noticias de que ocurrían hechos similares a estos en otros lugares de la zona, pero jamás había aparecido las tropas del rey a la búsqueda de los asesinos. No acertaban a encontrar una explicación a todo lo que estaba sucediendo.

Tras la confesión, fray Gastón, abrió un momento la puerta de la habitación e hizo una señal al Alférez para que pasara dentro. Debían aprovechar aquel momento en el que el herido había recobrado el conocimiento, y parecía tener una consciencia de las cosas, aceptable. La herida de la pierna era muy profunda, y solo Dios sabía como aquel hombre había aguantado hasta aquellos momentos con vida. Tal vez, pensó, era una concesión del altísimo, para ayudar a la captura de los asesinos. Una vez que el Alférez pasó dentro, cerró la puerta. Ya a solas los tres, fray Gastón inició el interrogatorio.

— Decidme. ¿Visteis a vuestros asaltantes?

— De refilón. Nos salieron de ambos lados del camino. Yo iba por la derecha, cuando de repente una sombra saltó sobre mí, a la vez que sujetaba mi caballo de las bridas. Apenas si me dio tiempo a reaccionar, pero pude observar que cuando quiso asirse a mi silla de montar, en su mano derecha le faltaba un dedo. Mientras, con su mano izquierda, me lanzaba un golpe de cuchillo que me hubiera entrado por la espalda si no

hubiera hecho un extraño mi caballo al asustarse por la presencia del asaltante, lo que me hizo perder el equilibrio y caer. Yo trate de recuperarlo girando levemente, recibiendo la cuchillada en la pierna derecha, un momento antes de dar en el suelo con mis huesos. En cuanto al que salió por el centro, lo hizo con una espada que clavó en el pecho de mi compadre García, sin mediar palabra alguna, quien cayó fulminado, prácticamente sin darse cuenta de lo que pasaba. El hombre era de estatura media llamándome la atención la rojez de su rala barba. Al que salió por la izquierda apenas si pude verlo, pero era el más alto de los tres y de pelo muy moreno. Perdí el conocimiento, y cuando me desperté iba montado agarrado al cuello de la mula de mi vecino Rodrigo que oyó mis gritos cuando estaba arando en su campo. De no ser por él, no tendríamos en estos momentos esta conversación.

— ¿Podrías reconocerlos si os los pusiera delante?

— Al que saltó por mi lado, seguro. A los otros dos, no sé. Al que salto en el centro del camino, seguramente también. Al otro no llegué a verle la cara.

— ¿Recordáis algo más? — insistió fray Gastón

— Sí. El que manejaba la espada parecía dar las órdenes. Y vestía como un caballero. Desde el suelo, le oí gritarles y darles órdenes.

— ¿Que camino siguieron? — preguntó el Alférez.

— El mismo que nosotros, solo que en sentido inverso. Se fueron en dirección de Aren.

— Gracias por vuestra información. Espero y deseo que superéis este contratiempo. Rogaré por vos, intercediendo ante nuestro Señor Jesucristo. Disculpados las molestias. Nos habéis ayudado mucho y

por ello os estamos muy agradecidos.

— Señor, perdonad, pero vuestra presencia y la de los hombres del rey me tienen confundido, pues no acierto a entender.... —comenzó a decir el campesino.

— Solo puedo deciros que vuestros asaltantes huían de Santa María de Alaón donde habían efectuado un robo sacrílego que había ofendido al rey y a la Santa Madre Iglesia.

El labrador no dijo nada más. Cerró los ojos, hizo un gesto de despedida y quedó en silencio.

De regreso a Santa María de Alaón, fray Gastón iba comentando con Albar Galindo, los pormenores de la situación. ¿De dónde habían salido esos tres hombres? Uno de ellos utilizaba espada, lo que no era nada habitual entre la gente baja, quienes como mucho, preferían un puñal por ser más ligero, y podía llevarse sin que se notara su presencia, mientras que la espada requería una formación y una práctica previas. Este detalle parecía apuntar hacia alguien de cierto rango con formación de caballero. ¿Pero por otro lado, quién podía atreverse a realizar un acto como el realizado, y encima en presencia del Rey? ¿No indicaba eso, que se estaba enfrentando a alguien cuya osadía rayaba los límites de la locura? ¿Sería algún hidalgo o un noble resentido?

Cuando llegaron al monasterio, tenían una idea del cómo, pero les faltaba saber el por qué. Ya se había comprobado que no faltaba ninguno de los objetos donados por el rey, ni ningún otro que ya estuviera en el Camarín. El hecho de que robaran únicamente esa Cruz de Oro, desdeñando otros objetos de incalculable valor, les desconcertaba en extremo. Por alguna razón, aquellos

hombres sabían de la ofrenda del rey y tenían como objetivo hacerse con la cruz real. ¿Y cómo podían saberlo? Aunque no era un secreto de doce candados, el conocimiento de la ofrenda solo era conocido por un grupo reducido de personas. Aquel asunto empezaba a tener aspectos preocupantes.

Seis horas después de cometidos los asesinatos, un grupo de treinta hombres mandado por el Alférez Albar Galindo y acompañados por fray Gastón de Lusiñac, salían a la caza y captura de los asesinos. Una ventaja importante y que exigía moverse con rapidez y astucia. Tres horas antes, varios mensajeros se habían distribuido por el territorio con el fin de avisar a las diversas patrullas que diseminadas por el territorio vigilaban el movimiento de grupos y personas, ya fueran moros o cristianos. Se trataba de establecer una red, lo más rápidamente posible, para poder capturar a los sacrílegos asesinos. Las primeras horas serían fundamentales para el éxito de la misión.

Sin embargo, al parecer, los asesinos habían podido salvar el primer obstáculo. Mientras, todos pensaban que sería cosa de pocos días, que las tropas trajeran a presencia del Rey a tan viles y despreciables asesinos.

## **Capítulo 7. La Huida.**

### **Jueves, 1 de noviembre de 1.123**

Los fugitivos avanzaban a buen ritmo hasta que comenzó a hacerse de noche. Tenían que poner el máximo de tierra de por medio entre ellos y el Monasterio de Santa María de Alaón. Los tres jinetes demostraban conocer a fondo el arte de cabalgar a lomos de un caballo. Su forma de montar, plegados sobre el cuello del animal, como si lo abrazaran, atentos a su fatigada respiración, acariciando en ocasiones sus crines y bajando de vez en cuando el ritmo de marcha, con el fin de reservar las energías de los animales, así lo demostraba.

Las cosas no habían salido como Alfonso había imaginado. Demasiado “ruido” en forma de muertos dejados tras de sí, en una operación en la que era fundamental haber pasado desapercibidos el mayor tiempo posible. No podía calcular, cuánto tiempo habría pasado, hasta que se hubieran descubierto los cadáveres de los monjes en el monasterio, y por consiguiente, el margen de seguridad. De ello dependía en buena parte el éxito de la huida.

Así es que, mejor era ponerse en el peor de los casos, y considerar, que el margen era más bien escaso. Alfonso consideraba que, si habían pasado dos horas, entre su salida del monasterio y el descubrimiento de los cuerpos, sería suficiente para alcanzar el cruce de

caminos, en el que desembocaba, el que tan velozmente recorrían. A partir de ese momento, las dificultades serían para sus perseguidores, ya que tendrían que rastrear en varias direcciones.

De momento, su mente iba reajustando el plan a seguir. Ahora lo que deberían hacer es dirigirse hacia Barbastro y hacer una visita al judío, al que se había referido en la reunión de la taberna, sin nombrarlo, Abdel Aziz ibn Abdalá. Tenía un plan, y para ello necesitaría la contribución del judío. Comenzó a anochecer y tuvieron que bajar el ritmo de los caballos. No había luna, con lo que la oscuridad de la noche sería completa. Eso representaba más ventaja que inconveniente. Todo lo contrario que a sus posibles perseguidores. Faltaba todavía un cierto trecho para llegar a la intersección de los caminos. En este punto, podían tomarse dos rutas: una que iba hacia Olvena y la otra hacia La Puebla de Castro. Llevaba pensado tomar la de esta última población. Calculaba un par de días de viaje hasta poder llegar a Barbastro.

Detuvieron los caballos, aprovechando que a su derecha, el monte les ofrecía un refugio natural mediante una pequeña vaguada que quedaba fuera de la vista del camino. Necesitaban reponer fuerzas, tanto como sus cabalgaduras. Se bajaron de los caballos y llevándolos de las riendas se salieron del camino dirigiéndose al apartado lugar. Al levantar la vista, tratando de ver a lo lejos algún tipo de luz u algún otro signo de movimiento, vida o pueblo, Alfonso creyó ver a lo lejos a un jinete en lo alto de una loma. Bajo un segundo la cabeza pasándose la mano por el rostro en un intento de reactivar el flujo sanguíneo por la cara, y volvió a mirar

en la dirección del jinete fantasma. Esta vez no vio nada. Se mantuvo atento, mirando fijamente al lugar, conteniendo la respiración, al igual que sus hombres, advertidos con un enérgico movimiento de la mano, a la vez que su boca emitía una larga y arrastrada *s*, para que no produjeran ruido alguno. El silencio era total. Tan solo podía oírse el graznido de alguna corneja y los rumores de los pájaros que ocupaban las copas de los árboles. Tras un largo momento de tensa espera, se convencieron de que no había nada que temer de momento. Inspeccionaron las alforjas de los caballos, y para su alegría las encontraron a rebosar. Momentos después, los tres mantenían sendos trozos de tocino en una mano y buen trozo de pan en la otra, al que propinaban buenos mordiscos acompañados de trozos de blanco tocino. Mientras comían, Alfonso se alejó un poco y volvió a otear el horizonte. Nada de qué preocuparse. Acompañaron la comida con una ampolla de vino recio, que junto a otras de aceite, encontraron en las alforjas.

— Seguiremos caminando toda la noche. Nos dirigiremos a Barbastro y desde allí organizaremos nuestro viaje hacia Lérida. Como no hay luna, utilizaremos el camino para ir lo más aprisa posible. Iremos andando llevando a los caballos de la rienda hasta el momento en que comiencen a asomar los primeros rayos de luz, en el que volveremos a galopar sobre ellos. Si todo va bien, llegaremos a Barbastro, mañana, antes de que oscurezca. Allí nos alojaremos por separado en *La Luna*, y por la noche, nos dirigiremos al Monasterio de Santa Fe.

Guillen y García se miraron, asombrados.

— ¿El Monasterio de Santa Fe habéis dicho? ¿Otro monasterio? —dijeron casi a dúo

— Sí. En este monasterio tengo algún conocido que de querer, podría ayudarnos a ocultarnos.

— ¡Vaya! Tenéis buenas amistades entre el clero. ¿Quién lo podía decir? —comento con sorna García.

— En este mundo hay que tener amistades en todos los estratos sociales, incluido el diablo. ¿A qué viene tanta sorpresa?

— Lo importante es que podamos servirnos de ello, y nos presten la ayuda que necesitamos, aunque no sé cómo. —comento nuevamente García.

— Eso no importa. Recoger todo y no dejéis ninguna huella de nuestro paso por aquí. No deben saber que nos hemos detenido en este lugar. Y lo digo también por eso.

Alfonso señaló hacia el lugar donde los caballos habían hecho sus necesidades. Los dos hombres miraron hacia el lugar y sus caras dibujaron una mueca de disgusto. Pero comprendiendo lo acertado de la previsión, ocultaron cuidadosamente los rastros propios y los de los caballos.

Anduvieron a buen paso durante toda la noche, y el sudor envolvió sus abrigados cuerpos a pesar del frío nocturno. Cuando los primeros rayos de luz comenzaron a adivinarse en el horizonte, montaron sobre los caballos y emprendieron un rápido galope camino de Barbastro.

Atrás, sus perseguidores no podían mantener un ritmo tan rápido de paso. Había que parar muchas veces para observar tal o cual pista, que alguno había creído ver. El camino que seguían de momento era bastante seguro, pues la orografía del terreno, no permitía seguir

ningún otro que no fuera aquel. El problema se plantearía cuando se encontraran mas adelante con bifurcaciones de caminos, para seguir el correcto. En ese momento, dividirían la tropa, y seguirían la persecución, hasta que estuvieran completamente seguros de que los fugitivos habían logrado esquivarlos. Pero por poco tiempo, pues todas las patrullas reales, estarían advertidas y sería cosa de tiempo, que alguna comunicara alguna novedad al respecto.

Fray Gastón, iba enfrascado en sus pensamientos. Dejaba a Albar Galindo, todas las tareas de interpretación de pistas que pudieran encontrar, y que él se veía incapaz de aportar la mas mínima ayuda en ese sentido. Comenzó haciendo un repaso de los datos que poseía hasta aquel momento, y había algo en su cabeza que le rondaba y que no lograba fijar. Uno de los asesinos se había presentado como notario de Barbastro. Y había dado el nombre correcto del notario, según ya había investigado. Es decir que quien usó el nombre del notario, al menos conocía de su existencia. ¿Podría significar algo el nombre de Barbastro, como por ejemplo, que de alguna manera, esta ciudad estuviera en el plan de fuga de los asesinos? ¿Y si se dirigieran hacia allí? ¿Y la cruz robada? Fray Gastón estaba convencido de que en esa cruz se encerraban muchas de las incógnitas para resolver el asesinato. Cada vez estaba más convencido de que ese robo, obedecía a un encargo de alguien, a nuestros asesinos. El robo fue tan selectivo, que ya en sí mismo, este hecho confería un determinado sello a este suceso. Cuando fray Gastón hizo partícipe de sus devaneos a Albar Galindo, le preguntó si por casualidad, él conocía algo sobre el origen de esa cruz.

— Esa cruz llegó a nuestro poder de forma inesperada. Fue con ocasión de un encuentro fortuito que tuvimos con un grupo berebere, por las inmediaciones de Huesca. No sé si sabéis frey, que es bastante habitual encontrarnos con grupos de moros que en muchos casos actúan de forma autónoma, y se alquilan al mejor postor, ya sea moro o cristiano. Por lo visto, no tienen credo en asuntos monetarios. Pues bien, fue como digo un encuentro casual. Tuvimos la suerte, de que nuestra avanzadilla los divisó, antes de que ellos se enteraran de nuestra presencia. Estaban acampados tras unas lomas, y por lo visto, se sentían muy seguros. Caímos sobre ellos, y la escaramuza duro apenas unos minutos. El que los mandaba logró escapar junto con la mitad de sus hombres, no sin antes, hacer un amago de reconquista de la tienda del Jefe. Pero fue rechazado. En el campo quedaron muchos muertos, e hicimos unos pocos prisioneros. Cuando procedimos a tomar posesión del botín, que esperábamos escaso, como era lo habitual en estos encuentros, grupos de poca monta, nos llevamos la sorpresa, de que en la tienda del jefe, encontramos un botín considerable, entre ellos, esta cruz. Cuando interrogamos a los prisioneros, todos nos hablaban sobre que la maldición del Cristo del Granado, había caído sobre ellos. Ante la presencia de la cruz, se tapaban los ojos y gemían como asustados. Finalmente, uno nos dijo que esa cruz había sido robada al Emir de Granada por sus jefes, y que era capaz de realizar milagros.

— Desde luego esa cruz es una extraordinaria obra de arte, según pude observar en el Camarín —dijo fray Gastón—. Es muy interesante esto que me contáis

Alférez, pues ¿no se tratara todo este embrollo de un encargo?

— ¿Un encargo? ¿De quién? —pregunto a su vez Albar Galindo

— Pues cada vez tengo más claro este punto. —Dijo fray Gastón— En primer lugar, lo selectivo del robo, cuando de haber sido un robo, digamos, normal, entendedme, lo propio hubiera sido hacer acopio, máxime si encima eran tres a portar objetos, ¿no os parece?

— Sí. Eso me parece lógico. ¿A dónde queréis ir a parar, fray Gastón?

— Pues según esa historia que me acabáis de contar, muy bien pudiera tratarse, que algún emisario del Emir de Granada, persiguiera al ladrón para recuperar la joya, y al enterarse, de que esta, había caído en manos del rey aragonés, ¿qué hubieseis hecho vos, en ese caso, si hubierais deseado a toda costa, recuperar la joya?

— Ya veo. Le hubiera encargado su recuperación, a algunos mercenarios cristianos para recuperarla, ante la imposibilidad de hacerlo yo personalmente.

— Exacto. Luego cabe la posibilidad, de que nuestros asesinos, trabajen por cuenta de algún bereber, enviado por el de Granada. La cuestión es saber dónde se van a encontrar, para hacer la entrega del paquete.

— En Fraga o en Lérida —dijo Albar Galindo

— O en Barbastro— replicó fray Gastón

— ¿Barbastro? —Dijo el Alférez —¿Por qué razón?

— Es una corazonada. El hecho de que el asesino, se hiciera pasar por notario de Barbastro, me ha dado un palpito especial. Barbastro es una ciudad, donde podría pasar desapercibido un encuentro para hacer el

intercambio, pues en ella conviven gentes de las tres religiones: cristianos, musulmanes y judíos. ¿Qué es más arriesgado? ¿Qué un moro, vestido de cristiano, pasee por Barbastro o que nuestros asesinos se desplacen hasta Fraga o Lérida, con los caminos vigilados por las tropas de uno u otro bando?

— Creo que lo segundo. Nuestras patrullas están alertadas y tendrían más posibilidades de localizarlos en el trayecto, que si se escondiesen en una población como Barbastro. Y ellos deben de saber, o imaginar, que en estos momentos, se habrá extendido por todo el reino, la orden de apresamiento.

— Creo que nuestro destino debe ser Barbastro, Alférez. Y esperar que un golpe de suerte nos allane el camino.

El primer golpe de suerte, vino en forma de patrulla de soldados del rey, que venían de Olvena, y no habían observado movimiento alguno de tropas ni grupos, ni personas en todo el recorrido, lo que decidió al Alférez Albar Galindo, a seguir el otro camino, el que conducía hacia la Puebla de Castro, camino de la capital del Vero. Dio orden también de acelerar el paso. Se trataba de acortar la hipotética distancia entre los perseguidos y sus perseguidores, si aquellos, como esperaba, dirigían sus pasos a Barbastro.

## **Capítulo 8. Abdel Malik.**

### **Jueves, 1 de noviembre de 1.123**

Abdel Malik, era un mercenario bereber al servicio de quien más le pagara. Y en estos momentos, el que más le pagaba era Abdel Aziz ibn Abdalá. Y su fidelidad era absoluta y ciega. Hasta el punto de morir, por el que le aseguraba la soldada, si hacía falta. Hasta ese punto, imperaba el fanatismo, en este tipo de gentes.

Cuando Abdel Aziz ibn Abdalá, salió de Granada en persecución de Rashid al Mutid, el ladrón blasfemo y traidor, le acompañó de inmediato. Recorrieron media Hispania en busca del bereber, hasta que lo localizaron en tierras del reino de Aragón.

Por mediación de Simón de la Cuesta, contactaron con Alfonso de Solana y sus hombres, otros mercenarios, pero cristianos, que al igual que él, se ponían al servicio del que más pagara, sin importar su religión. Este último detalle, la religión, establecía una diferencia fundamental con respecto a los cristianos, pues él, jamás trabajaría para un cristiano o un judío y por ello los odiaba. Abdel Aziz, después de la entrevista en la taberna el *Gallo Rojo* en Barbastro, le ordenó que siguiera sus movimientos, y que no los perdiera de vista, cosa que hizo inmediatamente. La cosa no fue difícil, dado que ellos desconocían que él los vigilaba, por lo que pudo estar a su lado en muchas ocasiones, sin que sospecharan nada. Estaba al tanto de sus idas y venidas, y por eso, cuando

vio que se separaban, siguió de inmediato a Alfonso de Solana, cuando este se dirigió al monasterio de Santa María de Alaón. Había observado que los hombres de Alfonso, habían adquirido ropas de peregrino, cosa que él también hizo, al lado de ellos, en el mismo puesto del mercado, sin que se percataran de nada.

Siguió pacientemente a distancia a Alfonso, en su viaje hasta Santa María de Alaón. Cuando esté llegó al monasterio, esperó hasta que se hizo de noche. Quería asegurarse, que Alfonso se hospedaría en él. Luego, una vez convencido, se dedicó a reconocer el terreno, y se buscó un lugar donde pasar la noche y las sucesivas. Encontró una caseta de pastores, y allí se preparó una catre con hojas y paja, y con la leña que había preparada en el interior, se encendió un fuego donde calentarse. Esperaría la llegada de los dos hombres de Alfonso, y una vez que el rey, llegara con sus tropas al monasterio, abandonaría el lugar y se adelantaría hasta Aren, donde esperaría a los tres cristianos, para seguirlos a donde quiera que fueren.

A los dos días, vio cómo se acercaban andando los dos hombres de Alfonso acompañados de otros dos peregrinos. Todo iba saliendo como estaba planeado. No dejó de sentir un atisbo de admiración por aquellos cristianos, que iban a cometer un robo en las mismísimas narices del rey. Pero esta admiración le duró apenas un instante. Al día siguiente llegaría el rey y su séquito. Aquella sería la última noche que pasaría en aquella apestosa cabaña de pastores.

Al día siguiente y muy de mañana, empezó a sentir el paso de tropas. Luego, entre un grupo más numeroso

de soldados, y rodeados de estandartes y enseñas que ondeaban al viento, apareció el rey en un hermoso caballo negro, camino del monasterio. Iba rodeado de varios de sus Tenentes y del Obispo de Ripoll. En total había contado un centenar de caballeros. Cuando había perdido de vista al último, esperó unos minutos, para asegurarse de que el camino hacia Aren, estaba libre. Volvió a calzarse el traje de peregrino y montado en su caballo, se dirigió al lugar donde esperaba a sus odiados cristianos, para seguir sus pasos hasta Barbastro. Una vez en Aren, se situó en lo alto de una loma que había a las afueras, y desde donde se divisaba un gran trecho de horizonte. Quería estar en posición lo antes posible, y quería hacerlo en un lugar, donde se dominase gran cantidad de espacio. Calculaba que no pasarían muchas horas para que, si todo había salido bien, poder divisar las tres figuras acercándose hacia donde él estaba. Tres horas hacía que estaba en tensa espera, cuando a lo lejos, le pareció divisar a unos jinetes que venían a buen ritmo. Cuando los tuvo un poco más cerca, vio que en efecto eran ellos.

— ¡Perros cristianos! —Dijo con una sonrisa de admiración— ¡lo han conseguido! Bueno, al menos salir con vida.

Poco a poco se fueron acercando, y pudo ver que Alfonso llevaba una bolsa de cuero colgada sobre el manto, por lo que dio por supuesto que el Cristo del Granado iba dentro. Dejó que los tres hombres le sobrepasaran, y los siguió a una distancia prudencial. Hubo un momento, en el que por un descuido, casi fue visto, al dejar que su silueta, en lo alto de una loma, se recortase contra el cielo. Reacciono a tiempo, y observó

como Alfonso, que en un principio se había quedado con la mirada fija hacia el lugar donde él se encontraba, cambiaba de posición y seguía su camino.

Vio como desmontaban y sacaban algo de las alforjas de los caballos, y en ese momento, cayó en la cuenta de que los caballos no eran los que tenían en la posada de Aren. «*Algo ha debido de ocurrir*» pensó. Comprendió que iban a reponer fuerzas, pero habida cuenta que todavía había luz para poder proseguir la huida, dada las extremas urgencias que tenían, sospechó que tal vez, los fugitivos continuarían por la noche la marcha, en vez de parar a descansar. Y si eso era así, no tendría más remedio que acercarse más a ellos, para evitar perderles el rastro. Saco de su alforja un trozo de carne seca y tras acompañarlo con agua fresca que había obtenido de una fuente natural, inició la maniobra de acercamiento a los fugitivos cristianos.

Estaba decidido a convertirse en su sombra y a no dejarles ni un solo instante fuera de su vista. Ahora el camino se presentaba libre hasta Barbastro. Tenían casi un día de marcha hasta llegar a la ciudad del Vero.

## **Capítulo 9. Llegada a Barbastro**

### **Viernes, 2 de noviembre de 1.123**

En Aren, las noticias sobre el robo y los asesinatos, había llegado el día anterior. El dueño de la posada, al saber que se trataba de tres hombres, recordó los tres caballos que tenía en la cuadra, y que según sus propietarios, recogerían al día siguiente, cosa que no había ocurrido. Tuvo la corazonada de que aquellos caballos podían ser los que habían utilizado los asesinos. Como en aquellos momentos, tenía a varios soldados de la partida del rey, aplacando su sed en su establecimiento, se acercó al que parecía mandar a aquellos hombres.

— Perdonad ¿sois el que manda las tropas del rey?

—pregunto dirigiéndose al que parecía el jefe.

— No. ¿Por qué? —le respondió

— Porque creo que tengo información sobre los asesinos que andáis buscando.

El soldado, se incorporó en un rápido movimiento.

— ¡Vamos! —le dijo, encaminándose hacia la puerta del establecimiento, seguido por el posadero.

Tras recorrer un corto trecho, se fue directamente hacia el que mandaba aquella tropa. En voz baja le dijo algo, señalando con la mano al posadero. Acto seguido, se dirigió hacia él.

— ¿Qué tienes que contarnos? —le apremió

— Veréis Alférez. Se trata de que en mi cuadra, tengo alojados desde el miércoles tres caballos. Los hombres que los trajeron, me dijeron que vendrían a por ellos al día siguiente. Se trataba de peregrinos, camino de Santiago de Compostela, y que antes de emprender la marcha, iban a implorar la ayuda de Dios, orando durante toda la noche, en una ermita cercana.

— ¿Cuántos hombres eran? —preguntó el Alférez

— Tres. No. Esperad. Ahora que caigo, trajeron tres caballos, pero yo solo vi a dos hombres. Pensé que el tercero estaría haciendo otros menesteres. No sospeché nada. Además me pagaron por adelantado.

Momentos después un correo emprendía una carrera en busca del Alférez Albar Galindo, en persecución de los asesinos.

Alfonso y sus hombres, avanzaban a buen ritmo. No, al ritmo que hubieran podido llevar de haber utilizado el camino, pero un buen ritmo. Alfonso prefería sacrificar velocidad por seguridad. Nunca se podía asegurar que alguien, de forma casual, apareciese por el camino y pudiera verlos. Por otro lado, cabalgar entre los árboles y la vegetación, hacía más difícil que pudieran ser vistos en la lejanía. Pocas eran las ocasiones que podían utilizar sus cabalgaduras, yendo las más de las veces a pie. Comían sobre la marcha. El frío reinante no constituía un problema. Sus gruesos mantos les protegían del frío, y el calor que producía una marcha a buen paso, hacía que las inclemencias del tiempo no fueran obstáculo alguno.

Caminaron durante toda la noche, parando de vez en cuando para otear el horizonte, y comprobar que nadie les seguía. Cuando comenzaba a clarear el día, se

encontraban a tiro de piedra de Barbastro, por lo que decidieron detenerse una hora para descansar un poco y reponer fuerzas. Se ocultaron tras una frondosa vegetación, que les protegería de ser vistos por posibles partidas de soldados, que recorrieran la zona, en tareas de vigilancia. La huida había sido realmente tranquila. No se habían cruzado con nadie, ni habían divisado en la lejanía movimientos de tropas.

Abdel Tarik, se encontraba de ellos, a unos trescientos metros. El se desplazaba siguiendo la misma ruta que sus perseguidos. De vez en cuando, se acercaba demasiado por lo que tenía que detener sus pasos, dejar pasar unos minutos, y seguir su vigilancia. Cada poco, se paraban para comprobar si alguien los seguía. En ese momento, se detenía, y tras unos momentos de silencio absoluto, volvía a escuchar los cascos de los caballos, y los susurros de sus portadores. Abdel, había tenido la precaución de almohadillar los cascos de su caballo, con tela y paja, atadas a sus patas. El ardid funcionaba a las mil maravillas, ya que en todo momento el iba desmontado, al igual que sus perseguidos, y el almohadillado se mantenía perfectamente.

Pasada una hora u hora y media, reanudaron el camino, esta vez a la luz del día, y montados en las cabalgaduras, lo que aceleró considerablemente la marcha. Llegaron a las inmediaciones de Barbastro, cuando el sol estaba en todo lo alto. Alfonso les comunicó que no entrarían juntos y que lo harían por separado. A los caballos los dejarían en el corral que había, a la entrada de Barbastro. Antes, les ordenó que liaran unas cintas entre las crines de los caballos. Primero lo haría Alfonso, y pasada media hora, lo harían Guillen y García.

Si alguna patrulla hubiera alertado sobre los fugitivos, lo habría hecho en base a tres hombres. Alfonso se había quitado los ropajes que había utilizado en el monasterio de Alaón, y llevaba ahora una vestimenta más ligera y modesta. Sus dos hombres, también hicieron lo propio, cambiándose los disfraces de peregrinos por los que llevaban anteriormente. Antes de partir, les dijo que se juntarían en el *Gallo Rojo*, y allí, les comunicaría lo que iban a hacer. Sobre todo, les recomendó, que se enteraran discretamente sobre movimientos de tropas y si había llegado alguna noticia a Barbastro, procedente de Alaón.

Abdel Tarik, una vez que vio que sus perseguidos, se detenían, y comenzaban a cambiarse los ropajes que llevaban, comprendió que podía esperarlos en Barbastro. En vez de descansar como hacían Alfonso y sus hombres, dio un rodeo para evitarlos, y se dirigió directamente a Barbastro, donde los esperaría tranquilamente.

A aquellas horas, el mediodía, todas las puertas de entrada a la ciudad estaban abiertas. Alfonso entró por la puerta conocida como la Traviesa, y dejó el caballo en el corral, donde había también otros muchos caballos, asnos y mulas que sus dueños habían dejado allí, para no andar con ellos por el interior de la ciudad. Sus primeros pasos, le llevaron a la fonda *La Luna*, donde pidió alojamiento. Una vez alojado, se dirigió al establecimiento de baños, regentado por un morisco. Quería quitarse el polvo de toda una semana de andar por caminos sin poder cambiarse de ropa. Y descansar. Una vez que su cuerpo estuvo aseado con ropas limpias, se dirigió a la posada, donde pensaba dormir hasta bien

entrada la tarde. Luego iría a hacer una visita a Simón de la Cuesta.

Por su parte, Guillén y García hicieron su entrada por la misma puerta, una hora más tarde, llevando de las riendas a sus caballos, dejándolos en el corral de la entrada, junto con el de Alfonso, al que reconocieron rápidamente. Luego, se dirigieron directamente al *Gallo Rojo*, a beberse un barril y comer a gusto, tras casi una semana de no probar bocado en condiciones, ni beber nada más que agua. Estaban cansados, al igual que su jefe, pero la escala de valores era diferente. Primero comer, y luego el hospedaje.

Mientras comían y bebían, no perdían detalle de las conversaciones de sus alrededores, con el fin de obtener algún tipo de información sobre las fuerzas del rey. Y no tardaron mucho en escuchar, en una de las mesas situada detrás de la ellos, una conversación sobre lo ocurrido en Santa María de Alaón.

— ¿Y dices que han matado a tres monjes en Santa María de Alaón? —preguntaba uno.

— Sí. Y han robado cuatro cruces de oro y hasta se han llevado varios cálices y un arcón pequeño, lleno de monedas de oro. Al parecer, los monjes los debieron de descubrir cuando trataban de escapar, y no se anduvieron con contemplaciones, despachando a los frailes, en un abrir y cerrar de ojos.

— ¿Y cómo lo sabes? —pregunto otro

— Porque se lo oí comentar a un soldado del rey. Cuando se cometió el crimen, se mandaron rápidamente mensajeros a todas las guarniciones para que se iniciase la búsqueda de estos tres asesinos en todo el reino.

— ¿Y delante del rey y sus tropas, robaron y mataron?—preguntó el que primero había hablado—Pues hay que tener coraje o estar loco —sentenció.

Guillen y García, se miraron con un imperceptible movimientos de labios, orgullosos, por la valoración de agallas, que les suponían aquellos labriegos.

—Desde luego. También mataron a otros tres, o mejor dicho dos, pues uno sobrevivió al ataque, que se encontraron en el camino de huida. Necesitaban los caballos, y los tomaron por la tremenda. Se ve que el herido habló con los soldados del rey, y les contó lo que había sucedido.

García miro a Guillen, preguntándose cuál de los tres había fallado en su intento de no dejar testigos. Pensaron que de todas formas no importaba, pues poca información habría podido dar.

— ¿Y se sabe algo de ellos?

— Nada. Se escaparon porque llevaban varias horas de ventaja. Se supone, que habrán tomado dirección Fraga o Lérida. Pero todo son suposiciones.

La conversación de aquellos hombres fue derivando hacia otros derroteros que ya no les interesaron. Mientras comían, repararon en el ocupante de una mesa, situada al fondo de la estancia, una persona de no mucha estatura, recio, de grandes y musculosos brazos, de negra y abundante barba y con el pelo cortado muy corto. Les llamó la atención porque estaba solo, y comía carne a la que acompañaba con vino al que le añadía agua. Se miraron y esbozaron una sonrisa.

Después de comer y beber, y una vez saciado el hambre y la sed, de forma súbita, el cansancio se apoderó de sus cuerpos. Un enorme cansancio. Decidieron

entonces ocuparse del alojamiento. Se dirigieron a la posada *La Luna*. Los caballos seguirían donde los dejaron, tal y como les había ordenado Alfonso. Sabían que no había peligro de que los relacionaran, porque la vez anterior, habían hecho lo mismo, yendo por separado. Pidieron una habitación, que pagaron por adelantado, pues era la mejor manera de predisponer al propietario de la posada, a proporcionarles el mejor servicio.

Alfonso se levantó sobre las ocho de la tarde. Afuera estaba oscuro. «*Mejor*», pensó. Le habían venido bien esas horas de descanso, y ahora se encontraba en forma. Sentía hambre, mucha hambre. Pero eso tendría que esperar hasta la hora de la reunión con sus hombres en el *Gallo Rojo*. Primero tenía que ir a ver a Simón de la Cuesta.

Cogió la bolsa que contenía la cruz y la depositó sobre la mesa. Con calma, comenzó a mirarla, pasando su mano por encima, notando la suavidad de la piel del crucificado, y la rugosidad de los maderos que formaban la cruz. Cuando sus dedos, pasaron por encima de los rubíes engarzados en oro, simulando la sangre, sintió un estremecimiento en todo su cuerpo, ¡había sentido la viscosidad de la sangre!

Instintivamente, retiró la mano. Sintió algo en su interior, como si se le removiera el alma. De las formas de aquella imagen, dimanaba algo divino. Sus ojos, quedaron prendados en los contornos de aquel Cristo, que parecía hipnotizarle con sus ojos abiertos, mirando al cielo en actitud suplicante. No podía apartarlos de la imagen, y recorrían una y otra vez sus relieves, descubriendo en cada ocasión, nuevos detalles que le

fascinaban el alma. El dolor suplicante que reflejaba su rostro, se introducía en él cómo espinas, produciéndole una gran desazón. Su rostro comenzó a perlarse de gotas de sudor, que se le antojaron sangre. Haciendo un gran esfuerzo, retiró su mano de la imagen. Su respiración entrecortada, fue normalizándose, mientras seguía contemplando el milagro que tenía delante. Pero a distancia. Notó, como si aquella imagen le insuflara un espíritu desconocido hasta ese momento para él. Sintió como se establecía un diálogo interior, entre él y el Cristo crucificado, que su yo consciente, no era capaz de entender. A lo sumo, lo intuía. Era como estar en una conversación, pero sin entender las palabras, lo que le producía un estado de desazón, que lo incomodaba tremendamente.

Rápidamente, la volvió a introducir dentro de la bolsa. Su rostro había demudado de color: ahora estaba blanco y sudaba copiosamente.

Salió a la plaza y se dirigió hacia el final de la misma, donde convergían una serie de calles, a cual más estrecha. Se orientó, y por fin pudo ver lo que buscaba. Un letrero donde se anunciaba un guarnicionero. Subió por la calle de prolongada cuesta, hasta que llegó ante la puerta que estaba debajo del letrero “**Simón de la Cuesta. Piel y Curtidos**” clavado en la puerta. Pasó dentro sin llamar, y se encontró en una pequeña estancia, no muy iluminada, invadida por el típico olor ácido de las tiendas de curtidos. Por lo demás, todo estaba limpio y ordenado. Se podían ver bolsas de cuero para monedas, fundas para cuchillos, botas, zapatos, sillas de montar. En fin, un universo de cosas heterogéneas cuyo nexo de unión, era el material del que

estaban hechas: el cuero. También sabía que Simón de la Cuesta, ejercía de prestamista, discretamente, en secreto. De conocerse públicamente esa actividad, no hubiera quedado más remedio que castigarlo con pena de muerte. Pero los judíos prestaban a todos, incluido el rey, a nobles y a grandes señores, por lo que se hacía la vista gorda a estas actividades, siempre y cuando, el buen hacer del mercader, estuviera dentro de los límites de lo discreto, por no decir secreto. Esperó durante unos momentos, hasta que apareció un hombre pequeño, con la cabeza cubierta con una kipá, lentes y un espacioso y recio batín.

— ¿Qué deseáis, caballero? –pregunto sumiso.

— Deseaba que me dieseis precio por empeñar una joya antiquísima en forma de cruz.

— ¡Oh! Deberé ver como es la pieza, y realizar una serie de cálculos y pesos. En fin, lo que se dice tasarla. ¿Queréis pasar al interior, donde estaremos más cómodos mientras realizo la tasación?

— Por supuesto –dijo Alfonso

Con el brazo, le indico el camino, a la vez que apartaba la cortina que separaba la tienda del interior. Pasaron a otra estancia, pequeña, sin ventanas, e iluminada por una vela, situada en la mesa que hacía las veces de escritorio. Mientras, Simón echó el cerrojo a la puerta de la calle, para evitar que nadie pudiera entrar. Luego se reunió con Alfonso en el interior.

— ¿Qué noticias me traéis? –dijo con cierta dosis de ansiedad

— Las mejores –contestó Alfonso

— ¿Puedo verla?

— No creo que haya inconveniente.

Alfonso, abrió la bolsa de cuero que portaba, y sacó de su interior la Cruz, dejándola en el centro de la mesa. Simón cogió la vela, y la alzó un poco por encima de su cabeza para que iluminara mejor la imagen. Sus ojos la recorrieron centímetro a centímetro, fijándose en todos los detalles sin dejarse ninguno. Movía la cabeza de arriba abajo, bajo la atenta mirada de Alfonso.

— ¡Extraordinario! ¡Fantástico! ¡Insuperable! ¡Está inspirada por Iahvé! Evidentemente, quién realizó esta maravilla, estaba siendo dirigido por Dios. Ningún humano, sería capaz por sí solo, de realizar esta maravilla.

Alfonso, oía al judío exclamar su admiración. Recordaba que, mientras la observó en la fonda, también él había sentido aquel arrebató. Se sintió conmovido ante tanta belleza. Por un momento, brevísimo, por su mente pasó un destello de rebeldía porque aquello fuera pasar a manos de un infiel. Y ahora, un judío, también expresaba su admiración ante tan extraordinaria obra. Verdaderamente, esta cruz es milagrosa: ha cautivado a seres pertenecientes a tres religiones diferentes.

— ¿Deseáis que avise a Abdel Aziz ibn Abdalá y que le diga que su encargo ya está disponible? —dijo Simón, mirándolo fijamente a los ojos.

Por un momento, hubiera jurado que aquel judío usurero, le estaba insinuando, como solo ellos sabían hacerlo, que olvidaran al moro y trataran aparte el negocio. Tras unos segundos de vacilación, le dijo que sí, que podía avisarle.

— ¿Queréis que os guarde la bolsa, para mayor seguridad? —le preguntó

Alfonso le echó una mirada de fuego.

— No. Desde luego que no. Gracias por vuestro interés -dijo.

A Simón de la Cuesta, le dio la sensación de que el cristiano, acentuaba demasiado la palabra *interés*, lo que le desagradó de sobremanera.

— Otra cuestión. Necesito deshacerme, a la mayor brevedad posible, de los caballos con los que hemos llegado. Los tres están en el corral, a la entrada de la ciudad

— Yo me encargo de ellos, y a cambio os proporcionare otros, que pondré a vuestra disposición cuando los necesitéis. Solo por unas monedas, *mesire*. — dijo poniendo una mueca en su cara

— Sea. Haceos cargo de ellos. Creo que serán los únicos que estén en el corral. De cualquier modo, los reconoceréis por unas cintas atadas a las crines. A propósito. ¿Conocéis si la noticia —hizo un pequeño silencio— ha llegado ya a Barbastro? —preguntó

— Sí, alguna noticia ya ha llegado, traída por los hombres del Rey. Pero son noticias muy confusas. Al parecer se habla de seis muertos. Los caminos están más transitados por las tropas. Pero se desconoce el rumbo que tomaron los autores del robo. Al parecer lo hicisteis bastante bien.

Alfonso, le pidió que visitara al Abad del monasterio de Santa Fe en Barbastro, y le entregara una nota, que sacó de su faldriquera. El judío la tomo y leyó atentamente.

— ¿Y quién digo que le visitará?

— No hace falta. Él lo entenderá.

Alfonso se levantó. Cogió la cruz y la devolvió a la bolsa, ante la mirada del sefardí. Luego le tendió una

moneda de oro, que la ávida mano del judío, cogió rápidamente.

— Mirad de no perderla, *mesire*. Sería un pecado, algo imperdonable.

No le contestó, y rebulléndose en su capa, paso a la tienda, esperando a que el judío abriera la puerta de la calle. Una vez en ella, se dirigió al *Gallo Rojo*, donde se iba a encontrar con sus secuaces.

## **Capítulo 10. El Entierro**

### **Sábado, 3 de noviembre de 1.123**

La iglesia del Monasterio de Santa María de Alaón, estaba a rebosar. Presidida por el Rey y su séquito, se iban a celebrar los actos litúrgicos fúnebres por la muerte de los tres monjes. La noticia, que se había extendido por la comarca, atrajo a numerosas gentes de todos los pueblos de los alrededores. Los tres monjes eran muy conocidos y apreciados por todo el pueblo sencillo, y su asesinato, había levantado los ánimos de esas gentes, de normal tranquilas y trabajadoras. Pero el hecho de que se hubieran perpetrado en presencia del Rey, y el día de la bendición del monasterio, había hecho mella en todos ellos, que en todo veían la mano del diablo, y presagiaban grandes males para el reino.

Tras los actos, los tres monjes fueron enterrados en el cementerio del monasterio, ante grandes muestras de duelo. El Rey presidió todos los actos, y una vez finalizados, emprendió, acto seguido, camino de Huesca, donde asuntos importantes del reino, reclamaban su presencia, no sin antes asegurar a los allí presentes, que se haría justicia, y que las tropas del rey continuarían la búsqueda de los tres asesinos, y que no descansarían hasta que la almas de esos tres sacrílegos, fueran enviadas a las llamas eternas del infierno.

Entretanto, Albar Galindo y fray Gastón, proseguían con la persecución de los fugitivos. Pronto

fueron informados de que un correo, procedente de Aren, les había dado alcance siendo portador de noticias.

— Vengo en vuestra busca desde Aren, de donde me envía el teniente Martín Rodrigo con la misión de entregaros este documento.

El soldado, saco de su macuto un papel doblado que entregó a Albar Galindo. Este despidió al correo y procedió a abrir el documento. Tras leerlo detenidamente, se dirigió a fray Gastón.

— Me informan en este documento, que un posadero de Aren ha informado a nuestras tropas que tiene tres caballos en sus cuadras que no han sido recogidos por sus dueños. Nos hace la observación de que, aun tratándose de tres caballos, el mesonero solo recuerda que los trajeron consigo dos hombres. Por lógica, el supuso que serían tres, pero solo recuerda haber visto a dos. También nos ha dibujado unas marcas que llevan los caballos en sus cuartos traseros. Según el posadero, esa marca la pone un tratante de caballos de Barbastro, y es bastante conocida en la comarca.

Fray Gastón, escuchaba atentamente las palabras del Alférez, y en su mente fueron tomando forma los hechos acaecidos en la conspiración de los tres asesinos.

— Me parece que las piezas del puzle se van poniendo en su sitio. Todo confirma, que el notario era el jefe de esta banda. Él se presenta primero en el monasterio, para conocer el escenario y preparar el robo, ordenando a sus hombres que llegaran días más tarde, portando tres caballos, que a buen seguro, tenían planeado utilizar, para emprender la huida. Luego, se les complica la misma, y el destino les puso en su camino a aquellos tres hombres, de los que tomaron sus caballos

arrebatándoles la vida a dos de ellos, y dejando malherido a un tercero. Y ahora, descubrimos que seguramente los caballos de Aren, fueron comprados en Barbastro. ¿Es esta ciudad, su destino?

Mientras, Alfonso y sus hombres pernoctaban en la misma fonda, *La Luna*, aunque sin relación aparente. Lo habían hecho por separado y ocupaban dos habitaciones diferentes. Sus cuerpos estaban tan castigados que durmieron todo el día. Luego cuando despertaron, ya era de noche. Cada cual por su lado, se dispusieron a encontrar algún lugar donde cenar. Alfonso, lo hizo en la propia fonda, donde se despachó una pierna de Cordero asada, amenizada con patatas y lechuga. Todo ello acompañado de una jarra de vino, que, como ave fénix, renacía cada vez que Alfonso escanciaba la última gota en el vaso de barro, gracias a la solícita atención del posadero.

García y Guillén lo hicieron en el *Gallo Rojo*. A las tantas de la madrugada volvieron a ocupar su habitación en la posada. A los pocos minutos, los ronquidos procedentes de su habitación, indicaban que habían caído en brazos de Morfeo. Tampoco repararon en la figura rechoncha y de pelo corto que los acompañó al *Gallo Rojo*.

## **Capítulo 11. La Entrevista.**

### **Domingo, 4 de noviembre de 1.123**

La noche se presentaba cerrada. No había luna, y el monasterio se recortaba contra el oscuro horizonte, desde lo alto del montículo sobre el que estaba construido. Las figuras de tres hombres, dirigiéndose andando hacia el monasterio, desde donde alguien hacía señas con una linterna, se recortaron en el cielo. Los tres, se detuvieron un instante, y tras comprobar que todo estaba en orden, continuaron su camino hacia una puerta, oportunamente abierta, que dejaba franco, el acceso al patio interior del monasterio. Cuando llegaron a la puerta, se detuvieron un instante para inspeccionar los alrededores, en busca de alguna señal de peligro con las manos puestas en las empuñaduras de sus armas. Todo permanecía silencioso y tranquilo, por lo que se adentraron en el monasterio a través de la puerta tan convenientemente abierta. Una vez dentro, Alfonso ordenó a sus hombres, que se ocultaran en una edificación que estaba a la izquierda, y que se encontraba en precario estado, pendiente de las obras de reparación, seguramente cuando hiciera buen tiempo y la economía del monasterio, lo permitiera. Después de la entrevista, se reuniría con ellos en aquel lugar. No sabía el tiempo que tardaría, pero deberían esperarle allí.

Luego, se introdujo en el edificio, donde, nuevamente la señal luminosa volvió a aparecer en lo

alto de la escalera, por las que accedió hasta la última planta, donde el misterioso personaje de las señales le aguardaba. Al corredor, daban varias puertas, pero solo una de ellas estaba abierta, por lo que podía verse el reflejo de la iluminación interior. Cuando pasó dentro, un monje se encontraba de espaldas tratando de encender unas velas.

Alfonso, escrutó con curiosidad la estancia. Exactamente así la recordaba de cuando niño visitaba aquel monasterio. Techos altos y paredes cubiertas por grandes estanterías abarrotadas de libros, a los que podía accederse desde unas escaleras de madera. En el centro, ocupando toda la superficie de la sala, seis mesas de trabajo, apiñadas unas con otras, sobre las que se veían pergaminos a medio terminar, junto con los utensilios de los copistas, encargados de la reproducción de grandes tomos con encuadernaciones de piel de cordero. Estaban sin duda alguna en la biblioteca del monasterio, situada en la planta superior del edificio. Quedaba un tanto apartada de las dependencias propias del monasterio, confiriendo al lugar, una sensación de independencia y apacibilidad, muy propias para el destino de la sala. No había duda, que el lugar era adecuado para la reunión de los dos hombres.

Cuando por fin las velas estuvieron encendidas, el monje, se volvió hacia su visitante, mostrándose ante él. Si en ese instante, García y Guillén hubieran estado presentes, se hubieran quedado petrificados, al comparar los rostros juntos de su jefe y el monje: ambos eran idénticos. ¡El Abad del monasterio era hermano gemelo de su jefe! Eran como dos gotas de agua, algo que nunca

habrían podido imaginar. De similar complexión física, no podía compararse la fuerza y flexibilidad de Alfonso, debido a la diferencia de actividad de ambos hermanos. La única diferencia era, que este llevaba barba y el Abad no. Tras mirarse ambos hermanos, recorriendo con sus miradas los contornos del otro, frente a frente, durante unos segundos, sus rostros se cubrieron de unas expresiones tensas y serias.

— ¿Y bien? — comenzó diciendo el Abad en el tono más glacial que era capaz de expresar.

— Frío recibimiento hermano, a tenor del tono empleado —le contesto Alfonso.

— Tengo el presentimiento de que tu presencia en este monasterio va a traerme muchos dolores de cabeza. ¿Acaso te has acordado de tu hermano en alguna ocasión, que no fuera para tratar de resolver algún acuciante episodio de tu loca vida? ¿No me has traído siempre problemas que ponen en peligro mi paz y sosiego?

— Tienes razón hermano. Pero en este momento, necesitamos escondernos durante algún tiempo. No te costará mucho encontrarnos algún escondrijo en este monasterio, donde pasar inadvertidos. Te prometo que, pasados unos días, cuando el peligro haya pasado, nos iremos tan silenciosamente como hemos venido, sin que tú lo sepas. Desapareceremos sin ruido y sin producirte molestias. Un poco de comida y vino será suficiente para aguantar los pocos días que nos vamos a quedar por aquí. Y te prometo, que será la última vez que te molesto hermano. Pero tienes que ayudarme. Nuestras vidas dependen de ello.

— ¿Que has hecho esta vez, que tanta urgencia

tienes de esconderte de los soldados del Rey?

— ¿Cómo sabes que nos buscan los soldados del Rey?

— No lo sabía. Pero esta mañana he recibido la visita de una patrulla real. Me han prevenido sobre tres asesinos, dos de ellos disfrazados de peregrinos y un tercero que se había hecho pasar por notario de Barbastro, los cuales habían escarneciendo la paz y santidad del monasterio de Santa María de Alaón, asesinando a tres monjes. Luego, cuando apareció ese judío enviado tuyo, que casi se topa de narices con los soldados, para entregarme tu nota, tuve la certeza de que tu andabas de por medio. Y ahora al verte llegar, junto con otros dos secuaces, que no están aquí, pero que no andarán muy lejos, mis sospechas se han convertido en una dolorosa certeza: vosotros sois los desalmados que buscan las tropas del rey. ¿No sería mejor que abandonases el reino, y te fueras lejos, a probar fortuna en otros reinos y con otros señores?

— No podemos. Todos los caminos han sido cortados. Las huestes reales están por todos los sitios, controlan todos los caminos. Debemos desaparecer durante un tiempo. Hay que dejar que pasen unos días, hasta que se convenzan de que, al no encontrarnos, hemos logrado escapar y cesen en nuestra búsqueda.

— ¿Y qué has hecho esta vez? ¡Has matado, asesinado y robado objetos sagrados ofrendados por el rey! ¡Criminal, criminales!

— Es mejor que no lo sepas. Pero te aseguro que no hemos matado a nadie. Ni tampoco hemos asaltado los tesoros del rey. No debes preocuparte. Tan solo deberás ocultarnos por unos cuantos días y todo volverá a la

normalidad—mintió Alfonso.

— No debo. Desde que recibí tu mensaje, por mediación del judío, mi alma se puso a temblar. Esta vez te has pasado de la raya. Nuestro padre tenía razón cuando clamaba contra ti, diciendo que serías la ruina de nuestra Casa. Y veo que tenía razón. Desgraciadamente. ¡Nos has deshonrado a todos!

— Dejémonos de tonterías y de monsergas antiguas que nada resuelven en estos momentos. Así es que sin más rodeos, apelo a nuestra condición de hermanos, en demanda de ayuda.

— ¿Has pensado en las repercusiones que traería al monasterio y a mí mismo, si llegara a saberse que os he dado cobijo? ¿Crees acaso que mi conciencia, y las reglas de mi orden, me permiten saltarme a la torera, todas las leyes divinas y humanas?

— Me estas impacientando Gilberto. Siempre has sido un hombre indeciso. La cuestión es simple. ¿Me ayudas o no? Ocultarnos durante un corto tiempo no te acarreará desgracia alguna. ¿Quién nos va a buscar en un convento? Tu solo tienes que mantener la boca cerrada y permanecer tranquilo. Indícanos un lugar donde ocultarnos, y olvídate de nosotros y olvida que esta reunión ha tenido lugar. Y a partir de ese momento, ya no sabrás nunca más de nosotros.

— No es tan fácil Alfonso. No creas que vas a convencerme fácilmente sobre la ausencia de riesgos. Independientemente de eso, es imposible que pueda esconderos en el monasterio. No hay lugar al que no accedan los monjes, en un momento dado. En todo el monasterio, no hay ningún lugar secreto para nadie. Eso, sin tener en cuenta que ocultar a fugitivos de la ley, va

contra toda decencia. Me temo, querido hermano, que lo único que puedo ofrecerte, es olvidar este encuentro y rezar para que el Señor enderece tus torcidos pasos. No arriesgaré el honor y la integridad del monasterio, ni de mi orden, ni podré en riesgo mi honorabilidad ante mis monjes, mis superiores y el Rey. Lo siento hermano, has llegado demasiado lejos. Tanto, que mi brazo no puede ayudarte.

Mientras el Abad hablaba, Alfonso se iba impacientando. Verdaderamente, pensaba, las cosas se estaban complicando de una forma extraordinaria para ellos. Era consciente de que, un grupo de jinetes estaba tras sus pasos, y era cuestión de horas o días que dieran con ellos. Sin caballos, víveres y ningún lugar al que acudir, le había parecido como solución idónea acudir a esconderse al monasterio de su hermano. No contaba con la oposición frontal del Abad, que amenazaba con tirar por tierra todas sus posibilidades de salir con bien de la situación. Y eso podía ser peligroso...para el Abad.

— No me estas escuchando Gilberto. No tengo opciones, y por tanto no puedo ofrecértelas. Te lo diré más claro, hermano: no te estoy pidiendo ayuda. Te la exijo, y también te aclararé una cosa: haré lo que sea necesario para conseguirla.

— ¿Y eso que significa? ¿Vas a matarme? Acaso ¿nos mataras a todos? No me asustas con tus bravatas.

Poco a poco, Alfonso fue aproximándose a su hermano, quien se vio obligado a retroceder hacia una de las vitrinas con el fin de proteger su espalda.

— No me dejas ninguna solución. Quiero decir, ninguna que sea buena para ti.

Se miraron fijamente. El Abad, tuvo claro en ese instante, que estaba en peligro inminente de muerte. Lo veía en el intenso brillo de los ojos, y en la desesperada expresión del rostro de su hermano. Creyó que era el momento de luchar por su vida, en un instintivo reflejo de supervivencia. El Abad comenzó a gritar y a pedir socorro, pero solo fue durante un instante, pues casi al momento, su boca era cerrada por una fuerte mano. El monje peleaba bravamente, consciente de que su vida corría gran peligro, y era llegado el momento de defenderla con uñas y dientes. Por ello, comenzó a contorsionarse con movimientos enérgicos, tratando de zafarse del brazo de su captor, a la vez que mordía con todas sus fuerzas, la mano que lo amordazaba. Logró dar un aullido, antes de sentir como algo frío se le introducía por un costado. La sorpresa le cortó de cuajo el grito. Bajando su mirada, hacia donde había sentido el impacto, vio la mano que empuñaba el puñal que tenía alojado en su costado, muy cerca de su corazón. Levantó sus ojos en busca de su propietario, pero su cerebro ya sabía la respuesta: pertenecía a su hermano Alfonso. Sintió como las fuerzas le abandonaban. Trató de asirse a su hermano, y en un último instante, vio como una figura borrosa hacía su aparición por el quicio de la puerta. Fueron sus últimas sensaciones en este valle de lágrimas.

Alfonso, volvió su mirada hacia la puerta, donde un monje, con mirada atónita, contemplaba la escena que se le presentaba ante sus ojos, con evidente horror. Con la rapidez propia de las personas que están acostumbradas a que sus vidas dependan de una reacción a tiempo, se lanzó sobre el sorprendido monje, quien sin oponer resistencia se dejó introducir en la sala.

Una vez dentro, observo al Abad Gilberto tendido en el suelo y con una gran mancha de sangre en su costado izquierdo. Volvió su rostro hacia su asesino, y se quedó petrificado al ver a Alfonso. Nuevamente, su mirada fue desde el rostro de su raptor hasta el del Abad y viceversa. Vio entonces el puñal en la mano de aquel, y pareció comprender en ese instante, la inmensa realidad que tenía ante sí. Se llevó las manos al pecho, tratando de inhalar aire, y sin conseguirlo, se desplomó en el suelo, donde quedó tendido de espaldas con los ojos muy abiertos. Alfonso se inclinó ante el grueso monje, poniendo su oído en el pecho, tratando de averiguar si su corazón latía.

« *¡Aún vive! su corazón late todavía.*» musitó, a la vez que lo palpaba y observaba la rigidez de todos sus músculos—ha debido de sufrir un ataque de apoplejía. ¿Qué hacer? Este hombre me ha visto y si se recupera hablará y será nuestro fin. *¿Y qué es lo que ha visto? Nada*» pensó «*A mí no me conoce, pero ha visto mi semejanza con mi hermano y eso podría complicar las cosas. Claro que bien mirado y estudiando un poco la situación, podría darle la vuelta*». Su cerebro funcionaba a toda marcha. Estaba entrenado para decidir en situaciones de extrema necesidad. ¡Y ahora estaba en una situación de aquellas!

Con una sangre fría, propia de reptiles, enfundó su puñal y comenzó a dar vueltas por la estancia de forma calmada. Su fecunda y entrenada mente, volvía a elaborar un nuevo plan. Cautamente, entreabrió la puerta y aplico su oído para tratar de averiguar si había algún tipo de actividad en el corredor que conducía a la biblioteca. Silencio. Salió de ella, y prestó atención con

todos los sentidos activados. Silencio absoluto. Más tranquilo, volvió a entrar a la biblioteca. Durante unos minutos anduvo meditabundo, paseando por la estancia, meditando los siguientes pasos que les sacaran a los tres de la encrucijada en la que se encontraban. Mirando por la ventana, pudo ver al fondo de la cortada, el discurrir del río Vero.

Por un lado no podían salir huyendo, pues eso sería exponerse a ser localizados por las tropas que les perseguían. La muerte del Abad, no prevista, aunque inevitable, dificultaba un tanto la situación, aunque él ya tenía un plan que resolvía temporalmente el problema. Pero la inesperada entrada en la escena del monje y su posterior desplome, añadía una incógnita más. Era del todo necesario que se demorase lo máximo posible la noticia de la muerte del Abad, y evitar delatar, por tanto, su presencia en el lugar. En caso contrario, era como cerrar la puerta de escape y acabar con todas sus esperanzas de salir con bien del lance. Finalmente logró establecer un plan que, confiaba le sacara del atolladero. Tenía que deshacerse, en primer lugar, del cuerpo de su hermano.

Alfonso volvió nuevamente sobre el fraile aplicando el oído sobre su pecho. Tras unos segundos, en los que contuvo la respiración para observar con más atención, se convenció de que el corazón seguía latiendo y que la rigidez dominaba todo aquel inmenso cuerpo. Pasó su mano repetidas veces por delante de los abiertos ojos, esperando encontrar alguna reacción. No se produjo ninguna. Por si acaso, saco su puñal y con la punta, presionó levemente sobre el cuello del monje y tampoco observó reacción alguna. Satisfecho, se

preguntó si no estaría ante un muerto viviente. Luego dirigió su atención hacia su hermano.

Curiosamente, no sentía ningún tipo de remordimiento. Aquel cadáver, su hermano en vida, no representaba nada para él. El hecho de que, desde el momento de su concepción, hubieran permanecido juntos hasta el alumbramiento, y posteriormente hasta los dieciocho años, edad en la que Gilberto entró en la orden del Cister, no había anidado en su alma una brizna de amor fraterno. En aquel momento, sus vidas tomaron caminos diametralmente opuestos. Siempre habían sido muy diferentes. Gilberto, pausado, reflexivo, caritativo y sensible. Alfonso, movido, emocional, egoísta y duro como el acero. Uno leía libros en latín y el otro andaba todo el día destrozando árboles a base de mandobles de espada, o cazando y pescando, sin respetar absolutamente nada. Y ahora, cuando lo veía allí tendido, exánime, era como un desconocido. Lo contempló, tal vez por primera vez en su vida, maravillándose del extraordinario parecido. Observó con cuidado sus ojos, nariz, boca, manos y hasta las arrugas. Ciertamente, eran como dos gotas de agua, que se habían desarrollado, con el paso de los años, de igual manera. El cabello rojizo, era de la misma tonalidad. Incluso una pequeña peca cerca del mentón era idéntica en los dos. Observando la cara, cayó en la cuenta de que el monje tenía su rostro afeitado. Comenzó a despojar al Abad de sus ropas talares, con el fin de utilizarlas él mismo. El cadáver había dejado de sangrar, pero había dejado una gran mancha en el suelo. Con cuidado, arrastró el cuerpo hacia un lado de la estancia. Una vez que lo hubo despojado del hábito de color marrón, quiso hacer lo

mismo con el ropaje interior. Pero lo pensó mejor, y rasgándolo, se hizo con un trozo para tratar de limpiar la sangre del suelo. Restregó lo mejor que pudo, pero no logró hacer desaparecer completamente la mancha, al carecer de agua. Sin embargo, a fuerza de restregar con nuevos trozos del sayal del Abad, logró disimular bastante bien la mancha. Luego, se despojó de sus ropas y comenzó a ponerse las del Abad.

Cuando terminó de vestirse, hizo un hatillo con sus propias ropas. Recordaba que el muro de la parte norte, daba a un precipicio de unos cuarenta o cincuenta metros. Lo arrojaría por allí. Luego bajaría hasta el fondo del barranco, junto al río Vero, y lo enterraría. Estaba seguro que nunca lo hallarían. Cogió a su hermano, echándoselo al hombro y salió de la biblioteca. Bajó por las escaleras muy despacio, y cuando por fin se vio en el patio interior, se dirigió al muro que lo separaba del precipicio. Con cierto trabajo, lo encaramó al borde, y poco a poco lo fue empujando desde los pies, hasta que el cuerpo inició el desplome hasta el final del cortado. A los pocos segundos, oyó el sordo golpe del cuerpo al chocar contra el suelo. A continuación arrojó también, el hatillo con su ropa. Volvió nuevamente a la biblioteca. El resto del plan consistía en aprovechar el parecido con su hermano, utilizando sus ropas, tomar su lugar y llamar a los monjes para atender al fraile. Con esta excusa, les comunicaría su inmediata salida hacia Santa María de Alaón a pedir la ayuda de Fray Ricardo. De esta forma, podría salir tranquilamente del monasterio. Luego llegaría hasta el cadáver de su hermano, lo enterraría, recuperaría el hatillo de ropas y volvería a reunirse con García y Guillén. Antes de iniciar esa parte del plan,

decidió acercarse hasta donde estaban escondidos sus hombres. Quería comprobar las condiciones del lugar elegido para esconderse.

Al verlo de aquella guisa, se miraron sorprendidos, por el cambio experimentado.

— Le he pedido prestada la ropa. Me vendrá bien para ocultarme. ¿Que habéis encontrado? —les dijo con cierta ansiedad

— ¡Justo lo que necesitábamos! Hemos estado en la caseta de la entrada, y en efecto está en ruinas y al parecer, era utilizada como caballeriza, sustituida por otra que han construido al otro lado del patio. Está bastante mal, pero, seguramente en otros tiempos, se albergaron los monjes en esta casa, hasta que construyeron el otro edificio adosado al monasterio y se trasladaron a vivir allí. Hemos entrado en algunas de ellas, y te podemos asegurar que allí no ha entrado nadie en muchos años. Es el sitio perfecto. Hemos visto una, que tiene dos ventanas tapadas con tablas y que nos permitirá observar bastante bien lo que pasa desde dos posiciones.

— ¿Qué ha dicho el monje? —preguntó García

— No ha querido ayudarnos. Pero me ha asegurado que no nos denunciará — contestó.

— ¿Y tú lo crees? —pregunto Guillen.

— Os aseguro que sí. Pongo la mano en el fuego de que no nos denunciará. Bien. Ahora lo que vamos a hacer. Vosotros os quedareis aquí, escondidos. Estad atentos a cuanto ocurra. Yo tengo todavía cosas que hacer, por lo que me voy a Barbastro. Cuando tenga la información que necesito, volveré y decidiré que es lo

que vamos a hacer ¿de acuerdo? Espero que sea cosa de dos o tres horas.

— Pues manos a la obra y no demoremos más el asunto. Tengo ganas de tener un momento de reposo — dijo García.

Entraron en la casona con mucho cuidado. Tras una rápida investigación, Alfonso pudo comprobar la veracidad de lo que sus hombres le habían comentado. En tiempos, la parte baja, debió ser utilizada para dejar los aperos que los monjes utilizaban en las tareas agrícolas, pues aún podían verse algunos picos y palas abandonados, además de almacén, alacena o ropero y otros usos relacionados con el trabajo. En la planta superior debían de estar ubicadas las celdas de los monjes. Por la enorme cantidad de polvo y suciedad allí almacenada, podía deducirse que en efecto, debía hacer años que nadie entraba en aquella edificación abandonada. Se dirigieron hacia la escalera del fondo, que permitía el acceso a la primera planta. Una vez allí, entraron con sumo cuidado en una de las celdas, la que habían elegido sus hombres, dotada con dos ventanas que daban a dos lugares diferentes del patio del monasterio, que en efecto, les permitiría investigar desde ella lo que pasaba en el patio. Allí se despidieron. Alfonso bajó nuevamente por la escalera y tomó un pico y una pala, de los que había abandonados. Salió con precaución y se dirigió hacia la parte del muro, desde donde había arrojado al Abad. Una vez allí, arrojó también el pico y la pala. Los necesitaría para excavar la tumba donde enterrar a su hermano. De momento, todo salía como estaba previsto. Era un alivio después de tantos planes fallidos. Luego Alfonso retomó el camino de la biblioteca,

para dar inicio a la segunda parte del plan. Auxiliándose del puñal y utilizando como espejo el reflejo de los cristales de la biblioteca, fue rasurando la suya hasta dejar su cara afeitada.

En el silencio de la noche, las voces resonaron con fuerza, extendiéndose por todo el monasterio. Todos los monjes se despertaron sobresaltados. Tras unos breves momentos de desconcierto, pronto averiguaron que los gritos procedían de la biblioteca. Medio dormidos y a medio vestir, se fueron acercando a ella. El primero en llegar fue fray Gabriel, el sastre, por quedar su celda más cerca. Cuando llegó a ella, vio como el Abad estaba inclinado sobre el cuerpo tendido de fray Santiago, tratando de reanimarlo, dándole palmadas en la cara.

— ¡Oh, Dios! ¿Qué le ocurre a fray Santiago, padre prior? ¿Está muerto?

— No, no está muerto. Su corazón aún late. No sé lo que le ha ocurrido. Debido a que no podía conciliar el sueño, salí al corredor a pasear, mientras efectuaba unos rezos, cuando me pareció percibir un destello de luz en la biblioteca, por lo que dirigí mis pasos hacia aquí, pensando que algún hermano se había olvidado de apagar la vela. Cuando llegué me encontré a fray Santiago en el suelo, tendido y sin dar señales de vida. Ayudadme a incorporarlo.

Entre ambos trataron de levantar el enorme cuerpo de fray Santiago, cuando hicieron aparición dos monjes más y a los pocos instantes, estaban todos reunidos en la biblioteca, contemplando al monje desmayado. Tenues murmullos invadieron la sala, producidos al preguntarse unos a otros los pormenores de la situación. Alfonso tenía todos sus sentidos en alerta

total, prestos a recoger la más mínima información que se produjera en su entorno. Pronto pudo oír varios nombres, y captar situaciones, que podría luego utilizar para aparentar una situación normal. Llevaba la capucha sobre la cabeza, y cuando la estancia se llenó de monjes, la retiró, mostrándose plenamente ante ellos, escrutando ávidamente con sus ojos, los rostros de todos, en busca de la más leve expresión, intentando captar cualquier detalle de alarma o sorpresa que, delatara alguna duda o desconfianza, en el convencimiento de que si pasaba la prueba, ello le permitiría seguir el plan trazado sin grandes inconvenientes. Observo con disimulo sus reacciones, y tal como había esperado, nadie notó que el Abad era otra persona. Decidió que era el momento de dar el siguiente paso. Había decidido que encargaría la custodia del enfermo a fray Juan.

— Escuchadme todos. Desconozco que tipo de enfermedad ha doblegado a nuestro hermano Santiago. Pero presumo que la rapidez en su tratamiento es absolutamente esencial. Conozco a alguien que podrá ayudarnos. Se trata del hermano Ricardo, del monasterio de Santa María de Alaón—todos asintieron, pues era conocido en todo el reino, la fama del monje en el campo de la medicina—por lo que en este mismo instante partiré para Alaón en busca de ayuda. Por favor hermanos, que alguien me prepare una montura para salir de inmediato. Fray Juan, te encargo la misión de vigilar día y noche a nuestro hermano Santiago y atenderle en todas sus necesidades, y a los demás os encargo que durante estos días, dediquéis más tiempo a la oración en favor de nuestro hermano que a las otras faenas del monasterio. La salud de nuestro hermano

tiene prioridad sobre el resto de cosas. Ahora, llevadlo con cuidado a su celda, y que alguien traiga una capa recia, para protegerme del relente de la noche en mi viaje a Alaón. Y ahora, podéis retiraos a vuestras habitaciones, desde donde pediréis a Nuestra Señora por la salud de fray Santiago.

Alfonso se quedó con las ganas de seguir interpretando su papel, vista la actitud sumisa de los monjes, aceptando sus palabras, pero pensó que podía cometer algún irreparable error, si continuaba interpretando su papel. Hasta aquellos inocentes monjes, podían llegar a sospechar, si se sobrepasaba en algo que no era habitual del verdadero Abad. Así es que guardó silencio con lo que daba a entender que debía ponerse en práctica las órdenes dadas. Un monje se dirigió entonces a él, y tuvo un momento de inseguridad al desconocer su nombre, pero el azar vino en su ayuda, ya que un monje se dirigió a él con el nombre de fray Joaquín, en petición de la llave de la botica por si fuera necesaria. De este detalle, dedujo Alfonso que debía tratarse del monje administrador del convento. Decidió adelantarse y tomar la iniciativa.

— ¿Qué queréis, fray Joaquín?

— Veréis. ¿No sería más conveniente que fuera en busca de ayuda otro hermano, digamos, el hermano Germán que es un consumado jinete y, perdonad que os lo diga, es más joven y aguantará mejor los inconvenientes del viaje?

El condenado monje tenía razón, y debería encontrar rápido, una justificación lógica que justificara su marcha y no la del joven monje.

— No cabe duda que atendiendo a vuestros razonamientos, es evidente que tenéis razón. Pero hay situaciones, en las que no podemos dejar que otros tomen sobre si, la responsabilidad que nos corresponde. Como no ignoráis, el viaje tiene riesgos, y estos riesgos debo correrlos yo, personalmente. Por otro lado, considerad el hecho de que tal vez fuera necesario aprovechar las cualidades de fray Germán, en otro momento más crítico en la evolución de la enfermedad de fray Santiago. Agradezco vuestra intención, pero debo ser yo quien solicite en persona la ayuda.

Calló esperando que el fraile acatara su decisión y no le planteara más inconvenientes. Tras unos segundos de silencio, el monje inclinó su cabeza en señal de acatamiento y le comunicó que se encargaría personalmente de preparar la cabalgadura.

Cuando volvió a quedarse solo, suspiró aliviado. Hasta el momento todo había salido a la perfección. Miro por las ventanas de la biblioteca tratando de ver alguna actividad. No divisó nada. Se sentó en una silla, y siguiendo la interpretación de su papel, hundió su cabeza entre sus manos, a la espera de que le comunicaran que la montura estaba preparada.

Así se encontraba, cuando pasados quince minutos regresó fray Joaquín comunicándole que la montura, una mula, ya estaba preparada. Traía en su mano un maletín de viaje con viandas y ropas, por si le fueran necesarias. Poco más tarde, Alfonso, en su papel de Abad del monasterio de Santa Fe, abandonaba el mismo, en dirección a Santa María de Alaón.

— Que dios os acompañe, hermano prior —dijo fray Joaquín.

— Que el quede con vos. Sustituidme en mis funciones, durante el tiempo de mi ausencia, hermano Joaquín —contesto Alfonso en su papel de Abad.

— Como ordenéis Abad. Id tranquilo—respondió

Atrás quedaba fray Joaquín quien permaneció en el portón durante unos segundos, siguiendo con su mirada al jinete y su montura, mientras se alejaban con paso apresurado del monasterio. Luego, cuando desapareció a su vista, volvió a entrar, cerrando tras de sí el gran portalón por donde había salido el Abad. Todo estaba en silencio, y solo una luz, en una de las celdas, indicaba el lugar donde estaba fray Santiago acompañado por fray Juan.

Desde su escondite, García y Guillen, vieron como un monje, el Abad, abandonaba el monasterio. Ignoraban que aquel monje era su jefe, Alfonso.

Este, se fue alejando por el camino, montado en la mula. Esperaba cubrir la distancia a partir de la cual, no podría ser visto desde el monasterio. Le pareció que el tal fray Joaquín, era muy concienzudo en su trabajo, y se aseguró muy bien de que todo estuviera perfecto, repasando él mismo, las cinchas de la montura y el pequeño petate que le entregó al Abad, así es que con seguridad, estaría en la puerta, observando hasta que desapareciera de su vista. Por un momento, temió que este fraile, observara algún detalle que a los demás se les hubiera escapado, incluido a él mismo, pero tras repasar rápidamente los acontecimientos vividos hacía pocos minutos, llegó a la conclusión de que todo había salido tal y como lo había planeado. Nadie se había dado cuenta del cambio, y todo estaba dentro de la normalidad. Así es que antes de girar con su montura, se

volvió para mirar y comprobar si en efecto, ya no era visible desde la puerta del monasterio. Y así era exactamente. Paró a su mula y se bajo de la misma. Luego, cogiéndola del ramal abandonó el camino, dirigiéndose hacia un lugar que había visto cuando llegaron, hacía ya unas horas, al monasterio. Había reparado que en un lugar apartado, había una explanada con un espacio cercado de grandes dimensiones, cubierto de abundante hierba y otros herbajes, consecuencia del largo periodo de tiempo que llevaba sin ser ocupado por sus ocupantes tradicionales, las ovejas, donde con seguridad los pastores las encerraban para pasar la noche durante los largos periodos de trashumancia. En él dejó a la mula pastando, confiando en que no se escapara. Estaba suficientemente alejado del monasterio y el único riesgo, aparte del de los lobos, era que algún gañan que pasara por allí se la llevara. Una vez que dejó allí el animal, y había comprobado la firmeza de las estacas y travesaños que formaban la cerca, comenzó a dirigir sus pasos camino abajo, en dirección a donde debería encontrarse el cadáver del Abad junto con el resto de objetos que había arrojado por el muro.

Cuando por fin llegó al lugar, sus ojos adaptados a la oscuridad, descubrieron rápidamente el cuerpo, que había quedado en una postura extraña. Podía oírse el rumor del río que estaba a pocos metros del lugar. Rápidamente, localizo el hatillo y las herramientas. Sin pérdida de tiempo comenzó a picar. La tierra estaba reblandecida por las aguas y la humedad propia de noviembre. Tras casi hora y media de picar y ayudarse con la pala, logró realizar un hueco lo suficientemente profundo para enterrar a su hermano. Cuando lo hubo

hecho y había cubierto el hueco de tierra, pisoteo la misma con el fin de compactarla, golpeando también con la pala, hasta que quedó satisfecho. Recogió el hatillo, y se acercó hasta el cercano río. Se quitó las ropas de fraile, y aun a pesar del frío reinante, se lavó el sudor que empapaba su cara y cuerpo, vistiéndose después con las suyas y metiendo en el hatillo las del fraile. Una vez terminado el aseo, cogió las herramientas utilizadas, alejándose del lugar con lentitud y con los cinco sentidos en alerta máxima. Cuando se alejó lo suficiente, tiró lejos de sí las herramientas. Desde aquel punto, se volvió hacia donde quedaba su hermano, y luego miró a su alrededor. Ni un alma. El silencio seguía dominando el escenario. Luego encaminó sus pasos de nuevo hacia el monasterio para reunirse con sus hombres. Cuando llegó, estos se lo miraron de arriba abajo, pues había vuelto a cambiar de atuendo desde la última vez que lo habían visto, hacía unas horas. Además ahora se había rasurado y ya no lucía su barba pelirroja. Ante su extrañeza, les dijo:

— Es una forma de evitar que alguien pueda reconocerme—

El Emir de Lérida *Avim—Hilet*, más conocido por los cristianos como Avifelel, reinaba en su pequeña taifa, en obligada connivencia con los cristianos, que poco a poco iban reduciendo su reino, lo que le había obligado a pactar con el Conde Ramón Berenguer III, que a cambio de un castillo, le ayudara contra los sarracenos de Tortosa. En continua lucha con las tropas del rey de Aragón y del resto de pequeños reinos moros, trataba de mantener su pequeño reino de la codicia de sus vecinos.

Había recibido con los brazos abiertos a Abdel Aziz ibn Abdalá, al que le unían lazos de sangre. Aunque su dependencia de Granada era nula, siempre convenía tender lazos de amistad con reinos poderosos, o al menos más poderosos que el suyo. Alojó a Abdel Aziz en su lujoso palacio, durante el tiempo que este necesitase para resolver un asunto que le había llevado hasta tierras tan lejanas de las suyas.

El mensajero que le había enviado Simón de la Cuesta, llegó casi al mediodía al palacio, situado junto al río Segre y era portador de un pliego. En él, ponía en su conocimiento que los cristianos ya tenían la cruz en su poder. Sin embargo añadía también algunos comentarios que lo pusieron en alerta. El judío le transmitía sus sospechas sobre que el cristiano no estuviera abrigando el deseo de quedarse con la cruz.

Mientras el mensajero reponía fuerzas, escribió una carta de respuesta para Simón, la cual se la entregó junto con una moneda de oro, ordenándole que partiera de nuevo. En tres o cuatro días, tendría en su mano el Cristo del Granado, para devolverla a su Sultán en Granada. Dadas las preocupantes noticias, lo mejor sería adelantarse a los acontecimientos. Tendría que salir hacia Barbastro lo antes posible, y lo haría acompañado de un grupo de cuatro o cinco hombres que le pediría prestados al Emir de Lérica, Avifelel.

## **Capítulo 12. El Monasterio de Santa Fe.**

### **Lunes, 5 de noviembre de 1.123**

El monasterio de Santa Fe, estaba construido, sobre un montículo en lo más alto de la ciudad, dentro del entorno de Barbastro. De forma rectangular, estaba formada por dos naves, separadas por un muro de piedra, que se comunicaban mediante dos puertas. En una de las naves se ubicaba la iglesia del monasterio, y en la otra, se encontraban el resto de estancias: cocina, refectorio, biblioteca y las celdas monacales. El rectángulo se completaba con dos tapias bastante altos, que configuraba un patio interior muy amplio. A esta segunda nave, se accedía desde este patio. En la parte sur, estaba la puerta que daba acceso al monasterio, directamente al patio, a modo de distribuidor, mientras que en la fachada este, se encontraba la puerta de acceso a la iglesia del monasterio. En el patio interior, había dos construcciones, una de ellas en muy mal estado, abandonada de todo uso, pendientes de tiempos mejores para emprender su restauración. La otra albergaba las cuadras y otras estancias necesarias para la actividad del monasterio. La parte norte, lindaba con un precipicio de cincuenta metros, en cuyo fondo transcurría el río Vero.

El grupo de jinetes venía al trote por el embarrado sendero que conducía al Monasterio de Santa Fe, levantando grandes pellas de barro a su paso. El grupo estaba formado por veinte soldados dirigidos por un

joven Alférez que portaba en su capa los signos reales, acompañado por un monje que cabalgaba a su lado. Eran tropas del Rey. Poco a poco la distancia al monasterio se fue acortando, y prontamente entraron por el gran portalón detrás de una carreta tirada por dos caballos percherones, repleta de patatas, vegetales, verduras y grandes sacos de maíz y trigo. Tras la carreta, correteaban tres gruesos cerdos, seguramente para su venta a los monjes. Una vez en el interior del patio del monasterio, descendieron de sus caballos, encaminándose hacia los abrevaderos de las caballerías. El Alférez y el monje se dirigieron hacia a la entrada del edificio del que ya salía un fraile a su encuentro.

— Buenos días, Alférez. Buenos días hermano en Cristo. ¿En qué puedo servirlos?

— Buenos días, frey. ¿Nos podríais llevar ante el señor Abad? —respondió el Alférez.

— Lo siento. El Abad no se encuentra en la casa. Soy fray Joaquín, el ecónomo del monasterio y debido a que nuestro prior, ha tenido que ausentarse urgentemente, tengo ordenado por él, que en su ausencia, asuma sus funciones. Así es que si no tenéis inconveniente, podéis decidme en que podemos ayudaros.

— Antes de eso, fray Joaquín, ¿sería posible que mis hombres pudieran tomar algo de comer y beber? Necesitan reponer fuerzas, pues llevamos varios días comiendo cuando podemos y lo que podemos. Os presento a fray Gastón de Lusiñac quien os pondrá al corriente de nuestra visita. Si me lo permitís, mientras os informa, voy a hacerme cargo de mis hombres.

— Id en paz —y dirigiéndose a fray Gastón— Si os place acompañadme hacia la cocina donde ordenaré a fray Julián, el cocinero, que prepare algo de comida para vos y vuestra gente. También nosotros estamos un poco revueltos a raíz de la extraña enfermedad del hermano Santiago, postrado en la cama, sin poder hablar ni producir movimiento alguno, como si la vida, le hubiera sido suspendida hasta nueva orden.

— ¿Ah? ¿Y que fue, algo de repente? ¿Acaso estaba enfermo?

— ¿Enfermo, decís? El hermano Santiago tiene, o mejor dicho tenía, la salud más grande de todo el convento. El padre prior, lo encontró tendido en el suelo de la biblioteca, tal y como está en este momento. Lleva así desde el domingo, que fue el día que ocurrió, y hasta el momento, no se ha producido ningún cambio en su estado.

— ¿Y cómo se las apañan para alimentarlo?

— Pues a base de líquidos. Sopas y comida triturada. Afortunadamente, aparte de respirar, puede tragar, lo que nos permitirá mantenerlo con vida, mientras Dios quiera.

— ¿Y lo ha visto algún médico?

— El padre prior, partió ayer noche hacia Santa María de Alaón en busca de un hermano que es docto en la materia.

— ¿Y en Barbastro no hay médico?—preguntó fray Gastón.

— Sí. Ya hemos mandado esta mañana a buscarlo, y cuando lo ha visto, nos ha dicho que nada se podía hacer, salvo rezar. Espero que fray Ricardo pueda ayudar a nuestro hermano Santiago, cuando venga.

— ¿Fray Ricardo? —preguntó Fray Gastón

— Sí. Fray Ricardo es un afamado médico en toda la comarca. ¿Porque lo preguntáis?

— Pues por varias razones. ¿Acaso no conocéis los graves sucesos acaecidos en Santa María de Alaón?

— No. ¿Ha ocurrido alguna desgracia? —dijo fray Joaquín.

— Sí. Y terrible. Unos desalmados han asesinado a fray Gaspar, fray Enrique y fray Ricardo. De hecho, nuestra presencia aquí, es debida por este y otros motivos.

— ¡Dios nos valga!—dijo con voz trémula fray Joaquín.— y nuestro prior camino de Alaón.

— El caso es que nosotros venimos de allí, y no nos hemos cruzado con nadie por el camino.

— Acaso, ¿pensáis que le ha podido suceder algo a nuestro prior?—dijo asustado fray Joaquín

— No forzosamente. Pudo haber elegido otro camino. Por lo que me contó el Alférez Albar Galindo, hay varias rutas entre Alaón y Barbastro.

— ¡Dios lo quiera! ¡Voy a comunicárselo al resto de hermanos! ¡Vaya por Dios! Las desgracias nunca vienen solas. A propósito, todavía no me habéis dicho en que puedo ayudaros.

— Ciertamente. La cuestión es que andamos detrás de esos hombres que además de asesinar a nuestros hermanos, robaron una cruz de oro, donada expresamente al monasterio por el propio Rey, el mismo día en el que hizo la donación. Este, al conocer los hechos, ha ordenado la captura y posterior ajusticiamiento público y ejemplar de los malhechores.

El monje, al escuchar el relato de fray Gastón se santiguó varias veces.

— ¡Dios mío! ¡Han asesinado a fray Ricardo y a dos hermanos más y robado una cruz de oro, ofrenda del rey! Grandes desastres se avecinan como castigo por tan monstruoso hecho.

Se detuvieron al llegar junto a la puerta de la cocina. Dentro se oía cantar a fray Julián una cancioncilla que aprendió de chico en su pueblo natal. El hermano Joaquín abrió la puerta y cedió el paso al visitante, quien haciendo una inclinación con la cabeza, declinó el ofrecimiento, cediendo el paso al monje.

— Hermano Julián ¡no sabéis que gran desgracia me acaba de comunicar fray Gastón, hermano nuestro en Cristo de paso por Santa María de Alaón!

El cocinero, dejó de cantar, cogido por sorpresa por la entrada de los dos monjes en su cocina. Esta, marcaba los límites de su mundo, y no permitía, que nadie dispusiera de ningún utensilio, ni viandas, ni utilizara la cocina, que no fuera él mismo. Hacía ya veinte años, que había ingresado en el monasterio y desde entonces, su misión fue la de alimentar a la comunidad, con los medios existentes en cada momento. Tenía mano exquisita para los guisos de ave, y los asados que preparaba, tenían fama en todos los monasterios y prioratos de la zona. Imaginativo en los tiempos de escasez, confeccionaba guisos que distraían y disimulaban la falta de materia prima. Cuando oyó la queja del ecónomo, se limpió rápidamente las manos en el delantal, y se santiguó repetidas veces, juntando las manos en posición de rezo y esperando expectante que le concretaran la noticia.

— ¿Que...? — comenzó diciendo

— Santa María de Alaón ha sido escenario de un crimen execrable: han robado un tesoro, regalo del rey, y por si fuera poco, además, han asesinado a tres hermanos, entre ellos al hermano Ricardo.

— ¿Al hermano Ricardo? — el cocinero se santiguó varias veces —¿Que será ahora del hermano Santiago, si no podemos contar con la ayuda de nuestro hermano Ricardo? ¡Que Dios se apiade de su alma!

— Es una noticia terrible. Ahora hermano Julián, será necesario que prepares algo de comer, para una veintena de hombres y su Alférez y para nuestro hermano Gastón, pues vienen en persecución de los asesinos varios días ha, y vienen un poco descuidados en su alimentación. Encárgate de poner remedio a esta situación con lo que, nuestra despensa y tus conocimientos te permitan. Mientras tanto, estaremos en la biblioteca para que fray Gastón me siga dando detalles sobre este trágico suceso. Luego informaré a la comunidad.

— No os preocupéis. Dadme un poco de tiempo para que pueda preparar algo para nuestros huéspedes. Mientras, podéis hacer que pasen al comedor grande, donde serviremos jarras de cerveza, mientras preparo la comida. Por cierto, ¿qué sabéis de nuestro padre prior? Se dirigía precisamente a Santa María de Alaón.

— Ya os contaré luego, hermano Julián. Ahora preparad las viandas lo antes que podáis.

Cogió del brazo a fray Gastón y lo saco de la cocina, mientras el cocinero mascullaba unas letanías y unas avemarías, a la vez que manejaba los aperos de la cocina. Los dos se dirigieron hacia la biblioteca, no sin antes

comunicar al Alférez que ordenara a sus hombres que pasarán al comedor, cuando lo considerara oportuno. Entraron en la sala atestada de multitud de libros y pergaminos, todos de gran valor, donde se relataban hechos de armas, concesiones reales, donaciones y concesiones de fueros a diversas poblaciones. En aquella sala, al igual que en otros muchos monasterios, residían multitud de documentos que narraban y daban fe de los actos y hechos que conforman la historia de un pueblo o de un reino.

— Entrad. Aquí estaremos tranquilos sin que nadie nos moleste. Contadme cuanto sepáis de tan luctuoso suceso.

— ¿Fue aquí donde encontraron a fray Santiago?— preguntó fray Gastón.

— Sí, aquí mismo fue. Lo encontró el Abad Gilberto.

— ¿El hermano Santiago se dedica a copiar códices? —preguntó fray Gastón, posando su vista en el atril que utilizan los monjes que se dedican a la copia de códices y libros.

— Sí, tenía una excelente habilidad para la escritura, además de ser el encargado de la biblioteca. Su memoria era infinita y permanente. Lo recordaba todo. Podíais preguntarle por cualquier tema, que rápidamente os indicaba que libro o libros trataban sobre eso y el lugar donde podíais encontrarlos en las estanterías. Era algo sorprendente. Esperemos que pueda recuperarse con bien, de su actual estado.

Guardó silencio, al observar que su acompañante recorría con su mirada las pobladas estanterías, mirando lo que en ellas se guardaba. De pronto, su pie tropezó con

algo metálico que había en el suelo. Instintivamente se agachó a recoger el objeto. Cuando lo tenía ya en su mano, se percató de una mancha oscura en el suelo que destacaba levemente del resto. Se incorporó y observó el objeto depositado en la palma de su mano. Era una fíbula de oro. Extendió el brazo y se la ofreció a fray Joaquín.

— Tomad. Esto se le debió caer al hermano Santiago cuando sufrió su accidente y se desplomó sobre el suelo, o de algún otro miembro de la comunidad.

El hermano Joaquín recogió el objeto que le ofrecía fray Gastón mirándolo con curiosidad.

— No lo había visto nunca. Como sabéis, aquí tenemos reglas muy austeras en lo referente a posesiones personales y no solemos poseer objetos de oro. Investigaré entre los frailes por si perteneciera a alguno de ellos. ¿Qué más podéis contarme de tan lamentable suceso?

— Poco más. Se sabe que eran tres hombres y uno de ellos, el que al parecer ejercía el mando, se presentó en el monasterio tres días antes, dando muestras de tener conocimientos de leyes, con excusa de investigar algún asunto en la biblioteca del monasterio que como poco, es tres veces más grande que esta, y esta no es pequeña precisamente. Durante esos días, se le vio estudiar y desempolvar muchos pergaminos y pasear por todo el monasterio. Seguramente, en ese tiempo, debió de estudiar la situación y el valor de las cosas y preparar su plan criminal. A los tres días de su estancia en el monasterio, justo el día anterior al que el rey hacía donación de su presente, se presentaron dos peregrinos solicitando albergue. Dijeron que eran peregrinos en camino hacia Santiago de Compostela. Una vez realizada

la ofrenda y depositada la cruz en el Camarín, y pasados únicamente unos momentos, se produjo el robo y cuando se disponían a abandonar el monasterio, fueron descubiertos, posiblemente por casualidad, por fray Gaspar, ya que encontramos su cuerpo sin vida cerca del Camarín de la Virgen. Seguramente debió de pedir auxilio, al que acudieron fray Ricardo y fray Enrique y a los que los ladrones también asesinaron. Horas después se descubrieron los cuerpos que habían sido escondidos en el despacho del Abad. Se pensó en un principio que el objetivo de los ladrones estaría en los valiosos objetos y reliquias allí guardadas. Pero luego se descubrió que lo único que se habían llevado era una cruz de oro, donada por el rey. Por un momento pensamos que tal vez no les habría dado tiempo de llevarse nada más. Sin embargo, conforme pasaron los minutos, y tras un análisis más sereno, llegamos a la conclusión de que únicamente habían ido a por la Cruz que había donado el rey, despreciando, sorprendentemente, el resto de tesoros. El Abad de Santa María de Alaón, don Pedro de Monfort le solicito al rey mi presencia en la investigación, el cual tuvo a bien conceder. El Rey, que fue informado rápidamente, ordenó la inmediata captura y traslado a su presencia de los asesinos. No se tardó mucho en obtener alguna pista de hacía donde se dirigían, porque en su precipitada huida, se vieron obligados a proveerse de cabalgaduras y ante la negativa de sus propietarios a entregárselas por las buenas, mataron a dos de ellos e hirieron a un tercero, el cual nos ha puesto al corriente sobre algunos aspectos de los asesinos. Todo parece indicar que se dirigen hacía aquí, de paso hacia Lérida o Fraga. Por ello, sería necesario preguntar a los

hermanos, por si alguno de ellos hubiera visto u oído algo.

— Por supuesto, que así lo haremos. Vayamos ahora, a ver si ya está preparada la comida. Porque supongo que debéis de tener hambre ¿no?

— Pues francamente hermano Joaquín, si. Son varios días en los que no hemos podido comer decentemente. Tal vez sea esta la última vez que podamos hacerlo en los próximos días, hasta que detengamos a esos asesinos.

Salieron de la biblioteca y se encaminaron hacia el comedor. Cuando estaban a mitad del largo corredor, fray Gastón se dirigió, de improviso, a su acompañante.

— ¿Podría ver al hermano Santiago?

Lo repentino de la pregunta, produjo en fray Joaquín una sensación extraña. El deseo del investigador por ver al enfermo parecía obedecer mas a un impulso repentino que a una demostración amable para dejar patente a los frailes su interés por la recuperación del hermano, cosa que daba por sentada, como correspondería a un buen cristiano.

— Sí. No hay ningún inconveniente. Es un poco deprimente verlo en ese estado, sobre todo a los que lo hemos conocido como era antes.

—No os preocupéis. Me hago cargo.

Dieron la vuelta y se dirigieron a las celdas monacales. Todas las puertas de las celdas estaban abiertas a excepción de una de ellas, de lo cual dedujo fray Gastón, que el enfermo se encontraba tras aquella puerta. Cuando llegaron a su altura, el hermano Joaquín abrió directamente la puerta sin llamar. Dentro de la habitación se encontraba el hermano Santiago tendido

sobre la cama con un paño sobre el rostro a fin de proteger sus ojos de la luz. Cuando le retiraron el paño, el enfermo mantenía la mirada perdida, puesta en el techo. Sus ojos estaban abiertos y la rigidez de su cuerpo era total. Su rostro representaba un gran sufrimiento, pero no emitía gemido alguno y su respiración era tranquila y sosegada. A su lado se encontraba el hermano Juan, el tornero del monasterio. Su labor, al lado del enfermo, consistía en mojarle con agua de vez en cuando los ojos y labios, darle la comida y atenderle en sus necesidades más perentorias. Fray Gastón se acercó a la cama, inclinándose sobre el enfermo, de forma que podía verlo de frente, acercando mucho su cara a la del monje y observando atentamente su rostro. Parecía como si quisiera encontrar algo en aquel rostro, alguna reacción, algún atisbo de consciencia.

— ¿Os preocupa algo? ¿Por qué lo examináis con tanto detenimiento?

— No, nada en especial. Solo que, observo que no tiene ninguna herida por la que haya sangrado.

— Cuando lo encontramos no tenía ninguna herida por la que sangrara. De hecho no hemos observado ninguna herida en su cuerpo. ¿Por qué lo preguntáis?

— Por nada. Me había imaginado que podría tener alguna herida.

El investigador se fijó en los ojos del yaciente. Movi6 su mano de un lado a otro sobre su rostro para comprobar si el enfermo seguía el movimiento con los ojos. Durante un momento tuvo la sensaci6n de que se movían imperceptiblemente. Pero luego, lleg6 a la conclusi6n de que debía haber sido imaginaci6n suya. Se incorpor6 y se dirigi6 hacia la puerta seguido del

hermano ecónomo. Cuando se dirigían al comedor, un gran ruido de voces procedente de la cocina llamo la atención de los dos. Fray Joaquín se dirigió rápidamente hacia la cocina. Volvió a los pocos instantes, con una sonrisa en la cara.

— Nada sin importancia. Se ve que fray Julián ha echado en falta algunas provisiones y se ha anticipado a culpar de la sisa a los soldados. Por favor, ni siquiera lo comentéis con el Alférez. Simplemente lo habrá gastado en alguno de los guisos que prepara de San Juan a San Pedro y no lo recuerda en este momento.

Aclarado el incidente ambos se dirigieron al refectorio, donde ya los hombres estaban dando buena cuenta de la comida puesta sobre las mesas, a su disposición.

Después de comer, fray Gastón se reunió nuevamente con fray Joaquín en la biblioteca. Este, le comunicó que los monjes no habían visto ni oído nada en los días precedentes. De hecho, las primeras noticias que habían tenido, eran las que él mismo les había comunicado. Las visitas de siempre, la misma rutina y nada diferente con respecto al día anterior. Ningún rumor ni comentario había sido escuchado en las pocas personas que habían pasado por el monasterio, trayendo mercancías para su venta. Fray Gastón escuchó atentamente. Tenía la sensación de que, algo de lo que había visto no encajaba bien. Aprisionaba en su mente varios cabos sin relación aparente, que no acertaba a explicar, y eso le producía un grado de excitación que no era habitual en él.

Por un lado el Abad del monasterio se había dirigido a Santa María de Alaón en busca de un fraile

médico, fray Ricardo. Y le constaba que había sido informado por las tropas del Rey de los sucesos acaecidos en Alaón, tal y como le había dicho fray Joaquín, quien vio hablar al Abad con los soldados, aquella mañana del domingo. Tal vez no le informaran de los nombres de los monjes asesinados, entre los que se encontraba el médico, pero ponerse en camino, le parecía un poco innecesario. Desde Santa Fe a Alaón se tardaban día o día y medio en llegar, dos a los sumo. Tres o cuatro, entre la ida y la vuelta. ¿No era más lógico, haber acudido al médico de Barbastro? Máxime, si la atención médica urgía hacerla en el menor tiempo posible, como era el caso. Por otro lado el camino que previsiblemente habría tomado, sería el mismo que ellos habían tomado para venir desde Santa María de Alaón, y no se habían encontrado a ningún monje por el camino. No parecía probable que un fraile hubiera elegido otra ruta más corta pero más peligrosa. La posibilidad de haber sufrido un accidente o bien, haber sido asaltado por bandidos que pululaban por doquier no era mínima. Pero no tenía sensación de que eso hubiera podido ocurrir. Últimamente no se tenían noticias de que por esa zona maniobraran bandidos. Y menos, tras los numerosos grupos armados que andaban por los caminos buscando a los tres asesinos.

Otro detalle que le traía preocupado era la mancha que había en el suelo de la biblioteca. Parecía una mancha de sangre. Y el fraile que encontraron allí, desplomado no tenía ninguna herida ni había sangrado. ¿A que obedecía pues la dichosa mancha? El resto del suelo estaba completamente limpio. Fue a mirar de nuevo la mancha, pero ante su sorpresa, esta había

desaparecido.

— Fray Joaquín. Esta mañana cuando estuvimos aquí y encontré la fibula de oro, me fijé en una mancha oscura que había en este lugar. Pero ahora observo que no está. ¿Sabéis si han fregado esta estancia hoy?

— No sé. Pero puedo preguntarlo. ¿Es importante?

— Sí. Tengo la sensación de que sí es importante.

— Disculpad un momento. Voy a enterarme.

— Si ha sido así, quisiera hablar con el hermano que ha fregado.

Fray Joaquín abandonó la estancia dejándolo solo. Fray Gastón comenzó a pasear dándole vueltas a la cabeza. Su instinto le decía que en aquella biblioteca se habían sucedido algunos acontecimientos que podían esclarecer gran parte del misterio. Empezó a tener la sensación de que era fundamental esclarecer la desaparición del Abad. ¿Y si se había topado con los asesinos durante su viaje a Santa María de Alaón? Debían aclarar lo ocurrido con el Abad, antes de seguir camino hacia Huesca. Le pediría al Alférez que mandara un hombre a Santa María de Alaón para que se informara de su llegada. A todo galope, podría estar de vuelta en dos o tres días. Al rato, apareció fray Joaquín acompañado por un fraile.

— Teníais razón hermano. El hermano Lucas fregó el suelo de la biblioteca esta mañana, después de que estuviéramos hablando. Aquí lo tenéis para que le preguntéis lo que consideréis oportuno.

— Vamos a ver fray Lucas. ¿Por casualidad observasteis una gran mancha oscura en este lugar cuando fregabais?

— Sí, perfectamente. Era sangre.

— ¿Sangre? — exclamó fray Joaquín

— Sí. Cuando vi la mancha y le pasé la bayeta, rápidamente la manchó de rojo. No podía ser pintura ni tinta, pues luego no se van cuando lavas la bayeta con jabón. Y esta vez, las manchas desaparecieron completamente. Me extrañó, pero pensé que tal vez alguien se habría cortado y había tratado de limpiarlo con algún trapo.

— ¿Cada cuánto tiempo se friega la biblioteca? — preguntó el monje investigador.

— Cada quince días, aunque en esta ocasión lo hice hace solo cinco días, a petición de fray Santiago porque con las recientes lluvias las zapatillas de los frailes se llenan de barro y lo ensucian todo por donde pasan.

— Bien, fray Lucas. ¿Y habéis observado algo más, algo que os llamara la atención, algo inusual?

— No que yo recuerde. Ya le preguntaré a fray Antón si vio o encontró algo cuando escobó el suelo.

— ¿Ah, fuisteis pues, dos monjes los que limpiasteis la biblioteca? Preguntadle sin falta y comunicadme lo que os diga. Eso ha sido todo.

— Podéis seguir con vuestra tarea. Muchas gracias, hermanos. —le confirmó fray Joaquín.

— ¿Y bien? ¿Habéis podido aclarar algo? — preguntó a fray Gastón.

— Pues no lo sé. Pero algo si he averiguado. De cinco días a hoy, alguien ha derramado sangre en este lugar. Y ayer encontrasteis a fray Santiago en este lugar, tirado en el suelo y sin que aparentemente hubiera sangrado por herida alguna. Si la sangre no es de fray Santiago, ¿de quién es entonces? Perdonad fray Joaquín,

pero voy a solicitar de vuestro monasterio un nuevo servicio.

— Vos diréis —dijo fray Joaquín

— ¿Podríamos pernoctar un par de días en el monasterio?

— Si lo consideráis oportuno, daré instrucciones para que se habiliten algunas estancias donde alojar a los soldados y a vuestra paternidad. Y vos, hermano, podréis utilizar, si no tenéis inconveniente la celda de nuestro Abad.

— Quisiera producir el menor número de molestias a la comunidad.

— No os justificuéis. Se hará como os he dicho. Pero decidme, ¿vuestra decisión obedece tal vez a alguna sospecha fundada?

— Deseo en primer lugar aclarar lo sucedido con vuestro Abad. Es lo menos que puedo hacer por vuestra amabilidad. Le pediré al Alférez que envíe unos soldados a Santa María de Alaón a comprobar si vuestro Abad ha llegado a su destino. No sé porqué, pero me parece que es primordial aclarar esto lo primero.

Abandonaron la biblioteca y fray Gastón marchó hacia el patio del monasterio en busca del Alférez donde aguardaba con sus hombres, dispuestos a continuar la marcha. Cuando le comunicó su deseo, este estuvo de acuerdo. Lo que le comunicaba fray Gastón, le parecía lo suficientemente importante, como para dedicarle el tiempo necesario para su esclarecimiento. Luego Albar Galindo informó a fray Gastón, que acababa de recibir a un mensajero procedente de Aren, en el que se le comunicaba que un posadero de esta población había informado de que en su cuadra tenía tres caballos que

trajeron unos peregrinos, con la promesa de ir a recogerlos al día siguiente, cosa que no habían hecho. Según parece, los tres caballos, los llevaron dos hombres y no tres. Lo que parece coincidir con todo lo que conocemos. Los hombres llevaban un caballo de más, porque el otro de los cómplices ya estaba en el monasterio.

— ¿Y han revisado sus alforjas?—dijo fray Gastón

— Sí. Y encontraron cuerdas y un sayal de peregrino.

— Tengo la corazonada de que es aquí, donde vamos a encontrar la solución a nuestra búsqueda. —dijo fray Gastón

— Exactamente lo mismo pienso yo —dijo Albar Galindo.

Cuando comunicó a la tropa la permanencia en el convento durante unos días, pudieron oírse voces de satisfacción. Les vendría muy bien el descanso en mullidos colchones de paja, aunque estuvieran sobre el duro suelo. También designó a los tres hombres que debían partir hacia Santa María de Alaón, haciéndolo de inmediato. Luego entre todos, ayudaron a los monjes a preparar unos catres en una enorme sala, junto a la biblioteca, y que estaba dedicada a albergar peregrinos y huéspedes procedentes de otros monasterios o comunidades, o como en este caso, tropa al servicio del rey.

Alfonso, Guillen y García, seguían escondidos en la edificación abandonada, cuyas vigas parecían estar en un estado deplorable, amenazando con desplomarse en cualquier momento. Alfonso pudo ver como llegaban las tropas del Rey, comandados por un Alférez y un monje al

que conoció enseguida, tras su estancia en Santa María de Alaón. Era el fraile francés.

El patio interior del monasterio fue ocupado por una veintena de soldados, llenándose de actividad y de ruidos. Aparentemente, estaban seguros en su escondrijo, y nadie hizo mención de entrar en aquel cochambroso edificio.

Alfonso se sentó, apoyando su espalda contra la pared de adobe y comenzó a pensar en la situación. Debía ponerse en contacto con Simón de la Cuesta, para comunicarle su situación. También quería poner a salvo la cruz en algún lugar, para no tener que llevarla encima. Estaba determinado a salir de allí en cuanto le fuera posible. Sus hombres permanecerían allí escondidos. Tampoco podrían estar en aquel lugar mucho tiempo, pues aunque de momento la ausencia del Abad estaba justificada, en cuanto pasaran tres o cuatro días, la situación cambiaría rápidamente. García había saqueado con tiento la despensa de los monjes, lo que les había proporcionado provisiones para varios días.

Alfonso, a través de las rendijas de las maderas que tapaban las ventanas, vio algo que no le gustó mucho. Por alguna razón que no llegaba a comprender, los hombres del rey, se estaban preparando para pasar la noche en el monasterio. Desconocía las razones que podía haber detrás de aquella decisión. En un principio, pensó que la partida, reanudaría la marcha después de comer, pero no iba a ser así. Luego habló con Guillén y García sobre sus planes. De momento —les dijo— estamos bien aquí. Es en el único lugar donde no nos buscarían. En su seguridad está la nuestra. Tenía decidido abandonar su escondrijo en el monasterio,

cuando hubieran transcurrido cuatro horas desde que todo el mundo se hubiera acostado. En el silencio absoluto de la noche, se podían oír perfectamente los ronquidos y las ventosidades procedentes del lugar donde estaban alojados los soldados. Albar Galindo, había dispuesto que dos hombres hicieran guardia en el patio del monasterio. Como el frío era intenso, se acurrucaron en un rincón y encendieron una hoguera para calentar sus ateridos miembros. Los que hacían la guardia se envolvían en sus gruesas capas y se sentaban junto al fuego, con las espaldas apoyadas en el murete. De vez en cuando, alguno se levantaba, y tras mirar a izquierda y derecha orinaba, junto al edificio donde se encontraban. Luego se reincorporaba a su sitio junto al fuego. Era evidente que no esperaban que algo sucediese.

Esperó a la segunda guardia, y dejó pasar una hora, pues ese era el momento que había calculado en el que los centinelas estarían más adormilados. Con sumo cuidado, fue abriendo la puerta y completamente en silencio se deslizó pegado a la pared, para ponerse fuera de la línea de visión de los soldados que dormían junto a la hoguera. Luego se dirigió al tapial que tenía enfrente, donde se encontraba la salida de servicio, utilizada por los monjes para salir a la huerta que tenían al otro lado del tapial. Se abrió con facilidad. García, que le había seguido, la cerró una vez que Alfonso puso los pies fuera. Luego, con igual sigilo se introdujo de nuevo en la casa, cerrando la puerta. En el exterior, todo seguía igual.

Una vez fuera, se dirigió camino abajo, hacia el centro de Barbastro. No eran horas de ir a ninguna parte. Tenía pensado alojarse en *La Luna*, pero tomando alguna precaución, pues con su actual cara, sin la

protección de la barba, alguien podría confundirlo con el Abad, quien suponía, muy conocido en Barbastro. Con un pañuelo, se hizo un tapadillo que le cubría la cabeza y el ojo izquierdo. Con eso y la nocturnidad, esperaba que fuera lo suficiente para que nadie lo reconociera, aunque fuera equivocadamente. Pasó cerca del *Gallo Rojo* desde donde podían oírse ruidosas conversaciones, gritos y risas seguidas por maldiciones y juramentos. Sin pensarlo, se adentró en la taberna. No había mesas libres, por lo que se dirigió hacia el mostrador, donde le sirvieron una jarra de vino y un trozo de carne que había sobrado y que tuvieron que calentarle. No le importó, pues tenía hambre, sed y frío, y con aquello le desaparecieron las tres cosas. Una vez reconfortado, pensó que lo mejor sería ir hacia *La Luna* y pasar allí la noche. Pero de camino pasaría por donde vivía Simón de la Cuesta, por si estuviera despierto. Y lo estaba. Vio luz en la trastienda. Dudó si llamar o no, durante un segundo o dos. Luego llamó quedamente. Como por arte de ensalmo, la luz que brillaba en el interior se apagó. Alfonso, aguardo con la respiración contenida a que la puerta se abriera de forma inminente. Pero tras varios minutos de espera, llegó a la conclusión de que aquella puerta no se abriría. «*Será mejor mañana*»—se dijo. Luego se dirigió a *La Luna* con paso decidido, sin percatarse de la figura rechoncha que, desde detrás de una columna le seguía los pasos. Entonces se dirigió a la posada. Cuando entró, el posadero estaba cenando un cuenco con sopa y abundante pan. Lo miró de reojo, mientras el visitante le solicitaba una habitación a la vez que ponía sobre el mostrador una moneda de oro, cuyo brillo tuvo la virtud de trocar la desconfianza, por el

mayor de los afectos. Alfonso estaba muy pendiente del rostro del posadero, escrutándolo por si algún gesto delatara que lo reconocía. Pero nada de eso ocurrió. Una vez en su habitación, se tendió en la cama. Su cabeza era un hervidero de sensaciones. Mil ideas le iban y le venían, y ninguna le parecía buena. Pensó en sus hombres y en su situación. Después de todo, estaban a seguro. Ahora lo importante era no dejarse ver.

## Capítulo 13. La Investigación.

### Martes, 6 de noviembre de 1.123

La mañana se presentaba luminosa. Sobre las diez de la mañana, se dirigió a la guarnicionería de Simón de la Cuesta. Esta vez la puerta estaba abierta. Entró directamente. En ella, el judío estaba atendiendo a un cliente. Cuando vio a Alfonso, puso cara de sorpresa por el pañuelo de la cara. Luego, le hizo una imperceptible seña, indicándole que esperara. Mientras despachaba al cliente, Alfonso, se dedicó a curiosear por la tienda. Observó la perfección de los acabados de los productos que allí se exhibían. Miró a través de los cristales y vio en lo alto, al fondo de la calle, una cúpula que le llamó la atención. Ciertamente hacía muchos años que no visitaba Barbastro, pero no recordaba la existencia de aquella iglesia. Desde allí le pareció que la construcción era cilíndrica.

Una vez que el judío despacho a su cliente, se dirigió a él.

— ¿Qué desea *mesire*? ¿Qué os ha pasado en la cara? —preguntó.

— No es nada. Es simplemente que debo de ocultar mi cara ¿comprendéis? —dijo al mismo tiempo que se deprendía del pañuelo, dejándose ver ante el judío.

Este al ver su rostro, se quedó petrificado. Apenas podía articular palabra.

— ¡Pero *mesire*, sois la viva imagen del Abad Gilberto! —dijo admirado

— Entonces comprenderéis mi dificultad y el porqué del pañuelo.

Alfonso se volvió y apuntando con el dedo hacia la construcción que acababa de ver, preguntó:

— ¿Qué cúpula es esa, la que se ve desde aquí, al final de la calle?

— Es la capilla del Santo Sepulcro. La construyeron los Caballeros del Santo Sepulcro hace ya algunos años. Sus formas, imitan a la que existe en Jerusalén, conocida como la *Anástasis* o Basílica de la Resurrección. La capilla no está abierta al culto siempre. Tan solo una semana al año. Si queréis visitarla, estáis justo a tiempo, porque ahora es la ocasión. Ciertamente, mañana jueves se cierra, después del último servicio religioso, a las siete de la tarde. Siempre se abre el segundo jueves de noviembre, y se cierra al jueves siguiente. ¿Qué puedo hacer por vos, *mesire*?

— ¿Podemos....?—dijo Alfonso señalando la cortina que daba acceso a la trastienda.

— Claro—dijo Simón— permitidme tan solo un momento —dijo, mientras se dirigía a la puerta para echar el picaporte. Luego acompañó a Alfonso al interior.

— Mis hombres están escondidos en el monasterio de Santa Fe. De momento, ahí están seguros. Yo me alojo en *La Luna*. ¿Habéis avisado ya a Abdel Aziz?

— Sí. Al día siguiente de hablar con vos, le envié un emisario. Y la cruz, ¿aún la lleváis encima?

— Naturalmente. Ella irá donde yo vaya. Su destino es mi destino. Y viceversa.

— Os recuerdo que si queréis yo podría...—  
comenzó a decir Simón

— ¡Ni por lo más sagrado!—cortó Alfonso—Ya os lo dije. No me voy a separar ni el grosor de un cabello de esta cruz.

— Como queráis —replicó mohino el judío ¿Queréis que haga algo por vos?

— Sí, una cosa más. Se trata de los caballos...

— No paséis cuidado. Ya está resuelto. Cuando tengáis necesidad de otros, os entregaré los tres caballos prometidos.

— Perfecto. Por cierto, ¿tenéis nuevas de lo que se dice por el pueblo?

— Al parecer, han encontrado vuestros caballos en Aren, los que dejasteis en la posada del pueblo.

— Era inevitable que tarde o temprano eso ocurriera. Pero poco van a poder sacar.

— No estaría muy seguro *mesire*—dijo Simón

— Y eso ¿por qué? —dijo Alfonso.

— Por las marcas de los caballos. Al parecer, pertenecen a un tratante de Barbastro, muy conocido en la comarca.

— ¿Qué marcas? —preguntó alertado

— Las que llevaban los caballos. Es una costumbre de algunos tratantes de caballos, marcar sus animales, por si se los roban, poder reclamarlos.

— Desconocía esa costumbre —dijo Alfonso

— Sí. Las traen los tiempos. Como sabéis los caminos están recorridos por bandas de moriscos o bandidos, deseosos de hacerse con caballos para sus correrías. Cuando los capturan, los tratantes pueden recuperar los caballos que llevan su marca. Siempre que

hayan denunciado el robo ante notario. El cual cobras sus monedas, como podéis suponer.

Alfonso, sintió un escalofrío. Desconocía la existencia de esa práctica. Ahora podían traerlos a Barbastro y sería cuestión de tiempo dar con el tratante que los vendió a Guillen y García. Eso podría hacer que la investigación se centrará en la ciudad, lo que les impediría libertad de movimientos. De momento, había sido un acierto cobijarse en el monasterio. Ahora existía el peligro de que pudieran ser vistos en la ciudad por el tratante.

Otra cuestión que le atormentaba, era el desconocimiento sobre los datos y pistas que tendrían sus perseguidores. La misión no había salido tal y como la tenía pensada. Demasiados contratiempos, que habían producido muchos cabos sueltos, y que bien podrían aportar valiosa información a sus perseguidores. Tenía que pensar en cómo abandonar aquella ciudad y buscar refugio en algún otro lugar.

— Otra cosa. ¿No tendréis algún parche para el ojo, con el que sustituir este pañuelo?

— Por supuesto, *mesire*. Un momento. —Pasó a la tienda y al poco rato volvió con un parche de cuero negro con unas cintas para atar alrededor de la cabeza— aquí tenéis. Considerarlo como un obsequio por mi parte.

Alfonso se colocó el parche en el ojo. Quedaba más apropiado y discreto que el pañuelo, aunque también tapaba menos. Empleó para ello un bonete que le facilitó el judío, calado hasta las orejas. Luego salió y se dirigió directamente a la posada *La Luna*. Nadie pareció reconocer al recién llegado. El posadero, al verlo, le hizo una profunda reverencia, y siguió con sus cosas. «*Tal vez*

*aquí nadie conoce al Abad. Solo a los clientes que van y vienen»* –pensó mientras ascendía por las escaleras que llevaban a su habitación.

Fray Gastón, estaba alojado en la celda del Abad. La estancia era de una austeridad que casi producía dolor con solo verla. Un catre, con un jergón de madera y dos mantas de basto algodón, una para poner encima de las maderas del jergón a modo de colchón, y la otra para cubrirse. Un crucifijo de boj en la cabecera de la cama. Una mesa y una silla. En un rincón de la estancia, había un palanganero, con una jofaina y una jarra con agua, junto con una toalla de algodón, donde lavarse por las mañanas. La mesa era de madera de nogal, y consistía en una tabla, en cuyos bordes se había realizado una pequeña filigrana, rematando en cada esquina con una cruz. También tenía un pequeño cajón. Sobre ella, un porta—velas, un breviario, un tintero y varias plumas de ave.

En aquel instante, fray Gabriel entró en la celda, llevando en la mano un tubito de papel de lino.

— Perdonad, fray Gastón. He encontrado este papel en el corredor de la biblioteca. Se lo he enseñado a fray Julián y cuando lo ha visto, me ha pedido que os le entregue a vos.

Fray Gabriel entregó el tubito a fray Gastón. Este lo cogió, lo desenrolló y leyó:

<p>« Mañana después de las Completas. Haz la cruz varias veces con una vela delante de tu ventana. Destruye esto cuando lo leas. A.»</p>
--

Se guardó el papel en su bolsillo. ¿Qué significaba aquello? De pronto, un escalofrío recorrió su cuerpo. La última línea decía “*Destruye esto cuando lo leas*” lo cual evidentemente no había ocurrido. Ahora la cuestión era la siguiente: ¿Quién había recibido aquella nota? ¿Por qué no estaba destruida? ¿Se le había olvidado? ¿Pensaba hacerlo más tarde? Aquello estaba claro. Alguien citaba a un monje del monasterio para después del rezo de las Completas, es decir el último rezo, antes de ir a dormir. En la nota, se le indicaba la clave para indicar que todo estaba bien. Y firmaba “A.”, lo cual evidentemente significaba que el receptor, debía conocer al autor de la nota. Y la nota, seguía intacta. ¿Y si el monje esperaba poder destruirla después del encuentro? ¿Y si luego no pudo? ¿Estaría esto relacionado con la sangre de la biblioteca? Muchas preguntas y muchas incógnitas se planteaban de repente. Debía reflexionar profundamente con todo lo que tenía en su mano. Deseaba que llegaran noticias de Santa María de Alaón, confirmando o no la llegada del Abad fray Gilberto al monasterio. De ser cierta su presencia en Alaón, esperaba con ansiedad su llegada, para aclarar muchas cosas. Pero si se confirmaba que no había llegado, entonces la cosa se teñiría de tragedia.

Mientras, Albar Galindo, proseguía las pesquisas tratando de seguir la huella de los caballos encontrados en Aren. Hacía ya dos días que el correo procedente de Aren les había alcanzado en su persecución de los asesinos, portando la noticia del hallazgo de los caballos y trayendo un dibujo con las marcas que llevaban y que según el posadero, esas marcas pertenecían al conocido tratante Vicente Jaramillo, natural y vecino de Barbastro,

uno de los pocos tratantes de caballos que marcaba su ganado. Estaba ansioso por hablar con el vendedor de caballos.

Vivía en la calle del Olivar, y cuando doblaron la esquina para entrar en la calle, un fuerte olor a caballeriza, una mezcla de orín y otros aromas indeterminados, indicó bien a las claras que allí vivía el hombre que buscaban. Cuando llamaron a su puerta, él mismo salió a abrir. Su sorpresa fue mayúscula al ver, ante su puerta, a gente armada que, por las vestimentas, intuyó acertadamente que eran gente del rey. Brevemente, Albar Galindo, le mostró las marcas que traía dibujadas, las cuales reconoció de inmediato como suyas.

— Pero tendréis que mostrarme los caballos, para que pueda informaros debidamente —dijo.

— Si me los mostráis, os podría decir a quien se los vendí, pues conozco a todos mis caballos aunque haga mucho tiempo de la venta. Tal es el cariño con que trato a mis animales.

En consecuencia, Albar Galindo, envió un nuevo mensajero hacia Aren con doble misión: traer los caballos a Barbastro y acercarse a Castellor para que los familiares de los hombres asaltados le informasen de las posibles marcas o señales que pudieran tener los caballos robados.

Según parecía y tal y como se iban desarrollando los acontecimientos, todo iba convergiendo en Barbastro. Si los caballos de Aren, podían confirmar que se compraron en esta ciudad, bien podía pensarse en consecuencia, que los caballos que fueron robados en

Castellor por los fugitivos, bien podrían estar en Barbastro. Ordeno a sus hombres que recorrieran el entorno de la ciudad, por si pudieran encontrarse tres caballos pastando solos en algún prado, preguntando a los naturales, si conocían de algún lugar que pudiera prestarse a ello.

Después de la comida, se juntó con fray Gastón en la biblioteca, poniéndose ambos al día de los avances y conjeturas que habían realizado cada uno por su parte.

— Cada vez estoy más convencido de que todo tiene su principio y fin en esta ciudad –dijo fray Gastón – y además tengo la corazonada de que este monasterio, interviene de una manera u otra en toda esta trama. ¿Cómo? No lo sé. Pero lo noto, lo presiento.

— Algo así siento yo. Y creo que los tres asesinos están escondidos en Barbastro. –dijo Albar Galindo

— ¿Sí? Sería extraordinario –dijo fray Gastón.

— Bien. Veamos lo que estamos pendientes de conocer –dijo Albar y empezó a relacionar.

— Primero. Saber si el Abad de Santa Fe ha llegado a Santa María de Alaón o le ha ocurrido algo en el camino.

— Exacto –dijo fray Gastón–. No acabo de entender bien, la actuación del Abad. Me parece un poco temeraria. ¿No hubiera sido más lógico que hubiera mandado a un monje? ¿O llamar al cirujano de Barbastro?

— Segundo. ¿Qué monje fue el que recibió la nota? Ninguno reconoce haberla recibido. Y el único que no está es el Abad. Por eliminación, y si los monjes no mienten–continuó Albar Galindo, iniciando una tímida sonrisa, mirando a fray Gastón –en este momento,

tenemos que suponer que tuvo que ser él, quien la recibiera.

— Tercero. La sangre que encontramos en la biblioteca. Si fray Santiago, ni ningún otro monje tiene herida alguna, ¿cómo se explica la presencia de la sangre? Los monjes me han asegurado que nadie se ha cortado ni sufrido ninguna hemorragia que explique esa mancha. Me pregunto si esa sangre ¿no estará relacionada con la desaparición del Abad?

— ¿Y de qué modo? —dijo fray Gastón.

— No sé. O tal vez, tenga relación con la reunión que alguien mantuvo con el misterioso señor A. ¿Hubo una lucha? Si no procede de ningún hermano, solo queda pensar que el misterioso visitante, fue el herido y eso, se me hace difícil de entender. ¿Se os ocurre alguna otra teoría que encaje estas piezas? —hizo un momento de pausa y continuó

— Y suponiendo que estuviéramos en lo cierto, ¿No nos falta un cadáver o un herido? ¿Y tiene explicación el estado de fray Santiago? ¿No sería testigo de algo horrible, y de ahí su estado ausente, sufriendo una apoplejía?

— Cuarto. Tenemos esto —dijo fray Gastón mostrándole la fíbula de oro, finamente labrada.

— ¿Qué es eso? —pregunto Albar Galindo extendiendo la mano hacia fray Gastón, quien la puso en su mano.

— La fíbula de oro, que encontramos aquí en la biblioteca. Se la di a fray Joaquín, pensando que sería de algún fraile. Pero hace un rato me la devolvió de nuevo, diciendo que no pertenecía a ningún monje. Por tanto,

hemos de suponer que esta aguja, pertenecía al visitante, o al propio Abad Gilberto.

Albar Galindo examinó detenidamente la fíbula de oro. Era en efecto, un objeto finamente labrado, y que servía para sujetar la capa o alguna prenda.

— Desde luego, este tipo de objetos no suelen ser utilizados por monjes, campesinos ni gente del pueblo, sino por personas principales, lo que todavía añade un toque más de misterio a este asunto.— dijo devolviéndole el objeto a fray Gastón.

— Y quinto. Los caballos de Aren —continuó— Queda por determinar si esos caballos se vendieron en Barbastro. El tratante que los vendió asegura que podrá indicarnos el día en que se hizo la venta y podrá describirnos a los clientes. Ya he dado orden de que nos los traigan a la mayor brevedad posible. Si podemos confirmar que se vendieron aquí a nuestros asesinos, podemos pensar con cierta lógica, que posiblemente, los tres caballos que utilizaron en la huida, estén también en Barbastro. Cuando podamos confirmar ese hecho, no dejaremos corral ni cuadra sin mirar. Si están aquí, los encontraremos.

En aquel momento, fray Joaquín, hacía su aparición en la biblioteca. Venía invadido por una gran agitación.

— ¡Fray Gastón, fray Gastón! —dijo. Fray Gastón y Albar Galindo se pusieron en pie como movidos por un resorte.

— ¿Qué ocurre? —dijeron al unísono.

— ¡La mula! ¡La mula en la que se marchó el Abad Gilberto, ha regresado sola! Esto, dios mío, solo puede

indicar una cosa ¡algo le ha pasado a nuestro Abad! –dijo casi a punto de llorar.

– ¿La mula que se llevó el Abad Gilberto ha regresado sola? –Dijo fray Gastón– ¿Es eso posible? –dijo mirando al Alférez

– Sí. Los animales tienen un sentido de la orientación muy acusado. Si por alguna razón se ven de repente solos, emprenden el camino de regreso sin mayor problema.

– ¿Y eso como lo podemos valorar? –dijo fray Gastón.

– ¿Qué interpretación hay que darle? –continuó

– Lo que es evidente es que esto, salvo otra explicación inverosímil, nos adelanta un resultado: que el Abad Gilberto no ha llegado a Santa María de Alaón –dijo Albar Galindo.

– ¿Cuánto falta para que el correo que enviasteis a Alaón, esté de regreso? –pregunto fray Gastón

– Hasta el viernes no lo espero. –dijo Albar Galindo.

## **Capítulo 14. Sigue la Investigación. Miércoles, 7 de noviembre de 1.123**

Guillen y García, seguían con interés y preocupación los movimientos de los soldados del rey, alojados en las dependencias del monasterio. Hasta el momento, nadie había hecho intención de acercarse al lugar donde ellos estaban escondidos, lo que les proporcionaba una cierta tranquilidad. Les preocupaba no tener noticias de su jefe, Alfonso, pues lo esperaban la noche recién pasada, para informarles sobre lo que pasaba en el mundo exterior.

Por otro lado, les confundía el hecho de que los soldados no emprendiesen la marcha en su busca, y por el contrario permanecían acuartelados en el monasterio. Los víveres se habían agotado, y García aprovecharía la noche para darse una vuelta por la despensa para reponer existencias. Estaban de suerte porque, los soldados hacían las guardias dentro del recinto donde se encontraban los demás soldados, debido a la inclemencia de tiempo, muy frío, como correspondía a las fechas en las que estaban. García y Gastón dormían juntos abrigados con sus capotes y unas mantas que habían robado en el almacén donde los monjes guardaban los roperos. De esta forma, sorteaban bastante bien el frío reinante durante la noche. Durante el día, la falta de acción les desesperaba. No eran hombres acostumbrados a una inactividad tan larga y acusada como la que

estaban viviendo en aquellos momentos. Procuraban hacer ejercicios para desentumecer los músculos, pero se cansaban a los pocos momentos de iniciarlos. Tal vez su peor enemigo era el aburrimento.

Pero lo que les alteraba, era la falta de noticias. Eso les exasperaba, y los mantenía en un estado de tensión que terminaba por agotarles. Y para rematar la situación, el día anterior cuando casi anochece, de pronto sintieron un fuerte revoloteo entre los soldados: acaba de hacer entrada en el monasterio la mula que utilizó el Abad para salir de Santa Fe. Aquello presagiaba malas noticias. Y ellos allí escondidos. Tal vez era hora de empezar a pensar en escapar.

Por su parte, Alfonso decidió ir a investigar el entorno de la Capilla del Santo Sepulcro. Se dirigió hacia ella, subiendo la cuesta pausadamente. Una vez ante su portalón, lo empujó y pasó a su interior. Era una capilla curiosa, en forma de rotonda, que recordaba, tal y como le dijo Simón, a otra, existente en Jerusalén y que se conocía como la Basílica de la *Anástasis*, o Basílica de la Resurrección y que él había visto en persona, durante su estancia en Jerusalén, durante la primera cruzada a las órdenes de Raimundo de Tolosa. No era de grandes dimensiones, seguramente por las limitaciones económicas de sus constructores, la Hermandad del Santo Sepulcro.

El altar estaba en la parte delantera de la rotonda, frente por frente a la puerta de entrada. Los bancos se situaban a su alrededor en forma semicircular, dejando una separación en el centro, que formaba un pasillo que llegaba hasta la puerta de la capilla. Delante del altar, y

fijado en el muro, de espaldas al oficiante, había únicamente, una tabla de nogal, donde se había tallado una imagen de la Virgen con el niño en brazos, en posición de dar el pecho. A su alrededor, dando soporte a la cúpula, siete columnas, en las que se habían representado siete figuras, esculpidas en piedra, una por columna, que representaban los pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza, y encima de cada una de ellas, grabado en la piedra, el nombre latino de la virtud que se le oponía: *Humilitas*, *Magnanimitas*, *Castitas*, *Patientia*, *Temperatio*, *Charitas* y *Diligentia*.

Tenía cuatro ventanas, dos a cada lado, en forma de arco de herradura, tapiadas con planchas traslúcidas de alabastro, lo que proporcionaba la única luz que iluminaba el interior, además de las velas situadas en los hachones situados en cada columna. La forma circular, imprimía al lugar un ambiente de profundo recogimiento. La austeridad lo presidía todo. El olor a cera derretida impregnaba toda la estancia.

En aquel momento, no había nadie, y pudo dedicarse a sus anchas en la contemplación de la capilla. La talla de la virgen, tenía un metro de altura. De composición airosa, no presentaba mucha definición en el detalle, y podían observarse las muescas de la herramienta utilizada por el autor. Mejor, sin duda, estaban realizadas las imágenes de los pecados capitales, esculpidas en piedra, todos ellas mostrando la viva imagen del pecado al que representaban. El altar era una enorme losa de piedra, sobre la que se había grabado el pez que simbolizaba a los antiguos cristianos, en los

tiempos del Imperio romano, apoyada sobre dos muretes laterales de sillería.

Mientras examinaba el altar, sus pies notaron como una de las losas del suelo se movía según donde cargara el peso. Se agachó, y pisando de un lado para forzar que el otro lado sobresaliese del nivel del suelo, la levantó, dejando al descubierto un hueco completamente vacío. Sintió una ligera decepción, pues por un momento, pensó que allí encontraría algo. «*Un buen lugar para esconder algo*», se dijo a sí mismo. La volvió a colocar en su sitio, y siguió con su examen.

La enorme y gruesa puerta que daba acceso a la capilla, tenía tallado en uno de los paños de la puerta, un Cristo crucificado, y en el otro, la Virgen María contemplando a su hijo en la cruz. De uno de los clavos que fijaban una mano al madero, colgaban las llaves que abrían el portalón. Evidentemente, quien dejó allí las llaves, pensaba que estaban protegidas por la imagen del Cristo Crucificado. Se sentó en un banco para proseguir su inspección. Media hora después, Alfonso abandonaba la Capilla.

Se había hecho la hora de comer, y se dirigió directamente hacia el *Gallo Rojo*. Luego se encerraría en su habitación en *la Luna*, y se dedicaría a pensar.

El correo enviado por Albar Galindo, llegó a primera hora de la mañana a Santa María de Alaón. Le recibió el Abad Ramón, quien le confirmó que en efecto, el Abad Gilberto de Santa Fe no había llegado allí.

— Ahora descansa y come con tranquilidad. Aquí en Alaón, ya no quedan fuerzas del Rey. Así es que deberás llevar tu mismo esta noticia a Barbastro. A primera hora de la tarde podrás partir. Y de paso te

acompañará fray Francisco, pues quiere contribuir con sus conocimientos de farmacia a la recuperación de fray Santiago.

El soldado, asintió en silencio. Acompañado de fray Ramón, le llevo hasta la cocina donde dio las oportunas órdenes para que se le sirviera una escudilla, pan y vino y se le proporcionara una cama donde descansar durante unas horas.

El *Gallo Rojo*, estaba como siempre, lleno de gente. Alfonso, entró en el establecimiento, con su nueva imagen. Cuando entró, algunos clientes se le quedaron mirando. Su negro parche en la cara, era un semáforo que difícilmente podía obviarse. Sin embargo, la curiosidad duro apenas unos segundos. Enseguida cada cual fue a lo suyo: a templar la escudilla o a seguir dándole tientos a la jarra de vino, a la vez que conversaban con los comensales de la mesa. Miró a su alrededor, y al fondo vio una mesa libre. También se percató de que en la mesa contigua a la libre, estaba un grupo de cinco soldados. Se acercó con seguridad y paso firme. Los soldados se lo miraron durante un segundo, y siguieron con lo suyo.

Alfonso tomó asiento, dispuesto a no perder detalle de la conversación de los soldados. Tal vez pudiera enterarse de cómo iban las pesquisas de los soldados del rey. Sin embargo, solo hablaban de sus cosas: de sus casas, de sus mujeres, de las labores del campo, del tiempo y de mil cosas más que a Alfonso no le interesaban. Después de pedir un guiso de coles y una pierna de cordero, se dedicó a observar a los que se encontraban dentro de la taberna. No había nadie en especial, salvo el cliente que acaba de entrar. Grueso y

con el pelo muy corto, se sentó junto a la puerta, en una mesa que en ese momento quedaba libre. Le pareció por un momento que le era familiar la figura rechoncha del desconocido. Luego, se extrañó de que bebiera vino al que le añadía agua con la carne estofada. «*Hay gente rara*» pensó. Momentos después, tenía ante la mesa un humeante plato de coles y una enorme pata de ternasco junto con la jarra de vino. Comenzó a comer, sumiéndose en sus pensamientos.

En Santa Fe, fray Juan no se separaba de fray Santiago nada más que lo indispensable. El enfermo, seguía igual, aunque le había parecido apreciar que algo estaba a punto de cambiar, porque ya habían sido varias las veces que le había parecido observar movimientos en los dedos del enfermo. Los ojos ya hacía unos días que los había cerrado, por lo que se le pudo retirar el paño de la cara. Se le alimentaba con cuchara, y su cuerpo aceptaba de buen grado lo que se la daba, caldos fundamentalmente. Al principio lo hacían con temor, por miedo a que pudiera ahogarse, pero la naturaleza de fray Santiago era especial, porque tragaba perfectamente. Si por alguna razón, fray Juan debía abandonar la habitación, enseguida otro fraile ocupaba su sitio en la cabecera del enfermo.

Fray Germán estaba en aquel momento leyendo el *Salterio*, cuando de repente el enfermo lanzó un grito gutural, a la vez que movía un brazo poniéndolo sobre la pierna de fray Germán. Este, soltó el libro a la vez que daba un salto dando un grito. Se quedó mirando por un instante a fray Santiago que seguía como siempre, pero con el brazo extendido fuera de la cama. Fray Germán salió disparado de la celda, en busca de fray Juan,

llamándolo a gritos por el corredor. Le salió al paso fray Julián, el cocinero, quien cogiéndolo de los hombros, lo obligo a detenerse

— ¿Pero qué os pasa fray Germán? ¿Habéis visto al diablo?

— ¡Fray Santiago ha movido un brazo! ¡Y se me ha cogido de la pierna! ¡Avisad a fray Juan, por amor de Dios!

Con el tumulto, varios monjes se habían añadido al grupo, y prontamente fray Juan apareció corriendo.

— ¡Vamos, deprisa! – dijo fray Juan

Y el grupo de monjes se dirigió a toda velocidad hacia la habitación donde se yacía el enfermo. Este se encontraba en la misma posición que lo dejara fray Germán. Fray Juan se acercó al lecho y le cogió la mano, poniéndole el brazo paralelo al cuerpo, apoyado en la colcha. Le tomó el pulso, y notó que las pulsaciones le habían aumentado. Le abrió los párpados, y con una vela, observo que los ojos seguían el movimiento, aunque torpemente. Luego, acerco su oído a su boca. Noto como la respiración estaba un tanto alterada. Se incorporó y se volvió hacia el resto de monjes.

— Creo que está volviendo en sí. –dijo

Todos se miraron con cara de esperanza.

El milagro podría producirse de un momento a otro.

— ¿Y cuándo será eso? –pregunto un monje

— No lo sé. Pero puede ser en cualquier momento. Avisad a fray Gastón. He de informarle de esto.

Uno de los monjes salió en busca del monje francés, mientras que el resto fue saliendo también de la habitación, para seguir realizando sus tareas.

— Fray Germán, podéis seguir con vuestras tareas. Me quedaré con el hermano Santiago.

Fray Germán, recogió el *Salterio* que todavía permanecía en el suelo, y salió aliviado de la habitación, pero con la cara lívida del susto.

Poco después, apareció por la puerta de la celda, fray Gastón.

— ¿Es verdad lo que me han dicho? ¿Qué fray Santiago empieza a recuperarse? —dijo

— Sí. Empiezo a observar síntomas de recuperación. Es posible que muy pronto, fray Santiago nos pueda revelar lo que pasó en la biblioteca. Pero eso no sé cuándo ocurrirá. Puede que no tardando mucho o quién sabe.

— Sería como un milagro. Dios nos ayuda a esclarecer el caso. ¿Creéis que lo que le haya sucedido a fray Santiago, le impedirá recordar lo que vio o pasó?

— Eso no os lo puedo asegurar. Habrá que esperar a que recupere la consciencia. A veces ocurre que, la mente cubre con un tupido velo los recuerdos. Si como parece, esto que le ha pasado a fray Santiago, ocurrió, porque pudo ser testigo de algo horrible, algo, que superó lo que su sensibilidad podía soportar, podría ser que no quisiese recordar aquello que produjo el daño. Pero repito, hasta que no vuelva a la consciencia, no lo sabremos. Roguemos al señor para que lo proteja de todo daño.

— Sí. Es lo que debemos hacer. Confiar en Él. Avisadme tan pronto haya cambios en la salud de nuestro hermano.

Fray Gastón abandonó la celda y se dirigió a la biblioteca. Si se confirmaba la recuperación de fray Santiago, y la memoria le permitía recordar, la solución a lo ocurrido en Santa Fe, estaría a punto de producirse. Estaba seguro de que los acontecimientos de Alaón y Santa Fe estaban relacionados de alguna manera. Por otro lado, sentía en lo más íntimo, que tenía que haber algo que explicara lo sucedido con fray Gilberto, aunque intuía que algo grave e irremediable. Tal vez Dios, había decidido ayudar al esclarecimiento de todo lo sucedido.

## **Capítulo 15. Nuevas pistas.**

### **Jueves, 8 de noviembre de 1.123**

El posadero de Aren recibió al correo del rey, recibiendo de éste el documento, donde se le ordenaba entregar al portador, los caballos que tenía en depósito en su cuadra y que sus dueños no se habían personado a retirarlos. Se alegró por librarse de los caballos, poniendo fin a los gastos, pues los animales comían y nadie le iba a pagar por ello. Dio de comer al soldado, y este, tras un par de horas de descanso, inició su recorrido de vuelta. Utilizaría los cuatro caballos, turnándolos, de forma que el camino de vuelta podría hacerlo en menos tiempo del empleado en venir. Antes, tendría que pasarse por Castellor, para interesarse por las marcas de los caballos robados, si es que las tenían.

Fray Julián estaba en la despensa haciendo los preparativos para la comida, no solo de los hermanos, sino también de la veintena de soldados que estaban en el monasterio, y cuya alimentación corría a cargo del mismo. Por esa razón, estaba haciendo inventario, para ir al mercado a comprar las viandas necesarias.

Mientras iba rellenando la lista, comenzó a observar que faltaban existencias de algunos productos. Pero lo que ya no pudo soportar fue comprobar que le faltaban una ristra de chorizos, un trozo de cecina, y dos quesos pequeños. La contabilidad de estos productos, era muy rigurosa y la llevaba a rajatabla. Además de que era

muy fácil, constituía una pérdida económica grande. Mientras maldecía a los soldados, siguió confeccionando la lista.

Luego, cuando fue a hablar con fray Joaquín para que le diese el dinero para ir a la compra, le comentó de mal humor las mermas de la despensa y que achacaba totalmente a las tropas del rey.

— ¡Cómo, si no! Nunca nos había faltado ni una calabaza. No puede ser casualidad que falte ahora, cuando tenemos con nosotros a tanto soldado del rey.

— Fray Julián, estáis ofendiendo a Dios y a esos hombres. ¿No puede ser que estos días, con tanta gente a la mesa, las cantidades utilizadas sean mayores, y esté ahí la explicación a la falta? —dijo conciliador

— ¡No! ¡De ninguna manera! ¡Llevo la cuenta de esos perniles, chorizos y salazones, como si de oro se tratara! —dijo sin ceder en su postura.

— ¡Debéis informar al Alférez de estas faltas! — continuó

— Bueno, de acuerdo, así lo haré. No os preocupéis. Tomad, aquí tenéis dinero para adquirir lo necesario. Y tranquilizaos.

Fray Julián salió de la oficina de fray Joaquín, profiriendo en voz baja comentarios contra los soldados. Fray Joaquín se quedó pensativo. Desde luego si algo llevaba controlado fray Julián eran los embutidos. Desde luego le haría un pequeño comentario al Alférez. Al fin y al cabo, ellos estaban alimentando a la tropa, y se merecían un comportamiento leal por parte de ésta.

Encontró al Alférez Alvar Galindo junto con fray Gastón en la biblioteca. Estaban comentando los pormenores del asunto que les ocupaba, y tenían sobre la

mesa varios documentos y objetos. Cuando sintieron la presencia de fray Joaquín, levantaron la vista de la mesa.

— Buenos días, ¿habéis descansado bien? — pregunto.

— Muy bien. Gracias. ¿Qué tal sigue fray Santiago? —preguntó fray Gastón

— Igual. Fray Juan sigue a su lado. Desde que ocurrió aquello, no se ha separado de él, ni de día ni de noche. De hecho, le hemos instalado un colchón al lado de la cama de fray Santiago. De ninguna manera quiere abandonarlo, ni por un segundo. Yo venía para comentaros algo, Alférez.

— Decidme.

— Pues resulta que fray Julián ha vuelto a echar en falta algunas viandas, concretamente, embutido, unas ristras de chorizo, queso, panceta, y cree a pies juntillas que se trata de vuestros hombres. Yo ya he tratado de convencerle que seguramente se trata de un error y que no tiene más trascendencia, pero no hay forma. No obstante, tal vez sería interesante que, por si acaso, recomendarais a vuestros hombres que se abstuvieran de tomar cosa alguna de la despensa. Si en algún momento, alguno tuviera necesidad de algo, preferiríamos que se nos pidiera. Eso nos permitiría controlar las existencias con mayor eficacia. No queríamos que nos faltaran alimentos con los que alimentar a la tropa, simplemente por desconocer su falta.

Alvar Galindo, escuchó en silencio la perorata, y maldijo en su interior a sus hombres. No le agradaba escuchar de forma sibilina por parte del monje, como le recordaba lo de la alimentación de sus hombres. Aunque al tratarse de las fuerzas del rey, eso era una obligación

para todos los habitantes del reino, no entraba dentro de sus normas, que sus hombres hicieran visitas de tapadillo a la despensa. Una cosa era el derecho a recibirlos, y otra muy distinta, tomarlos directamente.

— Descuidad, que no volverá a pasar más. Si es necesario pondré hombres en la puerta de la despensa para evitarlo. — dijo un tanto enfadado.

— Perdonad mi atrevimiento al haceros esta observación. Estoy seguro de que nunca más va a ocurrir. Por mi parte, le pediré a fray Julián, que de por terminado el incidente

Dicho lo cual, abandonó la biblioteca, dejando al Alférez un tanto mohíno, y a fray Gastón, con cara pensativa.

— Voy a tener que tomar medidas y cortar de raíz estos robos. —dijo el Alférez.

— Tal vez, y es una suposición, podría ocurrir que fray Julián tenga razón en sus protestas, y que, además, vuestros hombres, sean inocentes de tal saqueo.

— ¿Cómo? ¿A qué os referís? —dijo Albar Galindo

— ¿Y si los saqueadores, han sido otros? —dijo tranquilamente fray Gastón.

— ¿Acaso os referís....?

— Exacto. Es la segunda vez que pasa. Y vuestros hombres aseguraron que ellos no habían sido. Y si ellos no han sido, y fray Julián, es muy estricto con sus cuentas, no queda otra explicación posible: alguien está realizando esos hurtos. Y si de fuera, no parece lógico que vengan a robar, máxime cuando veinte hombres del rey, acampan en el monasterio. ¿No será que los ladrones están dentro? —terminó fray Gastón

— Verdaderamente sois un demonio, fray Gastón, y perdonad mi expresión —dijo Albar Galindo ante la sonrisa reflejada en el rostro de fray Gastón. —Es una posibilidad que no debo descartar. Voy a dar orden de que se efectúe un registro a fondo en el monasterio.

— Hacedlo lo más discretamente posible. Lo más probable es que si esa gente está dentro, esté observando los movimientos de la tropa. Y si ven movimientos sospechosos, tal vez puedan huir.

Albar Galindo salió de la biblioteca para dar las oportunas órdenes y organizar la búsqueda. Fray Gastón estaba con la mirada perdida, mirando por la ventana, tratando de organizar sus pensamientos. Empezaba a sospechar que la solución al caso estaba muy cerca.

Abdel Aziz y su grupo enfilaron el camino que llevaba hacia Barbastro. Tenían por delante día y medio de camino. El Emir *Avin—Hilet*, le había concedido el mando de un grupo de seis almorávides pertenecientes a su guardia personal. Eran guerreros curtidos en mil batallas, y cuando era necesario, actuaban con una eficacia demoledora. Tenía que llegar a Barbastro en el mínimo tiempo posible. No esperaba problemas hasta llegar a Tamarite, pero a partir de aquí, la cosa podría complicarse. Entre las órdenes que había enviado a Simón de la Cuesta por medio del mensajero, estaba la de avisar a Abdel Malik, para que lo esperara en el *Gallo Rojo*, donde podría incorporarse al grupo y donde le pondría en antecedentes de la situación. Los siete hombres que formaban la partida, iban vestidos a la usanza cristiana. Sabían que el disfraz de poco les valdría si alguien los sorprendiera en grupo, pero una vez

ocultados los caballos y mezclados entre la gente, sería muy difícil detectarlos.

García y Guillen, seguían ocultos en Santa Fe. Estaban probando los chorizos que García había sacado de la despensa y aunque sus ánimos estaban un poco alicaídos, sus estómagos no pasaban penurias. Sin embargo, su preocupación estaba llegando al límite. Hacía ya dos días que Alfonso había abandonado el refugio y no había dado señales de vida. Desconocían el porqué de la ausencia de su Jefe, y comenzaron a temer que algo podría haberle ocurrido. Estaban casi seguros de que no lo habían cogido, pues de ser así, lo hubieran traído a Santa Fe, y eso no había ocurrido. Por otro lado, y esto les preocupaba más, aunque lo dudaban y no les gustaba pensar en ello, podría ser que les hubiera abandonado a su suerte y se hubiera puesto a salvo lejos de allí. Podía estar en Lérida entregando la cruz, podía...podía...

Demasiadas posibilidades para sus atribuladas mentes, cuando realmente lo que les preocupaba era su propia seguridad, pues cada minuto que pasaba, sus miedos crecían y su nerviosismo se hacía cada vez más patente.

— Si esta noche, Alfonso no da señales de vida, nos largamos —dijo García mientras masticaba un trozo de queso.

— Será lo mejor. —le respondió Guillen —No sé por qué pero me huele mal tanta tranquilidad. ¿A cuento de qué esta gente no nos está buscando por los caminos? ¿Por qué han asentado sus reales aquí? No lo entiendo.

— Ni yo tampoco. ¿Tú crees que Alfonso nos habrá traicionado? —dijo García.

— No lo sé. ¿Qué le impide venir a darnos noticias? Esta gente no está en alerta. Se ve claramente. Están esperando algo, no sé qué, pero algo. No tendría ningún problema para entrar, como no lo tuvo para salir. Nunca nos ha dado motivos para pensar así, pero ¿Quién sabe?

— Lo dicho, mañana por la noche nos vamos. Y cada uno por su lado. Pasado un tiempo nos juntamos en algún lugar, y cambiamos de aires.

Alfonso se había levantado temprano. No podía dormir. Pensaba en sus hombres. El tiempo se le hacía muy largo. Por la tarde visitaría a Simón de la Cuesta para obtener información. No sabía cómo, pero aquel judío estaba muy bien informado. En lo personal, desconfiaba de él. No tenía muy claro que intereses defendía. Y eso le obligaba a mantener una cierta distancia. Pero antes, tenía algo que hacer. Como siempre, comió algo en la posada, y luego se adentró por las calles de Barbastro, donde estaban ubicados los artesanos. La bulla de los transeúntes y de los ruidos procedentes de los diversos talleres, transmitían al barrio una vitalidad contagiosa.

Cuando sintió los pinchazos del hambre, se dirigió hacia el *Gallo Rojo*, donde ya se había hecho cliente preferente, gracias a su largueza a la hora de pagar. Aquel día, el local estaba abarrotado. Ni una sola mesa libre. El tabernero, cuando lo vio aparecer por el umbral de la puerta, echó un rápido vistazo a su local, en busca de algo. Y en efecto, una vez localizado se fue hacia una de las mesas, y sin contemplaciones, echo fuera a sus ocupantes, ante airadas protestas, que se acabaron en cuanto el posadero se les puso en jarras, frente a ellos, armado con una estaca que más bien parecía un árbol.

Una vez despejada la mesa, se volvió hacia Alfonso y con una ligera flexión acompañada de una amplia sonrisa, le indicó con la mano, que la mesa estaba dispuesta.

Tras la comida, se fue dando un rodeo por el pueblo. Pasó por delante de la antigua mezquita, ahora templo cristiano, y continuó su andadura por las empinadas cuestas de las estrechas calles barbastrenses. Vio gentes de todos los pelajes y raleas. No hacía muchos años que la ciudad había sido recuperada a los moros, y como consecuencia, la población de la ciudad era una auténtica mezcla de civilizaciones: cristianos, moros y judíos, convivían en franca armonía. El pueblo llano, con su sabiduría ancestral, había sabido hacer perfectamente compatible distintas religiones, manteniendo el mutuo respeto por las creencias de cada cual. No hacía muchos años que la plaza había cambiado de manos cristianas a musulmanas y viceversa. Y lo que cambiaba en cada mutación, eran los que gobernaban la ciudad. Los demás, la gente que vivía en ella, los que ya estaban cuando llegaron y que continuarían cuando se fueran, permanecía realizando diariamente las mismas tareas, trabajos y funciones, independientemente de quien los gobernara. Así que la convivencia entre las tres culturas se producía sin ningún tipo de problema.

Sintió un vuelco en el corazón cuando, al volver una esquina se topó con un grupo de soldados que patrullaban por la calle. Se apartó pegándose cuanto pudo a la pared, dejándoles pasar. Luego siguió con su deambular. Hizo varios encargos y volvió, casi ya de noche, a la fonda *La Luna*.

## **Capítulo 16. El cerco se cierra.**

### **Viernes, 9 de noviembre de 1.123**

Desde muy de mañana, un grupo de soldados del rey, comenzaron a recorrer los alrededores del monasterio de Santa Fe, tratando de encontrar, algún recoveco, cueva, caseta o hueco donde se pudieran esconder tres hombres.

El correo que venía de Aren, portando los caballos, llegó a primeras horas de la mañana. Rápidamente fueron informados Albar Galindo y fray Gastón, quienes enseguida fueron a ver los caballos. Registraron las alforjas, pero nada encontraron en ellas. Albar dio órdenes para que les fueran quitadas las monturas a las caballerías y poder observarlas con mayor detalle. Tras dar una serie de órdenes, procedió a llevarle los caballos al tratante, para ver qué información le podía proporcionar.

Al mediodía regresó con una detallada descripción de los compradores, dos, y que coincidía plenamente con la descripción que les hizo el hombre herido de Castellor: se trataba en efecto, de un hombre alto y delgado, y otro pequeño y más grueso, al que le faltaba un dedo en su mano derecha. Desgraciadamente, los caballos robados en el camino a Castellor, no tenían marca alguna de tratante. Lo único que pudo aportar el

mensajero, es la descripción, detallada, del pelaje y marcas naturales o de heridas, que tenían los animales.

Justo cuando terminaba la comida, el correo procedente de Santa María de Alaón acompañado de fray Francisco, llegó a Santa Fe. Fueron recibidos por fray Joaquín, quien se abrazó con fray Francisco, ambos con lágrimas en los ojos.

— ¿Cómo ha permitido Dios que haya ocurrido esto? —gemía fray Francisco

— Los designios de Dios son inescrutables fray Francisco —dijo consolador fray Joaquín —No somos nadie para pedir razones a los actos de Dios. En su infinita sabiduría, nunca da una puntada al aire. Pero ahora, antes de nada quiero que toméis ambos un refrigerio y os quitéis, si gustáis el polvo del camino.

Acompañó a los recién llegados a la cocina, donde se repitieron las escenas con fray Julián, quién rápidamente puso ante ambos, unos cuencos humeantes de guiso de carne con verduras y un cestillo con pan. El soldado, se aplicó enseguida a reponer fuerzas, mientras que fray Francisco, seguía inconsolable, con sus lloros entrecortados, y profiriendo exclamaciones de dolor. Poco a poco, recuperaron las fuerzas y el ánimo, y utilizando la pila de la cocina, se asearon someramente.

Mientras, fray Joaquín fue en busca de Albar Galindo y fray Gastón, a quién los encontró conversando en la celda que ocupaba fray Gastón.

— Buen día tengáis ambos. Tenemos noticias. Ha llegado de Santa María de Alaón, el correo que enviasteis acompañado de fray Francisco. Ahora se están lavando y reponiendo fuerzas.

Albar Galindo y fray Gastón, se levantaron como impulsados por un muelle.

— Gracias a Dios. ¡Nuestras plegarias han sido escuchadas! —dijo fray Gastón, hacedlos pasar a la biblioteca, cuando estén disponibles. Nosotros vamos para allá.

Rápidamente se dirigieron hacia la sala, que hacía las veces de centro de investigación, con la esperanza de que aquellas personas fueran portadores de las noticias que les hacían falta para completar el puzle que tenían entre manos.

A los pocos minutos de estar en la biblioteca, aparecieron el correo y fray Francisco. Fray Gastón salió al encuentro de este con el que se fundió en un abrazo.

— ¿Qué noticias nos traéis? Hablad vos —dijo Albar Galindo, dirigiéndose al soldado.

— Según me informaron en el monasterio de Santa María de Alaón, el Abad Gilberto no había llegado por allí. También me dijeron para que os informara de que el herido de Castellor, esta mejor y se recupera lentamente de sus heridas.

— Bueno, eso confirma lo que ya sospechábamos: que fray Gilberto no había llegado a Santa María de Alaón. Puedes retirarte y descansar todo el día —dijo Albar Galindo al soldado, quien abandonó rápidamente la estancia.

— ¿Qué os ha impulsado a acompañar a nuestro soldado, fray Francisco? —preguntó fray Gastón.

— Atender a fray Santiago. El mensajero que enviasteis a Santa María, preguntando por fray Gilberto, nos contó lo sucedido con fray Santiago, razón por la cual, el Abad había partido desde Santa Fe hasta Nuestra

Señora, en busca de fray Ricardo, asesinado vilmente. Como sabéis, yo llevo la farmacia y creo poder ayudar a fray Santiago, aportando mis conocimientos y ayudar a su recuperación. Durante el camino, el soldado me ha ido informando sobre los detalles del suceso ocurrido en Santa Fe.

Fray Gastón, tomo el alfiler de la mesa, y lo mostro a fray Francisco, quien al verlo, no pudo evitar un estremecimiento. Sus acompañantes se dieron cuenta, y fray Gastón, mostrándosela, le dijo:

— ¿La conocéis verdad? ¿La llevaba nuestro notario asesino en Santa María? —pregunto.

Fray Francisco, asentía en silencio, con el rostro tapado con sus manos, mientras lloraba amargamente.

— Esto demuestra que el asesino de Santa María, estuvo en esta biblioteca, entrevistándose, tal vez, con el Abad desaparecido. —dijo fray Gastón. — y este hecho, nos hace temer un desenlace terrible.

En aquel ambiente de pesimismo y de tensión, alguien golpeó en la puerta cerrada de la biblioteca, atrayendo hacia la misma, la mirada de todos los presentes. Instantes después se abría y un soldado entraba con paso decidido en la misma. Se dirigió al Alférez Albar Galindo, y con emoción contenida dijo:

— ¡Hemos apresado a dos de los asesinos! Se encontraban escondidos en la casa abandonada del patio interior. Del tercero no hemos encontrado rastro alguno.

El grupo de Abdel Aziz avanzaba a buen ritmo, sin contratiempos. Tenían previsto llegar a las inmediaciones de Barbastro al anoecer. Una vez alcanzado su destino, dejarían los caballos al cuidado de un bereber afincado a la salida de la ciudad, y luego se

desplegarían por las calles. Pero antes, se detendrían en Monzón, donde ya les esperaba Simón de la Cuesta, con el fin de que lo pusiera al día de la situación de los cristianos, y especialmente, de su Cruz del Granada.

A media tarde alcanzaron Monzón. En la judería les estaba esperando Simón de la Cuesta. Mientras sus hombres se dirigían a un mesón donde reponer fuerzas, Abdel Aziz se entrevistó con Simón.

Cuando se vieron se hicieron una profunda reverencia, a la vez que con sus manos se tocaban la frente.

— *Shalom*—dijo Abdel Aziz

— *As—Salaam—Alaykum*—dijo Simón

— *Shalom*—contestó Abdel Aziz

— *Alaykum—as—Salaam* —contestó Simón

— Recibí vuestra carta, en la que comunicabais que los cristianos eran remisos a entregarnos el Cristo del Granada —dijo sin entrar en prolegómenos.

— Eso me pareció. Tengo noticias frescas. Os pondré al corriente. Pero haced vuestras abluciones y sentaos a la mesa. Me imagino que deberéis estar hambriento, tras la larga caminata.

Entre ambos, se encontraba una surtida mesa, en la que había arroz con carne y frutos secos, guisado de cordero, dátiles y una especie de torrijas acarameladas llamadas *eish saraya*. A Abdel Aziz se le iluminó el rostro ante los manjares expuestos en la mesa.

— Contadme, mientras vamos comiendo —dijo

— Debéis saber que los cristianos realizaron la recuperación de la Cruz, con arrojo y con no menos atrevimiento. Eso hay que reconocérselo. Robaron la Cruz delante del Rey y de su séquito, lo que debe de

añadir a la recuperación un valor extraordinario. El problema fue, que no pudieron pasar tan desapercibidos como tenían planeado. Cuando salían del Camarín donde el Rey había depositado la cruz, apareció inesperadamente un monje que se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, y no tuvieron más remediarlo que matarlo. Para colmo de males, cuando el monje caía al suelo, aparecieron otros dos, y también tuvieron que eliminarlos. Con ello, se vinieron abajo sus planes de que el robo se descubriera lo más tarde posible, y tener un tiempo precioso para huir, de forma que los perseguidores no tuvieran posibilidad de saber a dónde podían haberse dirigido. Las urgencias se les multiplicaron, y mientras se dirigían a pie a Aren, donde habían dejado los caballos, aparecieron tres jinetes por el camino. Y ocurrió lo lógico. Aquellos tres caballos, representaban ganar tiempo para poner distancia de por medio con los hombres del rey, cuando descubrieran el robo. Así es que también los eliminaron. Pero no a todos. Uno quedó herido grave y fue el que facilitó la información a Alvar Galindo, Alférez del Rey, al que acompaña por cierto, un fraile francés, fray Gastón de Lusiñac, auténtico sabueso que están poniendo cerco a los cristianos. Pues como digo, nuestros cristianos llegaron a Barbastro, con unas horas de ventaja sobre sus perseguidores. Y ahora viene lo más asombroso de todo. Alfonso y sus hombres se dirigieron al monasterio de Santa Fe, en busca de un lugar para esconderse, a las afueras de Barbastro. La cuestión es que el Abad del monasterio, era ¡hermano gemelo! de Alfonso ¡Dos gotas de agua! Como quiera que el Abad se negara a ayudarle, fue muerto por su hermano. Y de nuevo, un testigo

accidental. Un fraile que entró en aquel momento en la biblioteca, lo vio todo. Pero a este no hubo que matarlo, porque de repente se desplomó sobre la tarima, como si se hubiera muerto del susto. Así es que Alfonso se deshizo del cadáver de su hermano, y rasurándose la barba, tomo los hábitos del hermano, haciéndose pasar por él. Luego, en un alarde sin precedentes, pedía ayuda a los propios frailes para auxiliar al monje medio muerto.

Abdel Aziz, asistía al relato del judío, impresionado. Aquello parecía una sucesión de situaciones a cual más extraña y sorprendente. Desde luego, pensó, los cristianos le echaron valor e imaginación.

— De esta manera, haciéndose pasar por el Abad, y con excusa de que iba a Santa María de Alaón a pedir ayuda, salió del monasterio. Luego vino a verme y me contó parte de la historia que os he contado. El resto, la he ido conociendo por los informes de Abdel Malik, vuestro fiel siervo, quien no los perdió de vista ni un solo instante.

— Entonces, los dos hombres de Alfonso, siguen escondidos dentro del propio monasterio de Santa Fe. Y Alfonso, paseándose por la ciudad, ¿no es así? —dijo Abdel Aziz

— Sí, así es. Lo que ocurre es que Albar Galindo y el fraile francés, han hecho averiguaciones importantes. Y es cuestión de tiempo, que los dos hombres que están encerrados en Santa Fe, caigan de un momento a otro, y que consecuentemente, Alfonso, sea descubierto más pronto que tarde, después de que sus hombres confiesen su paradero, por las buenas o por las malas, es decir después de que les aplique el potro de tormento. Los

caballos que utilizaron para ir al monasterio de Alaón, los han traído a Barbastro, y han encontrado al tratante que se los vendió. Esto significa que, han podido establecer una correlación de lo sucedido en Alaón con Barbastro, lo que indudablemente se convertirá en una mayor presencia de hombres del rey en la ciudad, controlando a todo transeúnte que encuentren, para finalmente, terminar con su detención. Si eso ocurre, yo también corro peligro. Por tanto, y hasta que hasta que se resuelva esto, me quedaré en Monzón, el tiempo que haga falta.

— ¿Y mi Cristo del Granado, lo tiene Alfonso? — preguntó Abdel Aziz

— Sí. Y lo lleva consigo en todo momento. No se desprende de él por nada. Pareció molestarle cuando le quise proponer que yo le guardaría la Cruz. En dos ocasiones se lo propuse. Y en las dos se negó rotundamente. Y desde entonces no lo he visto más. Y me consta que sigue en Barbastro, porque vuestro fiel criado, lo tiene bien controlado. La única forma de entregaros la cruz, es saber dónde os podéis reunir, y si no viene a verme no lo sabrá nunca. De ahí que deduzco que tal vez no esté muy dispuesto a entregarla.

— Tenéis razón, Simón. Creo que tendremos que actuar esta misma noche.

Abdel Aziz, le entregó una pequeña bolsa a Simón que cogió con avidez, escondiéndola rápidamente entre su refajo. El moro se levantó y tras despedirse del judío, fue reunirse con sus hombres. Cuando desapareció en la oscuridad, Simón sacó la bolsa y se puso a contar su contenido. Luego comenzó a susurrar en voz baja un salmo de agradecimiento a Iahvé.

## **Capítulo 17. La captura.**

### **Viernes, 9 de noviembre de 1.123**

Desde muy de mañana, García y Guillen observaron movimientos en las tropas del rey, que les metieron el miedo en el cuerpo. Los soldados parecían moverse con un objetivo concreto. No se parecía en nada a lo de los días anteriores, en los que predominaba el no hacer nada. Sin embargo, esta mañana, comenzaron a salir grupos en distintas direcciones, pero en vez de hacerlo por el camino que conducía hacia Barbastro, lo hacían por los alrededores del monasterio. Aquello, pintaba muy mal.

— Me parece a mí, que algo ha pasado ahí fuera, García

— Demasiado movimiento. ¿Has observado que están buscando por los alrededores? ¿Habrán cogido al Alfonso?

— Creo que estamos en peligro. No sé si deberemos esperar hasta la noche, para tratar de salir de aquí.

— ¿Ahora que están patrullando por los alrededores? ¡Imposible! Pero estoy de acuerdo contigo en que debemos salir de aquí en la primera ocasión que se pueda, sea de día o de noche.

Se callaron, al observar que algunos soldados se acercaban hacia la casona en la que se encontraban ocultos. Eso tampoco había pasado antes. Uno de ellos se acercó a escasos metros, miro a todos los lados de la

casa, y luego se puso a orinar. Los dos hombres, contenían la respiración: aquel hombre estaba a dos metros y medio de donde se hallaban ellos. Casi podían oír su respiración, si no fuera por el murmullo del orín al golpear contra el suelo. El soldado terminó de aliviar su urgencia, y se quedó mirando hacia la ventana desde donde era observado. Instintivamente, García y Guillen, se retiraron de la misma, y del movimiento casi derriban un montón de cacharros que estaban apilados. Se quedaron petrificados, horrorizados, por si aquel hombre había escuchado el leve roce producido en el interior. Luego, una vez satisfecha su curiosidad, bordeó la casona, tratando de ver en su interior. Luego volvió sobre sus pasos y se alejó tranquilamente.

García seguía con la mirada a aquel hombre por si actuaba de una forma sospechosa. Sin embargo, se sentó a un lado del fuego que tenían encendido. Todo parecía estar normal.

Sin embargo, pronto sus alarmas se encendieron de nuevo: acababa de entrar en el monasterio un soldado con los caballos que habían dejado en Aren. Un poco más tarde, vieron como el Alférez Albar Galindo, salía del monasterio con un grupo de tres hombres, llevándose los caballos. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso sabían que los habían comprado en Barbastro?

— Por la razón que sea, han deducido que los caballos que dejamos en Aren, los compramos aquí. — dijo Guillen.

Cuando el sol estaba en lo más alto, apareció de nuevo el Alférez con sus hombres. No traían los caballos. Los dos fugitivos, tuvieron la sensación de que el cerco se

estrechaba, y por primera vez, tuvieron la sensación de que sus días de libertad, podían estar contados.

— Cuando regresen los soldados, creo que deberíamos marcharnos. Cuando sea la hora de comer, regresaran y en ese momento deberemos escapar de aquí, ¿No te parece? —dijo García dirigiéndose a Guillen.

— Sí. Estoy de acuerdo. Cuando salgamos de aquí deberemos separarnos. Ellos deben de estar buscando a tres hombres y yendo cada uno por su lado, tendremos más posibilidades de escapar. Por mi parte pienso dirigirme a Monzón. Allí tengo parientes que me ocultaran durante unos días. ¿Tú que harás? —dijo Guillen

— Yo seguiré por aquí, al menos un día o dos. A ver si logro obtener alguna información. Luego, pasado un tiempo, iré a reunirme contigo a Monzón.

— ¿Y Alfonso? —pregunto Guillen. —¿Cómo sabremos de él?

— No lo sé. Me daré una vuelta por el *Gallo Rojo*, para ver si puedo obtener alguna noticia.

Guardaron silencio. Sumidos en sus miedos y temores, miraban fuera, tratando de sacar alguna información de cualquier nimio detalle que se produjera. Llegó la hora de la comida, y en efecto, algunos de los grupos regresaron al monasterio. Pero faltaban por lo menos dos de ellos, que todavía estaban en el exterior y que desconocían por donde se movían. Se comieron el resto de alimentos que les quedaban y trataron de ocultar las huellas de su paso por el lugar. Luego, comenzaron la vigilancia del patio interior.

Pero todavía no habían acabado las sorpresas. Porque en aquellos instantes hacían su entrada en Santa

Fe, un emisario acompañado de un monje, al que reconocieron al punto: fray Francisco. ¿Qué hacía aquel monje allí? Su situación se les antojaba muy delicada. Decidieron salir en aquel momento.

— ¡Alto a las fuerzas del Rey! ¡Daos presos!

Los dos se volvieron hacía el lugar de donde provenía la voz, reflejando en su cara una sorpresa mayúscula, mientras diez soldados entraban en la estancia, echándose encima de ellos e inmovilizándoles en un instante. García y Guillén se miraron durante un fugaz instante. En esa mirada se cruzaron la confirmación de sus temores y la seguridad de que sus vidas, además de su libertad, tenían los días contados.

Lo que desconocían García y Guillen, es que el soldado que había estado orinando tan cerca de ellos, lo que hacía, además, era observar el entorno de la puerta que utilizaban para sus incursiones a la alacena del monasterio. Allí se podían ver huellas de barro, procedentes del patio, lo que le indicó que por allí había habido movimiento. Luego, creyó escuchar un breve roce en el interior. Una vez que terminó de orinar, siguiendo instrucciones, y como si nada hubiera observado, se dirigió a su lugar, sentándose junto al fuego. Dejó pasar unos minutos, y fue a informar al oficial del Rey, quien organizó la operación de captura. Antes, los frailes, les informaron sobre la forma de acceder a la casona por otro lugar, que no era el patio. Las fuerzas del rey entraron por una puerta situada a espaldas de los fugitivos y que ellos no habían detectado.

## **Capítulo 18. El interrogatorio.**

### **Viernes, 9 de noviembre de 1.123**

García y Guillen habían sido llevados, a una habitación interior, sin ventanas ni mobiliario, obligándolos a sentarse en el suelo. Encadenados, apenas si podían moverse.

Albar Galindo se plantó delante de ellos mirándoselos largamente. Los dos presos tenían la mirada clavada en el suelo. A una señal, dos soldados, se llevaron a Guillen fuera de la habitación. Iba a interrogarlos por separado. Fray Gastón, observaba desde un lugar un poco apartado, guardando un completo silencio.

A una orden, un soldado cogió el brazo derecho de García y lo levantó, obligándole a extender la mano. En efecto, le faltaba el dedo anular. Era uno de los hombres que habían robado y asesinado en Santa María de Alaón y en Castellor.

— Cómo te llamas –le preguntó

— García Rueda –dijo, con la mirada en el suelo.

— Y tu compañero, ¿cómo se llama?

— Aldana García, pero todos le llaman Guillen. –  
respondió casi sin voz.

— ¿Y vuestro jefe? ¿Cómo se llama?

— ¿Qué jefe? Nosotros no tenemos jefe. Actuamos solos.

Albar Galindo, miró a fray Gastón intercambiando una sonrisa de entendimiento.

— Bien. Dejemos eso por el momento. —dijo

— ¿Reconoces que participaste en el robo de una valiosa cruz, y en el asesinato de tres monjes en Santa María de Alaón? Antes de que contestes, te recomiendo que pienses bien lo que vas a decir. Si confirmas lo que ya sabemos, te librarás del potro de tortura. Caso contrario, terminarás haciéndolo, pero siguiendo un camino, digamos, más largo y doloroso y de consecuencias imprevisibles. Tenemos testigos que nos han dado tu descripción y que se corresponde exactamente con todos tus rasgos.

García, guardó unos segundos de silencio. En eso tenía razón. Ellos lo sabían todo. Para qué negarlo y pasar por la tortura del potro.

— Sí. Lo de los monjes, fue una desgracia—dijo

— Desde luego, para ellos. Y ¿Qué me dices de los hombres que matasteis en Castellor?

— Otra desgracia, consecuencia de la anterior —respondió García

— ¿Debemos suponer que tu amigo Guillen, también participo en los mismos hechos que tú, no?

— Sí.

— Veo que eres inteligente, y colaboras para evitar el potro —dijo tranquilamente Albar Galindo

— Volvamos a lo del jefe. Nuestros informes hablan de tres personas, y vosotros sois dos, luego falta la tercera. La que daba las órdenes. ¿No te parece que debes reconsiderar eso de que trabajáis juntos los dos, sin jefe?

Efectivamente, García pensaba que en las actuales circunstancias, era absurdo negar lo evidente.

— Se llama Alfonso. Así lo llamábamos nosotros.

Al oír el nombre, fray Gastón comprendió el significado de la **A** de la nota encontrada en el cajón de la mesa del Abad.

— ¿Y el apellido? Porque tendrá un apellido.

— Pues no lo conocemos. Ni Guillen ni yo. Nunca nos lo dijo y nunca se lo preguntamos.

— ¿Quién os encargó el robo de la Cruz y por qué?

— Fue un moro almorávide, al servicio del Emir de Granada, con el que nos juntamos en el *Gallo Rojo*. Él nos pagó para que recuperáramos la cruz, ya que la misma había sido robada por un bereber traidor, quien en una escaramuza con tropas del rey, la perdió al huir, dejando en su tienda de campaña todos sus enseres. Al parecer sabía que la cruz iba a ser entregada al monasterio de Alaón. Nuestro jefe ideó el plan y los tres, lo llevamos a cabo.

— ¿Sabes el nombre de ese moro? —dijo el Alférez

— Solo recuerdo su primer nombre: Abdel. Nos dijo que se pondría en contacto con nosotros, por mediación de alguien que Alfonso conocía, pero sin mencionar el nombre.

— Y ahora vamos a hablar de Santa Fe —dijo Albar.

García se revolvió en la banqueta en la que estaba sentado, haciendo una imperceptible mueca de disgusto.

— ¿Cuál fue el motivo de vuestra visita al monasterio?

— Dadas las circunstancias, necesitábamos escondernos durante unos días en algún lugar seguro.

Alfonso nos dijo que sabía dónde estaba ese lugar, y por eso vinimos a este monasterio.

— ¿Os dijo Alfonso, quien era su contacto en el monasterio?

— No.

— ¿Y qué sucedió? —siguió preguntado Albar Galindo.

— Pues que el condenado monje, nos negó su ayuda.

— ¿Y qué paso con el monje? —pregunto Alvar, un poco mohíno por la reticencia del prisionero a llevar un relato hilvanado.

— Nada. Me imagino que Alfonso lo amenazaría de muerte, si se iba del pico.

— ¿Estás seguro de que eso fue todo? ¿No lo asesinó?

— No. Le preguntamos y dijo que el monje no diría nada.

— ¿Y el Abad? ¿No hablasteis con el Abad?

— No. Al Abad lo vimos partir al poco rato. Iba acompañado de otro monje. Antes oímos dar voces en el interior del monasterio. Pensamos que habrían descubierto a Alfonso.

— ¿Por qué sabéis que fue el Abad y no otro monje?

— Porque así lo llamó el monje que iba a su lado.

Alvar Galindo y Fray Gastón, se miraron. Aquello no cuadraba. Cerró los ojos.

— ¿Y fray Santiago?

— ¿Quién? No conozco a ningún fraile.

García se había tranquilizado y respondía a las preguntas con la mayor frialdad sin manifestar ningún

tipo de emoción o arrepentimiento. Había asumido que su destino, la horca, estaba a unos días, poniendo fin a una vida llena de crímenes y robos. Y ello le permitía afrontar aquellos momentos, con naturalidad y sin estridencias.

— Y vuestro jefe, Alfonso, ¿Dónde se esconde?

— Lo desconocemos. Después de la reunión con el monje, volvió de regreso al lugar donde nos habíamos escondido. Como la persecución se habría organizado ya, y desconocíamos el margen que teníamos, pensó que lo mejor sería que estuviéramos escondidos durante unos días. Como buscaban a tres hombres, al día siguiente se marchó a Barbastro, donde iba a juntarse con el intermediario, para planificar la entrega de la cruz y organizar la huida hacia Lérida o Fraga.

— Después de eso, ¿habéis tenido noticias suyas?

— No

— ¿Y la Cruz?

— Siempre la llevaba Alfonso en una bolsa de cuero. No se separaba nunca de ella. La llevó consigo cuando se fue a Barbastro

— O sea que vuestro jefe os dejó en la estacada.

— No es de esa condición. Si no vino después, es porque a buen seguro le ha pasado algo, o ha tenido que desplazarse a entregar la cruz.

El interrogatorio continuó durante dos horas más. Luego fue su compañero Guillen, quien repitió prácticamente palabra por palabra lo dicho por García, aunque a diferencia de éste, no mostró mucha confianza en la actuación de su jefe.

Una vez terminados los interrogatorios, entrada la noche, fueron enviados a las mazmorras de la guarnición

del Rey, en Barbastro. Alvar Galindo dio órdenes para iniciar la búsqueda de Alfonso.

Toda la trama había sido puesta en claro y dos de los tres asesinos habían sido detenidos. Pero aún quedaban un par de cabos sueltos que todavía no tenían explicación. La desaparición del Abad y la sangre derramada en la biblioteca. Faltaba por conocer el paradero del Jefe de los asesinos, el denominado Alfonso, y recuperar la cruz robada. Una vez dadas las órdenes de busca y captura, solo quedaba esperar que esta diese resultados positivos. En el caso del Abad, el pesimismo se había apoderado de todos.

Alvar Galindo, escribió un extenso informe pormenorizado, de todos los sucesos y del resultado de las pesquisas realizadas. Un grupo de cuatro hombres, iniciaron aquella misma noche camino de Huesca, para poner aquel informe en las manos del Rey.

Abdel Aziz llegó a Barbastro acompañado de su grupo, cuando comenzaba a anochecer. Mientras el grupo se distribuía por la plaza del mercado, Abdel Aziz se dirigió al *Gallo Rojo*. Allí se encontró con Abdel Malik, con quien se sentó.

— *As—Salaam—Alaykum.*—musitó en un susurro

— *Alaykum—as—Salaam.*—le contestó Abdel Malik

— ¿Qué noticias tenemos? ¿Dónde está el cristiano?

— Está en la posada *La Luna*. Antes de venir aquí, me aseguré de que se encontraba en su habitación. Y creo que deberíamos actuar esta noche. Acabo de enterarme que han cogido a los dos hombres de Alfonso. Y me imagino que su búsqueda va a iniciarse, posiblemente

esta misma noche. Si la noticia llega a su conocimiento, y no le han detenido antes, iniciará la fuga. Hasta ahora, creo que lo que le ha retenido aquí, son precisamente, sus hombres, escondidos en el monasterio de Santa Fe. Hasta ahora, se ha paseado por la ciudad, preguntando aquí y preguntando allá.

— Pues hagámoslo ahora. Condúcenos a la pensión donde está alojado.

Ambos hombres se levantaron dejando la mesa libre, que prontamente fue ocupada por otros clientes.

Pasaron por la plaza del Mercado, y con una leve señal, Abdel Aziz indicó a sus hombres que los siguieran discretamente. Cuando estuvieron a la altura de la posada *La Luna*, Abdel Malik, le indicó a Abdel Aziz, la ventana que correspondía al cuarto de Alfonso. Entre tanto, Abdel Malik, echó un vistazo dentro de la posada. Como no vio a nadie, entró dentro. Vio la puerta que daba a la habitación de Alonso, en lo alto de la escalera. Subió por ella, deteniéndose delante de la puerta. Giro levemente el pomo, y esperó en silencio un momento, por si captaba algún tipo de reacción en su interior. Silencio total. Siguió girando el pomo, y noto que la puerta comenzaba a abrirse. Nuevamente se detuvo y escucho atentamente. Nada. Ahora tenía que abrir lo suficiente como para poder pasar, pero en un solo movimiento. Comenzó a abrir la puerta, y cuando se abrió lo suficiente, paso dentro, cerrando tras de sí.

Con su mano en la daga, se quedó quieto dentro de la habitación, presto a repeler el posible ataque del durmiente. Al poco, comenzó a escuchar la respiración pausada de Alfonso, señal de que estaba profundamente dormido. Aun esperó unos minutos a que sus ojos se

acostumbraran a la oscuridad, los cuales conforme se fueron adaptando, fueron aumentando su capacidad de visión. Miró a su alrededor. Colgado de uno de los palos del cabezal trasero, colgaba una bolsa de cuero, donde supuso estaría guardada la cruz. Una de las manos de Alfonso se encontraba debajo de la almohada, lo que le hizo sospechar que debajo tendría una daga. No vio ropa alguna en ninguna parte de la habitación, de lo que dedujo que dormía vestido. El cristiano estaba preparado para emprender una rápida huida, si fuera necesario.

Se acercó sigilosamente, con la mano en la daga. No había reacción. La respiración seguía igual: pausada y tranquila. Se acercó a la bolsa de cuero y la palpó. Luego metió la mano y notó que allí había algo, pero no parecía lo que esperaba. Allí había una cruz, pero era de madera, no de oro. Mentalmente, profirió una maldición. No habría más remedio que llevarse al cristiano. Rápidamente, abrió con cuidado la ventana y se asomó. Instantáneamente, una serie de sombras surgieron de las paredes, situándose debajo de la ventana. Arrojó la bolsa, haciéndoles señas a los hombres que esperaran. Abdel Aziz, que había recogido la bolsa, miró rápidamente en su interior y comprendió las señales que le hacía su cómplice. La bolsa no contenía la Cruz.

Abdel Malik se dirigió hacia la cama y cuando estuvo prácticamente al lado del durmiente, le propinó un enorme puñetazo, con el que pasó del sueño a la inconsciencia. Destapó al inconsciente Alfonso, y se sorprendió al verlo con ropas de monje. «*El pájaro pensaba volar y estaba preparado*», pensó. Lo cogió con sus brazos y lo arrojó por la ventana, donde ya lo esperaban cinco pares de brazos. Luego miró debajo de la

almohada, y no encontró el puñal que había supuesto. Miró por si había algo más que llevarse y no encontró nada. Luego con gran agilidad, saltó por la ventana a la calle. Con gran rapidez, los hombres que habían recogido a Alfonso, se dirigieron al final de la calle, donde unos caballos sujetos por un hombre, les estaban esperando. En total, nueve jinetes contando con el inconsciente Alfonso, emprendieron camino hacia la salida de la ciudad. A este, lo acomodaron sobre un caballo, atándole las manos alrededor del cuello del animal, y por debajo del mismo, ataron sus pies, quedando fuertemente fijado al animal. El propietario del caballo que utilizaba Alfonso y Abdel Malik, se fueron en busca de dos caballos, para unirse a los que acaban de marchar.

Fray Francisco, convertido en permanente acompañante de fray Santiago, había sustituido a fray Juan en las tareas de vigilancia. Rezaba junto al lecho de fray Santiago por el alma de los frailes de Santa María de Alaón. Los sucesos acaecidos en los dos monasterios circulaban de boca en boca por todo el reino.

Comenzaba un padre nuestro, cuando el enfermo, movió claramente un brazo, y luego el otro. Fray Francisco, dejó su libro de rezos sobre la mesa, y aproximó su rostro al del enfermo. Este respiraba fatigosamente, moviendo la cabeza de un lado para otro y emitiendo pequeños quejidos. De pronto abrió los ojos, y se encontró con los de fray Francisco. Este alejó su cara del enfermo instintivamente.

— ¡Fray Santiago! ¿Podéis oírme? Y verme, ¿podéis verme? ¿Sabéis quién soy?

Fray Santiago miró durante unos segundos a fray Francisco, y luego fue girando su cabeza, como tratando de reconocer el lugar donde se encontraba.

— ¿Fray Francisco? —dijo débilmente fray Santiago

— ¡Alabado sea Dios — dijo fray Francisco a la vez que se santiguaba varias veces. —¿Cómo os encontráis?

— Cansado, muy cansado... —dijo arrastrando las palabras.

Fray Francisco, se daba cuenta de que fray Santiago, en aquel momento, no era consciente de la situación en la que se encontraba. Pensaba que conforme pasaran los minutos, iría haciéndose cargo de la situación, y de forma irremediable llegaría al momento origen de la misma: al momento vivido en la biblioteca.

— Tengo sed.

Fray Francisco, le llenó un vaso de agua. Fray Santiago se incorporó levemente en la cama tomando el vaso, que se bebió en un instante. Cuando terminó, extendió su brazo, en petición de más agua. De nuevo, se la bebió de un trago. Nuevamente recorrió con su vista la estancia y finalmente, puso su mirada en fray Francisco.

— ¿Y el padre prior como está, fray Francisco?

Ya había llegado el momento. Decidió dar un rodeo para cerciorarse del estado de consciencia del enfermo.

— ¿Por qué me lo preguntáis? —dijo cautamente

— No sé, he tenido una pesadilla horrible con respecto al padre prior. Un hombre con idénticas facciones que el Abad lo asesinaba.

Fray Francisco, se dio cuenta de que fray Santiago, tenía la mente confusa.

— El Abad, está bien —o estaba, pensó— Cuando os desmayasteis, fue él quien llamó a todos los hermanos, y él mismo partió en busca del hermano Ricardo, al Monasterio de Santa María de Alaón, para que os atendiera.

— Entonces, ¿está bien? —insistió

— Sí, claro. —

Fray Francisco, decidió mentirle un poco, pues estaba claro que el enfermo se estaba refiriendo a la acción que vivió en la biblioteca y no le pareció oportuno, informarle de los acontecimientos posteriores. Más tarde ya le contaría los sucesos ocurridos desde ese momento. Cada cosa a su tiempo.

— Me gustaría dar las gracias a Dios, porque me ha traído otra vez al mundo. ¿No creéis? —pregunto.

Fray Santiago, hizo un intento de incorporarse, pero tras tambalearse y sentir mareos, volvió a acostarse. Recorrió con la mirada las paredes de la celda en la que se encontraba. Y la reconoció como la suya.

— Tranquilízate hermano. Acabáis de salir de una pesadilla interminable. Lleváis en este estado de inconsciencia seis días. No estás en condiciones de hacer esfuerzos ni de otras cosas.

— Tenéis razón, hermano. Pero sí que podemos rezar. Hagámoslo fray Francisco.

Y los dos monjes, comenzaron a rezar con un fervor y una intensidad como nunca lo habían hecho. Fray Francisco lloraba en silencio, recordando a sus tres hermanos muertos en Santa María de Alaón. Pedía a Dios que permitiese la captura y castigo de los asesinos, y la recuperación de fray Santiago y la aparición con vida de fray Gilberto, el Abad.

## **Capítulo 19. El Secuestro y el Rescate.**

### **Sábado, 10 de noviembre de 1.123**

Los hombres de Alvar Galindo, comenzaron a buscar a Alfonso en Barbastro, por las calles y en todos los establecimientos. No tenían más que la descripción que habían proporcionado sus cómplices, y que salvo el detalle de la pelirrojez del cabello, las demás características eran de un común que de poco servían a efectos de identificación. Recorrieron tabernas, posadas y todos los establecimientos de forma infructuosa. Parecía como si se lo hubiera tragado la tierra. Tal vez, habría abandonado la ciudad para tratar de reunirse con su cómplice para hacerle entrega de la cruz.

Alvar Galindo dio órdenes para alertar a las patrullas que normalmente ejercían las labores de control sobre partidas de sarracenos o bandidos, ya fueran cristianos o moros renegados. Debían detener e identificar a toda persona viviente que fuera avistada. Se buscaba a un hombre con pelo o barba pelirroja.

El grupo de Abdel Aziz se alejaba rápidamente de Barbastro, camino de Lérida. La ira se iba apoderando de él a cada segundo que transcurría. Que la cruz no estuviera en la bolsa, solo podía significar una cosa: el cristiano no estaba dispuesto a devolverla. Si no hubiera llevado la bolsa, podría indicar que la había guardado por protección, pero el hecho de llevarla, significaba que quería engañar, aparentando una realidad

engañoso. Se dirigían hacia Albalate, a la propiedad de un bereber cristianizado, pero que observaba en secreto las antiguas costumbres y su afecto por la ley musulmana. Alfonso, seguía sin recobrar el conocimiento, y por un momento pensó, si Abdel Malik, no se había excedido en su puñetazo. «*Estos salvajes, — pensó— desconocen la fuerza que tienen*». Una vez allí, interrogarían al cristiano, hasta que les indicara el paradero del Cristo de Granada.

Cuando Alfonso, recuperó el sentido, tenía un terrible dolor de cabeza. Su rostro, comenzaba a teñirse de color añil, producto del tremendo derrame que le había producido el brutal puñetazo de Abdel Malik. Comenzó, poco a poco, a sentir ruido de conversaciones a su alrededor.

En un primer momento, era incapaz de reconocer la naturaleza del sonido que llegaba a sus oídos. Luego, cayó en la cuenta de que eran voces humanas, y hablaban una lengua desconocida para él. Conforme pasaban las horas, fue recuperando poco a poco la visión. Al principio no lograba ver nítido, todo era borroso y desconocido. Conforme los sentidos se fueron recuperando, iba comenzando a comprender la situación en la que se encontraba. El lenguaje que utilizaban aquellos desconocidos era árabe. Luego, comenzó a distinguir los rostros y ninguno le era familiar, hasta que llegó al de Abdel Aziz, quien de vez en cuando, le miraba de soslayo, en espera de que diese síntomas de recuperación. Cuando al fin un movimiento de cabeza del prisionero, puso en aviso a los raptos de que el cristiano ya volvía en sí, se acercaron situándose a su alrededor. Abdel Aziz,

se sentó delante de él, en jarras, sobre una silla con el respaldo al frente.

— ¡Por fin das señales de vida, perro Cristiano! — dijo a modo de saludo— Tal vez te sorprendas de verme en estas circunstancias, que mucho me temo, no esperabas.

Alfonso, que solo veía por un ojo, pues el otro lo tenía completamente cerrado a causa del golpe, miro a su alrededor para evaluar la situación. Al lado de Abdel Aziz, había cuatro hombres, dos a cada lado. Tenía las manos atadas por detrás, y estaba completamente dolorido. No había parte de su cuerpo que no le produjera un dolor o una molestia. Vio que su situación era dramática. Abdel Aziz sostenía en sus manos la cartera de piel, y la cruz de madera que había metido en lugar de la otra estaba tirada en el suelo. Levantando la cartera a la altura de sus ojos, Abdel Aziz le increpaba.

— ¡Cristiano! ¿Dónde has escondido mi Cristo del Granado? ¿Acaso creías que te podías escapar de mis manos, si me traicionabas? ¡Por Ala, que me has de decir donde lo escondes! Porque has de saber que te voy a arrancar la piel a tiras, y voy a echar sal en las heridas, hasta que me supliques que te mate, para librarte del suplicio, perro cristiano, —dijo rojo de ira

— Lo tengo en lugar seguro. Y ya puedes matarme, porque jamás te lo voy a entregar, isucio traidor! ¿Acaso te crees que he condenado mi alma al fuego eterno, para que ahora me pagues con esto? ¡Jamás, jamás lo verás!

Abdel Aziz, se levantó como un resorte propinándole un tremendo bofetón al rostro macilento de Alfonso, quien volvió a perder el conocimiento.

— ¡Sucio cristiano, que Ala confunda! —dijo fuera de sí. ¡Claro que vas a hablar!

En aquel momento, uno de los hombres que estaban de vigilancia en el exterior entro en la casa.

— ¡Viene un grupo de jinetes! ¡Creo que son cristianos! —dijo

— ¡Rápido, esconder los caballos y ocultémonos en el pajar! No deben vernos, ni sospechar que estamos aquí. Traed al prisionero —dijo dirigiéndose a dos de los que estaban dentro.

— De cualquier modo, aquí no estamos seguros. En cuanto sea posible, hemos de emprender camino de Lérida. Pospondremos los interrogatorios. Una vez allí interrogaremos al cristiano debidamente.

Rápidamente abandonaron la casa y se escondieron dentro del pajar. Los caballos fueron encerrados en la cuadra, esperando que los cristianos siguieran su camino sin detenerse a inspeccionar la casa. Su dueño, rápidamente, se preparó para la circunstancia de tener que atender a los cristianos, si estos, finalmente, decidían pararse en su casa.

Pero a los cristianos, les había parecido observar desde la lejanía, un cierto número de animales reunidos frente a la casa, y al llegar a su altura, estos habían desaparecido. El Alférez que mandaba la tropa, pues se trataba de las tropas del rey, un total de veinticinco hombres, ordenó cambiar la marcha del grupo, poniéndola al paso, para poder observar mejor, alguna circunstancia sospechosa, alertando al grupo sobre posibles enemigos. Vio como de la casa, salía un hombre que se dirigía directamente a ellos.

— Bienvenidos a mi humilde morada —dijo, haciendo una inclinación, de la que dedujeron todos, que se trataba de un moro o un judío.

Abdel Aziz, que observaba todos los movimientos desde una rendija del pajar, lanzó un juramento en silencio, al ver el movimiento de sumisión, que a buen seguro no habría pasado inadvertido para el Alférez que mandaba aquella tropa. Ya se sabía que en los pueblos y ciudades convivían personas de distintas razas, y aquello era de lo más normal. Pero en aquellos momentos, le pareció importante, pasar lo más desapercibidos posible. Dos hombres sujetaban a Alfonso amarrado a la silla, y uno de ellos le tapaba la boca con su manaza. Los cristianos se habían dividido, y observó con horror como procedían a tomar posiciones, rodeando la casa.

— Estamos buscando un grupo de hombres —le preguntó el Alférez tendiéndole una trampa. — ¿No habréis visto movimiento de algún grupo por aquí?

Y el bereber cayó en la lazada.

— No. Hace muchos días que no pasa nadie. Si acaso algún comerciante con su carro, de paso a algún mercado.

Uno de los soldados le hizo una señal al Alférez. En la cuadra había encontrado ocho caballos. El Alférez, miro a sus hombres y estos sacaron sus espadas de sus vainas. Abdel Aziz, no perdía detalle, y maldecía en su interior al maldito bereber, por torpe. Puso la mano en su espada.

Alfonso, también notaba la tensión de aquella gente, y adivinó lo que debía estar ocurriendo fuera. En un momento dado, reunió todas sus fuerzas, y apoyando

sus pies en el suelo, se tiró hacia delante, a la vez que gritaba con todas sus fuerzas, una vez liberada su boca de la manaza que lo sujetaba, al que sorprendió su inesperada acción:

— ¡Favor Cristianos! ¡Socorredme! ¡A mí las fuerzas del rey!

El grito resonó dentro y fuera. El pajar estaba completamente rodeado, y varios soldados entraron con sus caballos, derribando la puerta con sus espadas en alto, dispuestos a dividir en dos a quien osara ponerse delante. Los hombres de Abdel Aziz sacaron sus espadas dispuestos a vender cara su vida.

Abdel Malik, con el odio inyectado en sus ojos, se dirigió directamente a Alfonso, dispuesto a cortarle la cabeza para acallar sus gritos, sin darse cuenta de que uno de los soldados, que había entrado en el pajar detrás de los caballos, se había colocado a su espalda. Cuando iba a descargar su espada sobre el caído Alfonso, vio con horror, por el rabillo del ojo, al soldado a su espalda con la espada cogida con sus dos manos yalzada sobre su cabeza, dispuesto a descargarla sobre él. Comprendiendo el inmenso error cometido, no tuvo tiempo para más. La espada del soldado le cayó sobre la cabeza, abriéndosela en dos, y cayendo muerto sobre Alfonso.

Abdel Aziz, peleaba contra dos soldados, pero un tercero arrojó sobre él una lanza que le paso de lado a lado. En unos minutos había acabado todo. De los ocho hombres de la partida de Abdel Aziz, siete habían muerto. El octavo fue hecho prisionero, junto con el propietario de la casa.

El Alférez, se dirigió a Alfonso, incorporándolo del suelo y liberándolo de sus ligaduras. Sus amoratados ojos

y su rostro tumefacto, aparte de cortes en los brazos y otros moratones, impresionaron al soldado, máxime al tratarse de un monje.

— Gracias Alférez. Dios os ha puesto en el camino de estos asesinos. Doy las gracias por eso a nuestro Señor Jesucristo, loado sea. Soy el Abad de Santa Fe de Barbastro, Gilberto de Solana.

## **Capítulo 20. El Abad de Santa Fe. Sábado, 10 de noviembre de 1.123**

La noticia del rescate del Abad, llegó a Santa Fe, a primera hora de la tarde, celebrándose con gran alegría por toda la comunidad del monasterio barbastrense.

Al conocerse la nueva, Alvar Galindo se reunió con fray Gastón. La aparición del Abad, deshizo la tensión reinante, dado que todo el mundo temía un desenlace fatal. Permitiría además, resolver las cuestiones pendientes.

En cuanto a Alfonso y el paradero de la cruz, no había noticias. Seguramente habría logrado escapar a cualquier lugar. Tal vez nunca se tendrían noticia de ellos.

García y Guillen, permanecían prisioneros en las mazmorras de Barbastro. Estaban totalmente incomunicados. No esperaban nada. No albergaban rencor a nadie, ni siquiera a la vida que tan esquiva había sido con ellos. Ni siquiera, la falta de noticias de Alfonso, les hacía sentir resentimiento hacia él. Sus vidas habían transcurrido siempre al límite. Eran las que les había tocado vivir, y desde la visión que les proporcionaba sus propias circunstancias, no hubieran deseado otras. Sabían que su continua relación con el peligro, tarde o temprano les acarrearía perecer en el. Y aunque nunca pensaron firmemente en ello, intuían que sus vidas acabarían de esa forma. Colgados en una horca. La

cuestión era, que eso ocurriera cuanto más tarde, mejor. Y a ello se habían dedicado toda su vida: a demorar la llegada de ese momento. Y este, desgraciadamente para ellos, ya había llegado. Resignación. Ellos no llorarían, ni patalearían, ni suplicarían. Era su destino, y al fin, este, les había alcanzado.

Al final de la tarde, un carruaje trajo al Abad a Santa Fe. Venía escoltado por el Alférez que mandaba las tropas que lo liberaron y cuatro hombres. Toda la congregación estaba esperándole a la puerta del monasterio, mientras que los hombres de Albar Galindo, habían formado un pasillo a lo largo del camino hasta la entrada al monasterio. Allí, fray Julián, el Alférez, Albar Galindo y fray Gastón, formaban un improvisado comité de bienvenida.

Alfonso, en su papel de Abad, observaba a toda aquella gente, sumido en un mar de mil contradictorias sensaciones. Curiosamente, no tenía miedo, sino respeto. Se sentía diferente y transformado.

Desde que contempló en la posada *La Luna*, la cruz que había robado, y posó sus manos sobre ella, algo había cambiado en su interior. Por primera vez en su vida, y ante aquella imagen, sintió, que algo le conmovía, y también por primera vez, sintió en su interior, un sentimiento de arrepentimiento, y también por primera vez, fue consciente del horror que había sembrado a lo largo de su vida de maldad, en su propia familia y en las ajenas. Sintió como si acabara de establecer una línea que demarcaría un antes y un después. No sabía qué iba a hacer. Pero sabía que algo iba a hacer. El rostro de su hermano, en el momento trágico de darle muerte ocupó su pensamiento. Era un rostro que reflejaba sorpresa,

como alguien que acaba de constatar como posible, lo que creía imposible. Luego ese rostro fue sustituido por otro: pertenecía al momento en que lo enterraba. Un rostro sereno. Nada que ver con el de un instante antes de morir. El rostro de un hombre feliz. Igual en aquel momento, su hermano se encontraba delante de Dios, al que amaba por encima de todas las cosas. Y aquello le hizo pensar. Pensar, en que tal vez, era el momento de cambiar su vida. Había que establecer cuanto antes, esa línea delimitadora de un antes y un después.

Y lo vio claro, cuando los hombres del rey hicieron su aparición en Albalate. Aquel era el momento de establecer la línea. Y no le importaba morir en el intento. Por eso se lanzó hacia adelante gritando con todas sus fuerzas, solicitando la ayuda de los soldados. Y por eso, cuando lo liberaron, se presentó como el Abad de Santa Fe. Su vida iba a cambiar. ¡Y de qué modo! Pensó otra vez en su hermano, y a su mente vino de nuevo, el rostro con expresión serena de su hermano, cuando lo depositaba en el interior de la fosa que había excavado. La muerte de su hermano a sus manos, no iba a ser estéril.

Cuando el carruaje se detuvo en el interior del monasterio, fue ayudado a bajar, y luego, llevado en volandas hasta su celda. Vio llorar de alegría a los monjes, quienes le fueron abrazando uno a uno, sin decir nada, sintiendo en cada abrazo una inyección de amor sincero, que finalmente provocaron que las lágrimas afloraran a sus ojos. Y justo entonces, experimentó una sensación liberalizadora. No temía que nadie pudiera reconocer en él al asesino, y no porque de ser así, tendría

que recibir el castigo merecido, sino porque no podría devolver el amor que estaba recibiendo, a aquellas personas y a otras tantas, que en aquel momento desconocía.

Una vez que estuvo acostado en su cama, fray Francisco, comenzó a aplicar sus cuidados sobre el magullado y maltrecho herido. Comenzó, limpiándole la cara con unas gasas. De la tremenda hinchazón del rostro, dedujo que debía tener fracturado el maxilar izquierdo, ya que al simple roce del dedo o la mano se quejaba ostentadamente. Tras aplicarle ungüentos y pomadas, de los que fray Francisco era un experto, Alfonso tomó algo de caldo de pollo y puré de patata, que le habían preparado en la cocina. Le aplicó una venda para tratar de inmovilizar la mandíbula, hasta que con el paso de los días, la fractura se consolidara.

Fuera de la celda, se arremolinaban algunos monjes deseosos de saber el estado de su Abad, pero fray Francisco los fue tranquilizando y poco a poco, cada uno fue a realizar sus tareas, con lo que la calma se adueñó nuevamente del monasterio.

Albar Galindo y fray Gastón, habían interrogado a fray Santiago sobre lo que vio en la biblioteca. Este todavía se encontraba aún emocionalmente bloqueado. Solo hablaba de que el Abad estaba muerto por el mismo Abad. Aquella incongruencia, fue tomada por los dos, como una pesadilla obsesiva cuyo origen desconocían, y que el enfermo todavía no estaba en condiciones de explicar. Tal vez se tratara de una obsesión del monje, para la que nadie estaba capacitado para descifrar o interpretar. El hecho de que el Abad estuviera vivo, dejaba sin sentido aparente sus manifestaciones.

También la mancha de sangre no tenía una explicación lógica, quedando como incógnita a resolver. Tal vez cuando el Abad se recuperara, pudiera obtenerse una explicación a la existencia de la endemoniada mancha.

## **Capítulo 21. La Ejecución.**

### **Domingo, 11 de noviembre de 1.123**

El día apareció soleado en Barbastro. A última hora del día anterior, les fue comunicada a García y a Guillen, la sentencia dictada por el rey: muerte en la horca. La sentencia se ejecutaría a primeras horas de la mañana del día siguiente, en el patio de la mazmorra donde estaban encerrados.

Acogieron la sentencia, con indiferencia. Tenían muy claro que iba a ser así. No sabían cuándo, y ahora ya lo sabían: mañana domingo. Se miraron en silencio y se abrazaron. Aquella noche, cada cual se sumió en sus recuerdos. No habían tenido una vida fácil. Su destino se escribió en el mismo momento de nacer. Sus respectivas familias no pertenecían a las clases acaudaladas, pertenecían al pueblo llano, condenados de antemano a trabajar, sufrir y morir. Y si te querías rebelar contra aquella situación, solo había un camino. Echarte al monte y vivir la vida sobre la marcha. Debías convertirte en un depredador, que hacía víctimas entre las víctimas. Los señores, todavía quedaban demasiado altos, como para poder hincarles el diente. La vida en el monte, la aventura, les llevó a conocer a Alfonso, un caballero, igualmente disconforme con lo que la vida le había dado. Sin embargo, su cuna le proporcionaba la posibilidad de ponerse a las órdenes de otros señores más poderosos y medrar, para tener una vida más regalada. Entraron a su

servicio y sus vidas mejoraron. Ya no se trataba de asaltar a los caminantes, como vulgares ladrones, a los que cuando eran detenidos por las patrullas del rey, se les ajusticiaba en el mismo lugar en que eran apresados, y dejados sus cadáveres a un lado del camino, para que los buitres y otros carroñeros, se encargaran de la misión de integrarlos a la naturaleza, por la vía de sus estómagos. Con Alfonso, sus vidas cambiaron por completo. El servir a señores con grandes posesiones e intereses en sus zonas de influencia, suponía enfrentamientos con otros señores, con iguales posesiones e influencias que chocaban con las de aquel. Eso implicaba acción continua, alimentación y soldada garantizada, y una vida muy diferente a la de los labriegos atados a la tierra, al servicio de un señor, atentos a sus caprichos, fueran cuales fuesen, siendo en la práctica esclavos de estos. La contrapartida era el riesgo de muerte en cada acción o campaña. Pero de algo había que morir, y preferían hacerlo traspasados por una espada, lanza o flecha, que de hambre. No estaban arrepentidos de nada, ni añoraban nada, ni reprochaban nada. Sabían, porque lo que habían visto muchas veces, que el tránsito duraba unos segundos, los que transcurrían desde que te abrían las compuertas debajo de tus pies, hasta que el cuello frenaba la caída, rompiéndose. Los movimientos espasmódicos, eran reflejos. El ahorcado, ya no era consciente de ello. Y luego la nada. El silencio. La paz. Cuando el sacerdote les ofreció la posibilidad de la confesión la aceptaron de buen grado. No les ocupó mucho tiempo, pues no fueron confesiones largas: habían pecado contra todos los mandamientos, y no hacía falta relacionar las faltas

cometidas. Reconocieron con naturalidad todas sus imperfecciones, sin adjudicarse ninguna virtud. El sacerdote les dio la bendición y el perdón a sus pecados, admirado por la resignación de unas personas que hacía pocos días habían cometido una serie de horrendos crímenes, sin pestañear. Sabían que faltaban pocos momentos para presentarse ante el Altísimo, y querían asegurarse, al menos, el purgatorio.

El catafalco de la horca, estaba siempre preparado. Solo hubo que preparar las cuerdas y hacer una prueba, que funcionó sin problemas. Los dos hombres salieron precedidos por un sacerdote que iba rezando una oración. Cuando estuvieron en lo alto de la plataforma, les colocaron las cuerdas y antes de taparles las cabezas, el sacerdote hizo la bendición sobre ellos, a la vez que les daba a besar la cruz que llevaba. Estos, la besaron con respeto, se miraron por última vez sin decirse nada, miraron al frente y cerraron los ojos. El verdugo los cubrió con las capuchas, y un instante después, sus cuerpos se precipitaban violentamente hacía el suelo. Tras unos segundos de convulsos movimientos, quedaron inmóviles, poniendo fin a sus días en este mundo. Pasado un tiempo, fueron descolgados, introducidos en sendos ataúdes de madera, y enterrados en una zona común del cementerio, con ausencia de cruces y lápidas. Nunca nadie, sabría de sus inanes vidas, ni de su paso por este valle de lágrimas.

## **Capítulo 22. La Confesión.**

### **Domingo, 11 de noviembre de 1.123**

Alfonso, se recuperaba lentamente. La fractura del maxilar le producía grandes dolores. Alvar Galindo y fray Gastón, estaban deseosos de poder hablar con el Abad, pues era necesario cerrar todas las incógnitas pendientes. Por un lado, se habían dado las órdenes oportunas para la captura del único hombre que faltaba y que se suponía llevaría consigo el tesoro robado. Por otro, tanto Alvar Galindo como fray Gastón deseaban dar por terminado el triste asunto, y dedicarse a sus cotidianas labores. Ambos, se acercaron a la celda donde se encontraba el, para ellos, Abad.

Alfonso, era consciente de que los dos estaban deseosos de hablar con él. Y él, tenía grandes deseos de terminar la zozobra en la que vivía. Fray Francisco, le había contado los pormenores de lo sucedido en ambos monasterios. Durante la noche y parte de aquella mañana, le había dado vueltas a su cabeza. Su arrepentimiento era total, y deseaba expiar sus pecados. Y su transformación, también era completa. Pero sabía que todavía debía realizar alguna mala acción, en forma de una gran mentira, para poder dar inicio a la salvación de su alma, cosa que le urgía por momentos.

Cuando asomaron sus rostros por la puerta de su celda, les hizo un gesto, para que se acercaran. Fray Francisco, le atendió solícito, pensando que le pedía algo.

Luego se percató de la presencia del Alférez y de fray Gastón.

— ¿Podemos conversar durante unos momentos con fray Gilberto, fray Francisco? —pregunto Albar Galindo

— Pero por muy poco tiempo. La inflamación ha bajado algo, y eso le permite hablar, pero la rotura de la mandíbula, requiere una inmovilidad total —dijo fray Francisco, haciéndose a un lado, con lo que venía a conceder la petición de los visitantes

— Esperamos que os encontréis mejor de vuestros dolores. Nosotros queríamos hablar con vos, sobre unos detalles, para tener una completa visión de lo sucedido. Primero debéis saber que, los dos asesinos que capturamos y que se escondían precisamente aquí, en Santa Fe, han sido ejecutados esta mañana por orden del Rey, una vez que declararon y admitieron su participación en este horrendo crimen.

Alfonso, se estremeció, cerrando los ojos. Sintió una punzada en su pecho pues sentía que él tenía una parte importante de culpa en el trágico destino de sus compañeros, a los que ahora los sentía así, y se lamentó de su suerte, culpándose por no haber sabido ocuparse de ellos. Por su culpa, ellos continuaban escondidos en lo que en definitiva se convirtió en una trampa. Sin embargo, tanto Albar Galindo como fray Gastón, interpretaron que en su bondad, el Abad sentía dolor por la suerte de aquellos desgraciados.

— Decidnos. Encontramos una nota, en la que un misterioso personaje que firmaba con la letra **A**, solicitaba a algún miembro de esta comunidad a reunirse

con él. ¿Fuisteis vos el receptor de esa nota? –preguntó fray Gastón.

Alfonso se alarmó un tanto. Su hermano no había destruido la nota, tal y como le pedía.

— Sí. Yo era el destinatario de la nota. –dijo Alfonso

— ¿Conocíais al autor de la nota? En ella firma con una **A**. ¿Cuál era el motivo por el que os solicitaba la reunión?

— Sí. Sí que le conocía. Era mi hermano. –dijo con la mirada baja, seguro del efecto que la revelación ejercería en sus interrogadores.

— ¿Vuestro hermano? –dijeron a dúo Albar Galindo y fray Gastón.

—Sí. Era mi hermano Alfonso. Desgraciadamente, nuestras vidas no habían podido correr por sentidos más dispares. Ya desde niños, nuestros modos de hacer y de pensar discrepaban absolutamente, era como el agua y el aceite. Él era violento, hombre de acción. Yo, tranquilo y hombre de estudio. Hubo un momento, en que sus acciones, afrentaban gravemente a nuestra familia, por lo que nuestro padre no tuvo más remedio que desheredarlo, y expulsarlo de nuestra casa. Yo tenía de vez en cuando noticias suyas, siempre pidiéndome ayuda o algún tipo de favor. Y por otro lado, me llegaban noticias de sus acciones violentas, a las órdenes de algunos señores y nobles del reino. En su vida siempre estaba presente la violencia. Al límite. Pero hace unos días, me llegó una nota por medio de un judío al que no conocía y que no quiso dar su nombre, y que es la nota de la que me habláis. Casualmente, minutos antes, un mensajero del rey me había informado sobre los sucesos

terribles que habían ocurrido en Santa María de Alaón. El corazón me dio un vuelco, presintiendo que mi hermano, tendría algo que ver con aquello. Y no tardé mucho tiempo en confirmarlo, al recibir la visita del judío. Con resignación, y conociendo su violencia, decidí recibirlo.

Alfonso, guardó silencio, a la vez que extendía el brazo solicitando un poco de agua, que le proporcionó fray Francisco. Sus tres acompañantes, escuchaban con atención el relato.

— Como digo, se presentó a la hora convenida. Y como suponía, me solicitaba ayuda para él y sus hombres, quienes esperaban fuera, según me dio a entender. Cuando le eché en cara su horrendo crimen, me negó su participación en él, aunque como podéis imaginar, a estas alturas, yo no le creí. En esta ocasión me negué con absoluta rotundidad. Recibí sus amenazas de muerte, para lo que incluso, desenvainó su cuchillo, que puso en mi garganta. Pensé que mis días habían llegado a su fin. Cerré los ojos y me encomendé al altísimo. Si tenía que luchar por mi vida era justo aquel momento, así que me tiré hacia atrás, a la vez que me zafaba de él, cayendo los dos al suelo. Tras unos instantes, que me parecieron siglos, él se miró el brazo del que manaba sangre: se había producido un profundo corte con su propio puñal. Rabioso, saltó sobre mí, cuando en aquel instante, apareció por la puerta fray Santiago, justo en el momento en que mi hermano, sujetándome por el pecho, situaba el puñal en mi garganta. La escena debió ser demasiado fuerte para fray Santiago que se desplomó como un muñeco de trapo. Alonso, mi hermano, se asustó, desconcertado durante

un segundo, pues debió de temer que detrás de aquel monje vendrían otros, y amenazándome de muerte, se incorporó, espetándome en la cara «*Hermano, dentro de una hora te espero fuera del monasterio. Si no sales, entraremos nosotros y pasaremos a cuchillo a tus monjes. Atente a las consecuencias.*», saliendo a toda prisa de la biblioteca.

Alfonso, volvió a hacer un inciso, y volvió a tomar un sorbo de agua. Cerró los ojos durante unos segundos. Sus interlocutores mientras tanto, seguían prendados de su relato. Se mantuvieron en silencio, mientras al Abad se recuperaba.

— Me incorporé rápidamente, y me dirigí a ver el estado de fray Santiago. Seguía inmóvil, con los ojos abiertos. Pensé en lo que debía de hacer. Recordé la amenaza de mi hermano, y estaba completamente seguro de que la cumpliría. Decidí seguir su juego, en un intento de evitar males mayores. Limpié la sangre como pude, ayudándome de mis propias ropas, y empecé a dar voces, llamando a nuestros hermanos.

Yo tenía que pensar rápidamente un plan para poder abandonar el monasterio sin levantar sospechas. Así es que la primera cosa que me vino a la mente, fue decir que iba a pedir auxilio a Santa María de Alaón, en busca del hermano Ricardo. No me costó mucho, pues el sentido de obediencia está muy arraigado en los hermanos. Fray Julián se ofreció a prepararme la cabalgadura, mientras los demás, trasladaban a fray Santiago a su celda. Y con este estado de ánimo, abandoné Santa Fe, con la convicción de que jamás lo volvería a ver con mis ojos. Una vez que hube abandonado el monasterio, a los pocos instantes,

apareció mi hermano. Lo primero que hizo, fue derribarme de la mula, y ponerme el puñal en el pecho. Me llamó la atención no ver a sus dos secuaces, pero pensé que estarían cerca. Tal vez por eso, no me extraño el ver aparecer unos jinetes por el camino. Cuando mi hermano se dio cuenta, estábamos rodeados. Y lo que yo suponía cómplices de mi hermano, resultó ser una banda de forajidos que iban tras él. Luego deduje que eran moros, pues hablaban en árabe entre ellos. Ante mi desconcierto, aquellos hombres nos hicieron prisioneros. A mí me volvieron a subir a la mula, y a mi hermano a un caballo con las manos atadas por delante. Tras varias horas de cabalgar, y luego de soltar a mi mula, pues no iba al ritmo que querían, y subirme a mí a un caballo, llegamos al lugar del que fui rescatado. A mi hermano se lo llevaron a otro lugar. Y esa fue la última vez que lo vi. Luego durante cuatro días, lo estuvieron torturando, pues oía sus gritos de dolor y las maldiciones de nuestros secuestradores. Como digo, al cuarto día, un grupo de aquellos hombres, encabezados por su Jefe, salió en dirección de Barbastro, según deduje, pues se fueron por el camino por el que habíamos venido. Tal vez mi hermano les había dicho lo que querían. Por la noche del segundo día, regresaron, y se dirigieron a donde tenían mi hermano, porque a los pocos instantes oí un desgarrador grito, que me pareció el último, pues ya no volví a sentir nada. Luego vi, cómo varios de aquellos sarracenos, pues eran sarracenos, no me cabe duda, sacaban un cuerpo, lo ponían sobre una montura, y se adentraban en la montaña. A las dos horas regresaron con un caballo llevado por las riendas. Del cuerpo que llevaba en su lomo, ni rastro.

Nuevamente, pidió que le llenaran al vaso de agua, del que bebió con ansia, derramando parte de ella por la comisura de los labios. Fray Santiago miró a Albar Galindo y fray Gastón rogándoles que pusieran fin a la conversación. Así lo entendieron los dos.

— ¿Queréis descansar? Podemos seguir en otro momento —dijeron.

— No. Es mejor terminar, para poder expulsar de mi recuerdo, estos terribles momentos de mi vida. —hizo una pausa y continuó— Al día siguiente, entró en la habitación en la que me tenían retenido, el que parecía el jefe de todos ellos. Y tras darme un bofetón, me preguntó directamente por una bolsa de cuero que contenía una cruz de oro, que donde la tenía guardada, que ya sabían que el perro cristiano, era mi hermano, y que me había entregado la cartera con la cruz para que se la guardara. Me conminaba a que yo le dijera el paradero de esa bolsa. Cada pregunta, venía precedida de un golpe, y perdí varias veces el conocimiento. De pronto, alguien vino diciendo que había visto hombres del Rey que venían por el camino. Con rapidez me llevaron al pajar mientras todos ellos se escondían. Del resto, creo que ya sabéis como terminó.

Alfonso, volvió la cabeza y cerró los ojos, lanzando un suspiro. Fray Francisco le puso la mano sobre la frente, y volviéndose a Albar Galindo y fray Gastón.

— Tiene fiebre. Yo creo que deberíamos dejarlo para otro rato —dijo

— Ya no hace falta. Creo que nos ha aclarado lo que necesitábamos saber. Ya no lo molestaremos más.

Salieron de la celda y se dirigieron a la biblioteca. Una vez en ella, Albar Galindo se dirigió a fray Gastón.

— Pues creo que ya está todo. Al parecer, el tal Alfonso, ¡quién lo iba a decir, hermano del Abad! Murió a manos del que les hizo el encargo, al sentirse traicionado o engañado. Con su muerte, no creo que encontremos nunca la cruz, salvo por algún afortunado giro de la fortuna, quien sabe.

— Sí. Así es. Creo que salvo recuperar la Cruz, todo está aclarado. —Dijo fray Gastón —No sé si os pasa a vos, pero yo me siento un poco decepcionado.

— Yo también, ahora que lo decís. Pero nuestra labor ha terminado. Voy a escribir al Rey un informe poniéndolo al día de los acontecimientos. Y vos padre, ¿Qué vais a hacer?

— Regresar, primero a Santa María de Alaón y luego iniciaré mi Camino de Santiago. Y finalmente, me reintegraré a mi monasterio en Francia.

Mientras, fray Francisco le volvió a poner la venda al Abad, prohibiéndole hablar ni mover la mandíbula, por lo menos en quince días. Alfonso, en su interior liberado por haber puesto punto final a su triste historia, se hallaba ansioso por comenzar la nueva. Quince días, había dicho fray Francisco. Perfecto. No pensaba hablar ni decir nada en ese tiempo. Solo pensar y rezar. Sin embargo por las noches se le aparecía en sueños su hermano, sin que su rostro denotara odio o amargura, sino mas bien amor y felicidad, como animándole a emprender una nueva forma de vivir, hasta lograr reivindicarse, no solo ante Dios, sino, y especialmente, ante los seres humanos, con los que estaba en perpetua deuda.

## **Capítulo 23. El Arrepentimiento.**

### **Lunes, 26 de noviembre de 1.123**

Alfonso, no habló mucho durante esos quince días. Hasta el punto, de llegar a preocupar a fray Francisco y al resto de monjes de Santa Fe.

— ¿Os encontráis bien, hermano? — le solían preguntar

— Sí, estoy muy bien gracias a Dios. No os preocupéis por mí— contestaba invariablemente.

Un día, se presentó en Santa Fe, de manera imprevista, el Obispo de Roda, don Ramón. Venía a visitar a fray Gilberto, para hablar de su recuperación.

Por aquellos días, Alfonso, se levantaba y paseaba por el claustro o recorría las cercanías del monasterio, siempre encerrado en su mutismo. Había mejorado mucho de sus heridas. El rostro empezaba a recuperar unas facciones más normales, aunque aún tenía restos de los hematomas que lo cubrían. La inflamación por culpa de la fractura, había desaparecido, haciendo patente la mejoría, lo que llevo consigo, que fray Francisco regresara a Santa María de Alaón, no sin antes prometerle una visita, en cuanto se recuperara del todo. Cuando el Obispo don Ramón entró en la celda, en la que se encontraba Alfonso, este leía un pasaje del libro de salmos. Al oír que alguien entraba, y ver a Don Ramón, se levantó rápidamente, para arrodillarse delante del Obispo, quien le puso sus manos sobre la cabeza,

obligándole, acto seguido, a levantarse. Con un gesto de cabeza, el obispo ordeno al resto de acompañantes que lo dejaran solo con el Abad. Lo que hicieron inmediatamente, cerrando la puerta.

Alfonso se sentó sobre la cama y el Obispo don Ramón, en la silla.

— Amado padre, ¡Cuánto celebro vuestra visita! Quisiera rogaros algo –dijo.

— Vos diréis –le dijo afablemente

— Amado padre. Los sucesos que han acaecido en este último mes, han producido en mí una revelación interior, que domina mis pensamientos y deseos. He meditado mucho y creo que Dios me pide un giro en mi vida.

— ¿Y cuál es esa revelación, hermano Gilberto?

— Quisiera cesar en mi cargo de Abad, y dirigirme a Tierra Santa, a ayudar a la conversión de infieles, y a ayudar a los Guerreros de Cristo y a cuantos lo necesiten, en todo aquello que mi capacidad como ser humano y hombre al servicio del Señor sea capaz de ofrecer.

— ¡Caray! ¿Tierra Santa, decís? –preguntó sorprendido el obispo

— Sí. Creo que Dios quiere colocarme junto al que padece, sufre y enferma. Él quiere que yo les ayude a confortar las almas de sus hijos, y ayudar a la conversión de infieles. Lo veo en sueños y no veo el momento de ponerme en marcha.

— ¿Y eso sería de inmediato? –pregunto el Obispo.

— ¡Oh, no! Ahora no. Pienso que primero deberé prepararme para lo que me espera. Enviadme al monasterio de Obarra, como simple monje, y encargadme los trabajos más humildes, o ponedme a

recorrer el reino ayudando a los pobres y a los enfermos. Un año os pido, padre, un año. Luego, Tierra Santa.

El Obispo estaba asombrado. Nunca había sentido un fervor tan religioso en persona alguna. La mano de Dios estaba detrás, no le cabía duda.

Pasados unos días, el Obispo de Roda le comunico que accedía a sus peticiones, y que de allí a quince días debería incorporarse al monasterio de Obarra, donde el prior le asignaría las labores que considerara oportuno, teniendo en cuenta sus deseos. También nombraba a fray Joaquín como el nuevo Abad de Santa Fe.

Unos días más tarde, Alfonso, reconvertido en fray Gilberto, se ponía en camino hacia Obarra, dispuesto a comenzar su penitencia de un año, hasta poder viajar a Tierra Santa. Atrás quedaría una vida desaprovechada de ladrón y asesino. Había perdido mucho tiempo, y tenía prisa por empezar a recuperarlo. No sería fácil, pero tampoco su vida lo había sido hasta ahora. Debía mucho a Dios, a los hombres y a su estirpe, y especialmente a su hermano, al que incluso, le había quitado la vida.

Esperaba pagar su deuda, y encontrar la paz interior en Tierra Santa, el lugar donde el Señor dio su señal y murió por los demás.

**Primer Epílogo.**  
**Un año después**  
**Miércoles, 12 de noviembre de 1.124**

El hombre de la capucha y hábito de peregrino, hizo su entrada en Barbastro a lomos de una mula, dirigiéndose directamente al establo que se encontraba a la entrada de la ciudad. Dejó allí al animal, y se echó al hombro un pequeño petate. Luego dirigió sus pasos hacia la plaza del mercado, y una vez allí, subió por la calle en la que se encontraba la herrería.

Cuando estuvo ante ella, llamó la atención del herrero que se encontraba martilleando sobre el yunque un pico al rojo vivo. Cuando este terminó la operación de dar forma al pico y lo sumergió en el agua, desprendiéndose grandes volutas de vapor, se dirigió hacia el desconocido, con el que mantuvo una breve conversación, tras la cual, el herrero se introdujo en el interior del taller, descolgó una llave que pendía junto con otras muchas de un clavo de la pared, y de la que colgaba un trozo de piel con un número grabado a fuego. Miró atentamente el número y entregó la llave al visitante. El hombre de la capucha, la recogió, entregándole una moneda de oro. Luego tomó el camino hacia el monasterio de Santa Fe, donde preguntó por el comedor. El monje que le atendió, le informó del lugar, y minutos después, nuestro peregrino estaba delante de un plato caliente de sopa en cuyo interior podían verse

trozos de patata, col, y algún que otro trozo de carne. Después, se dirigió a la capilla y estuvo rezando hasta que se hizo noche cerrada. Después de santiguarse, abandonó la capilla y salió del monasterio dirección Barbastro.

A esas horas ya no circulaba gente, y en su caminar no se cruzó con alma alguna. Llegó a la altura de la Capilla del Santo Sepulcro y se detuvo ante su puerta. Miro a un lado y otro, y empujó la puerta. Estaba cerrada, como suponía. Al día siguiente, segundo jueves de noviembre, los Caballeros de la Cofradía del Santo Sepulcro, la abrirían al culto, y la mantendrían así hasta el siguiente jueves, es decir siete días.

Se cercioró una vez más de que estaba solo, y de su capa sacó la llave que hacía unas horas le había entregado el herrero. Con ella, y tratando de no hacer ruido, abrió la puerta de la capilla, y pasó dentro. Una hora más tarde, volvió a salir, cerró la puerta, y se perdió en la oscuridad de la noche.

La Cofradía de Caballeros del Santo Sepulcro de Cristo, estaba formada por caballeros pertenecientes a la nobleza, señoríos, baronías y condados, que habían construido la capilla a imagen y semejanza de la que existía en Jerusalén. La Capilla permanecía cerrada durante el año. El segundo jueves de noviembre se abría y durante una semana, permanecía abierta a los fieles que quisieran visitarla.

Los miembros de la Cofradía, se reunían en la explanada que había delante de la mezquita—iglesia, y desde allí, presididos por el Gran Maestre, portando cada uno una vela encendida en la mano derecha, se dirigían

en procesión hacia la Capilla, seguidos del clero, las autoridades y la gente del pueblo. Los que asistían como simples espectadores, mantenían durante todo el recorrido un espectral silencio, solo roto por los rezos de los Caballeros de la Cofradía.

Cuando llegaron ante la puerta de la Capilla, el Gran Maestre, dio al Secretario la llave que abría la puerta de acceso a la misma. Una vez abierta, los Caballeros, formados en dos filas, entraban, unos por la izquierda y otros por la derecha, siguiendo la curvatura de la capilla, apoyando sus espaldas al muro de la misma. El sacerdote oficiante, junto con el Gran Maestre, se dirigían por el centro hacia el altar, uno al lado del otro. Una vez que los bancos de la Capilla estuvieran ocupados por las autoridades y la gente del pueblo, se oficiaría la Santa Misa.

A medida que iban penetrando los asistentes a la Capilla, fue produciéndose un murmullo en el interior de la misma que se extendió rápidamente hacia la calle. Y era que conforme los Caballeros iban adentrándose en el templo, las velas que portaban iban iluminando el interior, permitiendo a los que estaban dentro, constatar que en el altar, a la vista de todos los presentes, había una cruz que devolvía multiplicados, los rayos de luz que recibía.

El rumor se fue haciendo cada vez más grande. Los caballeros se mantenían en sus puestos, pero se preguntaban unos a otros con la mirada, sobre la misteriosa aparición de la cruz. La gente del pueblo, se arremolinaba en la entrada. Ya se hablaba directamente de milagro, y ya había quien decía haber sido testigo del momento en que la cruz había hecho su aparición en la

capilla. Hubo quien habló de un monje, en realidad un ángel, quien se había encargado de confeccionar la cruz, en señal de agradecimiento, por el trato recibido en la ciudad.

El Gran Maestre se acercó con el sacerdote al altar, provistos de unas velas, girando alrededor del mismo, contemplando, sobrecogidos, la maravilla que tenían delante. Estaban impresionados. Aquello era obra del cielo, un milagro. Un Cristo crucificado, era exactamente lo que debía presidir la Capilla del Santo Sepulcro.

La gente que estaba fuera, no sabía exactamente el porqué de aquella agitación en el interior.

— ¿Qué pasa dentro? —preguntó uno

— Dicen que en el Altar ha aparecido una cruz con un Cristo crucificado —contestaba otro

— ¿Una cruz? —

— Sí. Una cruz con un Cristo crucificado. Es el Cristo del Granado. —dijo un hombre encapuchado con hábito de peregrino.

Y de repente, se produjo un hecho extraordinario. Esas palabras, que daban nombre al prodigio, comenzaron a ser pronunciadas por todos y cada uno de ellos, con un fervor inusitado. Y en forma de corriente mística, penetraron en el interior de la capilla, envolviendo a todos los presentes, produciéndose una única voz, que solo musitaba una frase: El Cristo del Granado. Cuando este nombre llegó a oídos del Gran Maestre y del Sacerdote que estaban absortos en la contemplación del santo objeto, se miraron asombrados. ¡Efectivamente, los maderos de la cruz, representaban estar hechos con la madera de un granado! ¿Cómo podía haber ocurrido aquello?

— ¡Milagro!

— ¡Milagro!

— ¡El Cristo del Granado lo ha traído un ángel!

Si alguien hubiera podido ver el rostro de aquel encapuchado con hábito de peregrino, alejándose calle abajo, hubiera podido ver un rostro resplandeciente en el que se dibujaba una amplia sonrisa, a la vez que unas incontenibles lágrimas, dejaban profundos surcos en su cara y en su alma.

**Segundo Epílogo.**  
**Un año antes.**  
**Miércoles, 7 de noviembre de 1.123**

Alfonso tomó la llave que colgaba de uno de los clavos que sujetaban la mano de Cristo al madero de la cruz. Luego miró a su alrededor. Tuvo una idea. Por precaución, cerró la capilla por dentro utilizando la llave. Se dirigió hacia uno de los hachones y cogió el grueso cirio. Con su puñal, cortó un buen trozo por la parte del final, volviendo a dejar el cirio en su hachón. Al trozo que separó del cirio, le hizo dos cortes longitudinales creando dos planos. Luego, aplicó la llave a la llama hasta que casi le era imposible sostener la misma desde el otro extremo al que aplicaba el calor. Tuvo que protegerse las manos con sus propias ropas para no quemarse. Una vez que consideró que la temperatura del hierro era la adecuada, apretó firmemente la llave contra la cera de uno de los planos de la vela. El tremendo calor de la llave, fundió fácilmente la cera, dejando una profunda huella de todo el contorno de la llave. Presionó hasta que la llave, quedó completamente introducida en la vela. Acababa de realizar una copia de la llave.

Luego se dirigió hacia el altar, y dejó al descubierto el hueco que cubría la losa que se movía. Era perfecto. Sacó la cruz de la bolsa de cuero, y la envolvió con un trozo de tela del forro de su capote, depositándola en el fondo del hueco. Colocó la loseta y la ajustó de forma que

no se moviera. Para ello, utilizó tierra que encontró en el suelo y algún trocito de madera, que introdujo por las rendijas de separación con las otras baldosas. Finalmente, la baldosa quedó firmemente fijada, sin que se produjera movimiento alguno al pisarla.

Dejo la llave original en su lugar, después de utilizarla para abrir la puerta, y con la copia de la llave en cera, ya enfriada, en el macuto, salió a la calle. Todo seguía en silencio y no pasaba un alma.

Al día siguiente, buscó en Barbastro el establecimiento del herrero. Cuando lo encontró se dirigió a él.

— Buenos días —dijo

— ¿Qué se ofrece? —le dijo el herrero echándole una mirada de arriba abajo.

— Verá. De aquí a algunos días, tengo que ponerme en viaje y mi ausencia se va a demorar varios meses. Como vivo solo acompañado de un criado, he traído conmigo una copia en cera de la llave de mi casa, para que usted me haga un duplicado, y la guarde hasta que yo regrese. Como yo me voy a llevar la llave original, bien podía ocurrir que la perdiese o me la robasen. Se trata de tomar precauciones ante la eventualidad que le acabo de contar. Le pagaré los gastos de la confección, y a eso añadiré algún dinero más por la molestia de guardarme la llave. Si cuando regrese, aún tengo la llave, no pasare a por ella. Si la he perdido o me la han robado, vendré a recuperar mi copia, por lo que le añadiré otra moneda de oro, como agradecimiento. Con el fin de que luego sea fácil dar con mi llave, usted deberá atarle un cuero con unos números que yo le daré. Cuando regrese, le daré esos números que usted comprobará. Si no

coinciden, no deberá entregarme la llave. Es una norma más de seguridad.

El herrero escuchó las argumentaciones del cliente, y hasta le admiró lo simple y efectivas que eran. Como no decía donde vivía, el poseedor de la llave, no podría utilizarla para desvalijarle la casa, por no saber que puerta abría esa llave. Y si la perdía o se la robaban, vendría a por la copia, evitando tener que tirar la puerta abajo. «*Sí señor, un hombre listo y precavido*», pensó.

Se puso manos a la obra. Primero hizo un molde de barro sobre la cera y dejó que se secara. Luego, hizo otro con arcilla, utilizando el molde de barro, con lo finalmente obtuvo el modelo sobre el que derramaría el hierro fundido. Una vez terminada y pulida la llave, Alfonso le indicó el número que debía poner: 11231104 en un trocito de cuero que ató a la llave. Luego, la colgó junto con otras en un gancho que tenía en el interior de la herrería.

**Tercer Epílogo.**  
**Veinticinco años después.**  
**Jerusalén, 1.148**

Jerusalén era un pequeño cosmos de nacionalidades: sirios, turcos, griegos, latinos, judíos y como tal habían aprendido a convivir, aunque en ocasiones se produjeran conatos xenófobos entre miembros de distintas credencias. La vida era difícil, y las penurias estaban al orden del día. El reino, gobernado por la reina Melisenda, mantenía continuas disputas con nobles e incluso con su propio hijo, el futuro Balduino III.

Por aquellos días, comenzaban a llegar grandes contingentes de cruzados y soldados de fortuna, de nacionalidades diversas, lo que producía roces y disputas entre ellos. Mientras sus jefes se ponían de acuerdo sobre los objetivos a atacar, las tropas acantonadas a las afueras y dentro de la ciudad, provocaban constantemente incidentes que ocasionaban muertos y heridos. Parecían animales salvajes encerrados, y la ausencia de acción, provocaba los excesos de violencia.

Por si fuera poco, las *razzias* que frecuentemente realizaban los sarracenos, producían gran número de muertos y heridos, dejando a su suerte a numerosos huérfanos.

En la ciudad y en todo el reino, había una serie de establecimientos de acogida, donde se recogían a estos

huérfanos y demás desvalidos, donde se les alimentaba, y se les daba cobijo. El fundador de estos establecimientos era conocido como Gilberto de Barbastro. Su fama trascendía las fronteras y su presencia era acogida con agrado por nobles y pobres en igual proporción. Era, en opinión general, un hombre santo dedicado por Dios a dar alivio, aliento y cobijo a los cuerpos en la tierra y a las almas en el cielo.

Fray Gastón tuvo noticia del fraile de Barbastro, desde mucho antes de llegar a Jerusalén, ciudad a la que se dirigía, formando parte de la comitiva del Señor de Lusñac, de camino a Tierra Santa, atendiendo a la llamada realizada por el papa Eugenio III y sobre todo, de Bernardo de Claraval. Su sorpresa fue mayúscula, al oír las alabanzas que todo el mundo hacía de aquel monje aragonés, dedicado por entero a los demás y que conoció en trágicas circunstancias. Era lo último que podía esperar encontrar en Tierra Santa.

Cuando por fin llegaron a Jerusalén, capital del Reino, fray Gastón se dedicó a buscar a fray Gilberto, al que encontró en uno de sus establecimientos, dando de comer con una cucharilla a un recién nacido. Sorprendido ante aquella entrañable e inesperada escena, aguardo pacientemente a que terminara. Alfonso, no se había dado cuenta de que estaba siendo observado. Cuando termino, dejó al recién nacido en la cuna, y al volverse, se encontró con un fraile que le observaba.

— ¿Fray Gilberto de Solana? —pregunto fray Gastón

— Sí. Soy yo. ¿Qué deseáis? —preguntó

— ¿No me reconocéis? Miradme bien. —insistió.

Alfonso observó con atención a su interlocutor, recorrió su rostro con la mirada y de pronto, las facciones de aquel monje, comenzaron a traerle recuerdos del pasado.

— ¿Fray Gastón de Lusiñac? —dijo con duda.

— El mismo. Tenéis buena memoria.

— ¿Y qué hacéis por aquí, tan lejos de vuestra Francia?

—Pues ya veis. Acompañando al Señor de Lusiñac, mi primo, obedeciendo a la llamada de nuestro Santo Padre Eugenio III para unirnos a la lucha contra el Islam.

— Pues con todos mis respetos, tengo serias dudas con respecto a esta nueva Cruzada. Mucho me temo, que a nuestros gobernantes les importan más sus fronteras y posesiones que recuperar del Islam, los sagrados sitios. O mantenerlos. Ya los tenemos en nuestro poder y ya veis, todavía seguimos queriendo más y más. Se habla de Oriente y Occidente. ¿Sabéis que en este reino, la gente se considera oriental, aunque ellos mismos o sus progenitores procedieran de occidente?

— Tal vez tengáis razón fray Gilberto. Pero aquí estamos, al servicio de la iglesia, atendiendo a la llamada del Santo Padre.

Fray Gastón, tenía en parte, las mismas reservas sobre la Cruzada, pero prefirió cambiar de tema.

— ¿Sabéis fray Gilberto que vuestra fama os precede muchos kilómetros antes de llegar a Jerusalén? Todo el mundo habla maravillas de vos. No importa el credo que tenga.

— Eso hay que agradecerse al Señor que me puso en el camino. Yo solo hago que cumplir su voluntad.

¿Nos veremos en más ocasiones, o vais de paso para algún lado?

— Yo espero que sí. Nuestros señores están ahora discutiendo el plan a seguir, y hay enconadas y encontradas posiciones. Se pueden pasar varios días discutiendo, como decidir mañana la partida. Pero de cualquier manera, pienso veros de nuevo. Me gustaría, comentaros un hecho que ocurrió al año de vuestra partida. Ahora, quedad con Dios, fray Gilberto.

— Perdonad, hermano mi descortesía, pero tengo asuntos urgentes que atender. Tal vez si vinieseis por la tarde, a última hora, podría atenderos con gusto, porque yo también tengo deseos de saber de mi tierra.

— Perdonadme a mí, por interrumpiros. Esta tarde, si os parece, me pasaré para veros.

— Me parece. Os estaré esperando. Que Él os acompañe – le respondió.

Fray Gastón, salió a la calle. Un gran número de paseantes, la ocupaba. El griterío era constante. Conversaciones de tenderos con clientes, niños corriendo y gritando, ancianos hablando sentados en las puertas de las casas. Frailes, monjas, sacerdotes coptos, cristianos, judíos y moros, todos pululaban con una vitalidad que contagiaba. Cada pocos pasos, le salían al paso, pobres solicitando una caridad. Ciegos, tullidos, mancos y cojos se extendían por toda la ciudad, consecuencia de la enfermedad, la mala alimentación o consecuencia de acciones violentas. Así eran las cosas en Jerusalén.

Cuando se hizo la hora, encaminó sus pasos de nuevo hacia el Hospital de Caridad del fraile de Barbastro. Lo encontró en la calle, a la puerta del centro, sentado, tomando un momento de respiro. Había

observado que la gente tenía esa costumbre. Salían a sentarse a las puertas de sus casas, organizando tertulias con sus vecinos o cualquiera que quisiera sumarse, o simplemente ver pasar a la gente. Esto de por sí, ya era un espectáculo. Vio también otra silla vacía a su lado, por lo que dedujo que esa silla estaba destinada a él. A su lado, una mesa sobre la que había una jarra y un vaso. Se acercó hacia el con una sonrisa en la cara.

Alfonso, vio llegar a fray Gastón y se levantó en el acto, dirigiéndose hacia él con los brazos abiertos y una amplia sonrisa reflejada en su rostro.

— ¡Seáis bienvenido, fray Gastón!

— Y vos, bienhallado, fray Gilberto

— Tomad asiento, hacedme el favor – dijo Alfonso.

Fray Gastón tomo asiento. Los años habían pasado para todos, pero cuando miraba a su anfitrión, parecía como si le hubieran pasado unos cuantos años más. Por aquel entonces andaría sobre los 73 años, un poco mayor que el mismo. Las penalidades sufridas, dejaron su marca en su rostro, pensó.

— Y bien ¿Qué tenéis que contarme de Barbastro? ¿Pero antes, deseáis tomar agua o vino? –preguntó levantándose

— Pues las dos cosas me agradan. Pero para la sed, lo mejor será un vaso de agua. Hace un calor terrible en esta ciudad –dijo

Alfonso, se introdujo en el interior del establecimiento, llevándose la jarra que tenía sobre la mesa. Al poco, salió con la jarra y un vaso.

— Aquí traigo os traigo agua fresca. Servíos.

Fray Gastón se sirvió un vaso y lo bebió de un trago. Luego volvió a llenarlo, dejándolo sobre la mesa.

— ¡Esta fresca! ¿Cómo lo conseguís? —pregunto

— Tenemos un pozo que nos da el agua fresca. Es una suerte. Y bien, decidme ahora, ¿Cómo está mi Barbastro? Contadme.

Fray Gastón le refirió con todo lujo de detalles lo ocurrido un año después de su marcha al monasterio de Obarra, cuando de forma misteriosa apareció el Cristo del Granado en la Capilla del Santo Sepulcro, el día que se abrió al culto, el segundo jueves de noviembre. Le contó que rápidamente fue tomado como un milagro, y hasta hay quien decía que fue un monje quien la construyó, como muestra de agradecimiento a la ciudad. Mientras iba desgranando la narración, observaba atentamente las expresiones que afloraban al rostro de fray Gilberto. Pronto advirtió, cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos, para luego desbordarse, y como un torrente deslizarse por las llanuras de sus mejillas, hasta caer al suelo, donde desaparecían, absorbidas por el ansia irrefrenable de la tierra seca. Cuando terminó el relato, Alfonso, se secó la cara con la bocamanga del hábito.

— Hermosa historia, donde las haya — dijo —Está claro que Dios tenía pensado otro lugar para ella. ¿Aún sigue allí, en la Capilla del Santo Sepulcro?

— Sí. Y para siempre. Cuando la noticia llegó al rey, este quedó impresionado. Y decretó que no se moviera de allí. Al fin y al cabo, Dios así lo había dispuesto.

— Me alegro. A veces Dios, nos amonesta por nuestra torpeza, haciendo Él mismo, las cosas que debiéramos haber hecho nosotros.

— Así parece —dijo fray Gastón. —Por cierto, en Santa Fe, terminaron de reparar la casona que estaba abandonada. La que utilizaron los asesinos, para esconderse, ¿Recordáis? Han instalado allí, una posada para pobres y peregrinos que piden asilo. Y también un hospital. Y Santa María de Alaón, se ha convertido en el monasterio más importante de Aragón, junto con Roda y Obarra.

— ¡Cuánto me alegro! ¡Cómo no voy a acordarme! Por cierto, vuestra presencia aquí me alegra mucho. Os voy a decir una cosa. Tengo la sensación de que Dios, os ha enviado a Tierra Santa con una misión. No sé cuál, ni como, ni cuándo. Pero, no tengáis duda, de que vuestra presencia aquí, tiene un sentido. Y en lo que a mí respecta, siento una inmensa alegría al tener vuestra presencia tan cerca. Creo que nuestro señor ha escuchado mis plegarias. Lo demuestra vuestra presencia aquí.

— ¡Me asustáis, fray Gilberto! Tanto más, porque yo también he sentido una sensación extraña desde que dio comienzo el proyecto de venir a Tierra Santa. Cuando mi primo, el Señor de Lusiñac, me pidió que lo acompañara como capellán a su servicio y de los hombres de la mesnada que estaba formando para venir a Tierra Santa, acepté, sin haberlo pensado ni un solo momento. Normalmente, lo hubiera meditado muy profundamente. Yo no soy hombre de armas, ni participo de las soluciones violentas para resolver malentendidos. Puede haber excepciones como la autodefensa, o la

guerra santa al Islam, pero nada más. Solventar las disputas con las armas, es añadir más ignominia y destrucción, y ayudar al triunfo de la injusticia y de la maldad. Y durante el camino, me sentía confortado, casi feliz. Sin embargo, nunca he llegado a pensar, ni siquiera a imaginar que, este viaje tuviera como objeto realizar una misión ideada por Él. Pero al decirlo vos ahora, he sentido como un escalofrío. Y me ha traído el recuerdo de aquella primera sensación.

— Por cierto fray Gilberto, os veo cansado. ¿Cómo anda vuestra salud?

— No muy bien fray Gastón. Los años y las dificultades. Todo sale, tarde o temprano.

Ambos estuvieron charlando varias horas, donde el monje de Barbastro, le conto sus penurias y trabajos en Tierra Santa, desde hacía ya veinticinco años. Finalmente, se saludaron y quedaron para verse en una próxima ocasión.

Damasco fue el objetivo elegido por Luis VII de Francia y Conrado II de Alemania, con el beneplácito de Balduino III y la oposición de su madre, la reina Melisenda. Los cruzados estaban ansiosos de demostrar al Papa su valentía y arrojo, y decidieron atacar Damasco, que paradójicamente, era aliado de Jerusalén, pero estaba gobernado por un sarraceno, Muín ad-Din Unur.

Este había pedido ayuda a Saif ad-Din Ghazi I de Aleppo y Nur ad-Din de Mosul, y el visir del Emir de Damasco, dirigió un desastroso ataque contra los cruzados, siendo derrotado. Había conflictos en ambos bandos: Unur sospechaba que si Saif ad-Din y Nur ad-Din ofrecían su ayuda era porque querían apoderarse de

la ciudad; por su parte, los cruzados no podían ponerse de acuerdo sobre a quién le correspondería la ciudad en caso de que la conquistaran. Pensaron, erróneamente, que sería fácil tomar la ciudad mediante asedio, que comenzó el 23 de Julio. El 27 de julio, los cruzados decidieron trasladarse al lado este de la ciudad, que estaba menos fortificado. Por entonces Nur ad-Din ya había llegado, y les fue imposible regresar a su posición anterior. Primero Conrado, y luego el resto de los cruzados, decidieron levantar el sitio y regresar a Jerusalén.

Fray Gastón recordó muchas veces las palabras de fray Gilberto. La desunión, el egocentrismo de todas las cabezas reales, participantes en la cruzada, cuyo único deseo era destacar sobre todos los demás, para impresionar al Papa, solo podía desembocar en la pérdida irreparable de los Santos Lugares, pues los moros habían declarado la *yihad* o guerra santa contra los cristianos, y presentaban un grado de unión, incomparable con la desunión cristiana. Solo era cuestión de tiempo.

Cuando llegó a Jerusalén, a primeros de agosto, lo primero que quiso hacer, fue visitar a fray Gilberto. Se encaminó hacia el Hospital donde ejercía su labor pastoral y entro dentro. No había nadie y hubo de esperar a que finalmente, una monja acertara a pasar por allí.

— Por favor, hermana ¿podéis indicarme donde se encuentra fray Gilberto?

La monja se detuvo un momento, mirándoselo de arriba abajo.

— ¿Sois fray Gastón de Lusiñac? –le preguntó dejándolo admirado.

— El mismo. ¿Me conocéis?

— No. Pero fray Gilberto me dijo que vendríais. ¿Os ha llamado él?

— No. Vengo ahora de Damasco. ¿Fray Gilberto, dijo que vendría? No entiendo –dijo preocupado.

— Sí. Fray Gilberto está muy enfermo. Hace diez días enfermó de repente. Tiene mucha fiebre, y le han salido unas costras en la cara, brazos y piernas – dijo entre sollozos la monja

— Por favor, padre, pasad –terminó iniciando el camino con la indicación de que le siguiera.

Fray Gastón iba detrás de la monja con el alma sobrecogida. Empezaba a temer lo peor. Después de recorrer un largo pasillo, llegaron a una habitación, sin puerta, donde tendido en un lecho aparecía el enfermo, con los ojos cerrados. Al sentir que alguien entraba en la habitación los entreabrió, y al ver a fray Gastón, una sonrisa le iluminó el rostro.

— Fray Gastón. ¡Dios sea loado, ya estáis aquí!

— Fray Gilberto, ¿Cómo es posible...? –dijo

— Sor Flor, traed una silla para fray Gastón y luego dejadnos solos.

La monja dio media vuelta y al poco rato trajo una silla. Le preguntó a fray Gastón si deseaba alguna cosa, y tras la negativa de este, se marchó dejándolos solos.

— ¿Recordáis, fray Gastón, cuando os dije que Dios os ha enviado? Ahora lo veo bien claro, y bien pronto lo veréis vos.

Fray Gastón asintió en silencio. Ahora él también veía claro que en efecto, Dios le había encomendado una

misión. Y en el fondo de su alma, empezó a entender la naturaleza de la misma. Cerró los ojos y se acercó al yacente.

— Padre quiero que me oigáis en confesión. En esa mesa tenéis todo lo necesario para administrarla.

Fray Gastón abrió el cajón y allí encontró lo que necesitaba.

— *Ave María purísima* – dijo Alfonso

— *Sine labe concepta* – le respondió fray Gastón.

Y así, Alfonso, reconvertido para el mundo en fray Gilberto, inició el relato de su vida, mientras las lágrimas inundaban sus ojos, así como las de su confesor, quien con los ojos cerrados, y las manos en disposición de orar, lloraba en silencio, con los ojos cerrados.

De vez en cuando, Alfonso, interrumpía su relato durante unos segundos, para tomar aire.

Durante más de media hora, pecador y confesor, con las cabezas juntas, participaron en una comunión espiritual, tras la cual, los dos seres humanos se transformaron en otros seres más perfectos. Uno porque se libraba de una pesada carga que había llevado consigo durante más de veintiséis años, y el otro porque contemplaba el amor de Dios al permitir a un hombre redimirse de sus pecados, y realizar en el mundo, la misión que estaba encomendada a otro, con abnegación y amor. Una extraordinaria transustanciación, en la que una persona se convierte en otra, por la vía del amor inmenso y un arrepentimiento total, bendecido por Dios.

— *Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* –dijo fray Gastón, mientras hacía el signo de la cruz sobre fray Gilberto, que ya no Alfonso.

— *Amén.* —contestó fray Gilberto, a la vez que su brazo caía exánime, agotado por el esfuerzo.

Tras aquella bendición, se produjo la transformación: Alfonso, se había convertido en fray Gilberto, por primera vez a sus propios ojos. El ahora, fray Gilberto, sintió una enorme paz interior, una alegría infinita. Con los ojos cerrados dejó ir libremente a su pensamiento. Veía a su hermano que se acercaba hacia él con los brazos abiertos y con una sonrisa dibujada en su rostro, invitándole a fundirse en un abrazo eterno. Su respiración se fue apagando, lentamente, hasta extinguirse. Su rostro se fue transformando paulatinamente, conforme iba abandonando este mundo, adentrándose en el otro, de la mano de su hermano. Finalmente, todo su cuerpo reflejaba su paz interior. Fray Gastón, seguía llorando. La confesión que había escuchado le había conmovido íntimamente, y había sentido, que su fe se fortalecía, y que todas sus creencias tenían sentido. El también había sido liberado. Permaneció allí, orando durante una hora. Luego vinieron las hermanas y se hicieron cargo de él.

La noticia de la muerte de fray Gilberto de Barbastro, traspasó rápidamente las fronteras, llevada por el viento. Al día siguiente, llegaron a Jerusalén, gentes de todo el reino, procedentes de Acre, Beirut, Sidón, Edesa, etc. con el único fin de despedir al único hombre que se había preocupado por ellos de verdad.

Fray Gastón asistía fascinado ante tanta manifestación de duelo. Los nobles, incluida la reina Melisenda, enviaron a sus representantes para asistir a las exequias fúnebres y todo el pueblo estaba allí presente para testimoniarle el último adiós.

Tras el funeral, fue inhumado en una fosa común, por expreso deseo de fray Gilberto, sin que figurara ninguna inscripción en la misma. Como le había dicho en confesión a fray Gastón, su cuerpo ya estaba enterrado en Barbastro, al pie de un granado.

Fray Gastón, pospuso su viaje de regreso a Francia. Todavía tenía una misión que cumplir en Tierra Santa.

**Último Epílogo.**  
**Un año después.**  
**Barbastro, noviembre 1.149**

Cuando el sol comenzaba a ponerse, una comitiva formada por el Obispo de Roda, don Guillermo Pérez, el Abad de Santa Fe fray Julián, fray Gastón y seis monjes, salió del monasterio de Santa Fe, para dirigirse al rio Vero, que quedaba al fondo de la cortada, debajo de los muros del monasterio. Algunos frailes portaban un féretro y algunos picos y palas.

El día anterior había tenido lugar la llegada del Obispo de Roda don Guillermo y fray Gastón. Este entregó a fray Joaquín un libro, donde se describían todas las obras y acciones que fray Gilberto había realizado en Tierra Santa. Fue necesario, ponerle en antecedentes, tal y como había hecho con anterioridad fray Gastón con el Obispo de Roda. Se emocionó tremendamente y dispuso lo necesario, para concluir, por fin, aquella terrible historia sucedida hacía veinticinco años. El libro fue depositado en la biblioteca, en un lugar especial, donde se depositaban los libros para los que era necesaria una autorización especial del Abad para consultarlos.

Una vez llegados al lugar, se dirigieron a un Granado que alguien había plantado allí, y con cuidado, comenzaron a excavar en los alrededores del mismo. Pronto encontraron lo que buscaban. Los restos

humanos del que un día fuese fray Gilberto, Abad de Santa Fe. Con emoción contenida y las lágrimas brotando de los ojos de todos, recogieron con devoción sus restos y los fueron depositando en la caja que habían traído. Una vez completada la exhumación cerraron la caja, y regresaron al monasterio.

Tras la celebración de la santa misa oficiada por el Obispo, a la que asistieron todos los monjes se procedió a inhumar los restos en el cementerio contiguo, siguiendo el rito reservado a los entierros de los Abades. Una vez cubierta la tumba de tierra, colocaron una cruz con una placa, donde podía leerse:

*«Fray Gilberto de Solana  
MXXXCV—MCXXIII  
Abad de Santa Fe  
MCXX – MCXXIII  
Jerusalén  
MCXXIV—MCXLVIII ».*

En la leyenda de aquella placa, se planteaba una incógnita a quien en el futuro pudiera leerla. Para los presentes, resumía perfectamente una terrible historia.

Fray Gastón, sintió que su misión había terminado, y después de despedirse del Obispo don Guillermo, del Abad de Santa Fe don Julián, y del resto de monjes, abandonó el monasterio y se dirigió directamente a la Capilla del Santo Sepulcro. La puerta estaba abierta. Pasó dentro, y se encontró con un gran número de fieles rezando. A cada lado del altar, dos caballeros ataviados con capa blanca, cuello rojo y cinco

cruces rojas potenzadas en el pecho, portando espada y espuelas, montaban guardia. En el centro se encontraba el Cristo del Granado, espléndido, magnífico, portentoso. Tras orar durante unos minutos, fray Gastón se acercó al altar. Tras una profunda inclinación de cabeza ante la cruz, extendió su mano hacia ella, pasando las yemas de sus dedos por el venerado objeto, bajo la atenta y disimulada mirada de los guardianes. Instantáneamente sintió como una corriente eléctrica recorría su cuerpo. Impresionado, retiró la mano, y sin dar la espalda a la cruz, salió del templo a la calle. Intrigado por la presencia de los caballeros a cada lado del altar, preguntó a una persona que se dirigía a la capilla. Este, le dijo que protegían el Cristo del Granado, día y noche durante los siete días que estaba abierta la capilla. El séptimo día, la Cruz era llevada en procesión hasta la Iglesia—Catedral, donde se guardaba durante el resto del año. Luego, cuando al año siguiente se volvía a abrir, nuevamente se llevaba en procesión, desde la Iglesia catedral a la Capilla custodiada por todos los hermanos de la Hermandad del Santo Sepulcro.

Una vez satisfecha su curiosidad, emprendió regreso a su monasterio en la Aquitania francesa.

## **José Manuel Surroca Laguardia**

Nacido en Zaragoza en 1949. De profesión informático, además de aficionado a la Música y a la Literatura siempre sintió la pasión de escribir, iniciando el esbozo de varias novelas. Tras finalizar su vida laboral, ha podido ver cumplido su deseo de hacer lo que más le gusta: dedicar su tiempo a escribir.

Enamorado de la historia, especialmente de uno de los periodos más impresionantes a su juicio, la Edad Media, intenta recrear en sus novelas las formas de vida y las sensaciones que debían sentir aquellas personas cuyo día a día transcurría entre la ignorancia, la miseria, la enfermedad y su sometimiento absoluto a la voluntad de sus señores feudales, y especialmente, las relaciones entre las tres comunidades, cristiana, judía y musulmana que poblaban y convivían en nuestras villas y pueblos.

Sin embargo, también le gusta adentrarse en otro tipo de historias que siempre tienen como protagonistas a las personas y sus circunstancias que en ocasiones, suelen ser terribles. El humor, el drama y la sociedad, son temas que ha tratado en sus historias.

Hasta el momento ha escrito doce novelas: El Cristo del Granado, Espejismo, La extraordinaria vida de un perro que entendía a los hombres, La Estación, El Clown, El Diario del Ave Fénix, Barbastro 1320 “Los Pastorelli”, Barbastro 1064 “La Cruzada”, El Documento 303, El caso del Ecce Homo, Rex Bellator y El Maquisard.

Actualmente vive en Barbastro (Huesca).